

VENCEREMOS!

ROSA

3 | PRIMAVERA - VERANO 2020 | IZQUIERDA, PODER Y ESTADO



ROSA

3 | primavera 2020 | Izquierda, poder y Estado

ROSA

revista de izquierda de periodicidad semestral publicada en
Santiago de Chile. | www.revistarosa.cl

ISSN 2452-5634 (versión impresa)

ISSN 2452-4824 (versión digital)

Comité Editor | Andrés Estefane J., Luis Thielemann H.,
Carolina Olmedo C., Pablo Contreras K., Nicolás Román,
Cristóbal M. Portales, Felipe Ramírez

Edición y producción | revista ROSA.

Diseño y diagramación | LTH.

Pinturas de este número | Magdalena Jordán

Impresión y apoyo | LOM ediciones.

#3 | primavera-verano 2020

Todos los contenidos bajo licencia (CC BY-NC-ND 4.0).

[@revista_rosa/](#) [f/ROSAUnarevistadelzquierda/](#) [©/Revista_rosa/](#)

ÍNDICE

- 11** Editorial
- 16** Massimo Modonesi / Crisis, estadolatría y antagonismo.
- 29** Entrevista / Claudia Zapata, historiadora: “el capitalismo siempre ha tenido un lugar para lo indígena como objeto de consumo”.
- 48** Jean Tible / El Apocalipsis según Jair Messias.
- 62** Entrevista / Pablo Pérez, sociólogo: “muchos dirigentes comunistas, el 2015, decían que había que esperar y sacar los cañones cuando fuese necesario. al final no pasó nada”.
- 78** Eileen Karmy / *El Derecho de Vivir en Paz* y sus ramificaciones post 18 de octubre.
- 96** Rossana Rossanda / Salvador Allende: ‘Si los militares vencen, no habrá un cambio de guardia en el palacio. Habrá una masacre’.
- 108** Eduardo Beaumont / La relación educación - trabajo en la Unidad Popular.
- 126** Vicente Ramírez S. / Unidad Popular y un proyecto político militar: ya no basta con denunciar.
- 134** Fernando Carvallo A. / Repensar el Estado en el proceso constituyente.
- 153** Magdalena Jordán / *Memorias de Chile*.





EDUCACIÓN
PÚBLICA Y
GRATUITA

EDITORIAL

En medio de un año azotado por la pandemia, se cumplieron 50 años del triunfo de la Unidad Popular. Aunque en diversos círculos intelectuales el asunto dio para largas horas de discusión, un balance del proceso sigue estando pendiente. Y no nos referimos a una sintética Historia general o un detallado análisis de coyuntura, sino que a un aprendizaje sustantivo de la que fue la mayor experiencia revolucionaria de nuestro país y, por lo tanto, la mayor derrota. En particular, creemos que el problema de la izquierda, el poder y el Estado sigue siendo un asunto pendiente. Sería deshonesto negar que esfuerzos de este calibre ya han existido, pues son casi tan viejos como el golpe. El problema es que estos esfuerzos se ven ofuscados por su incapacidad de penetrar efectivamente en la memoria de la izquierda y de la sociedad.

Desde la Transición la Concertación y la derecha se unieron para cerrar la memoria de la UP. Prefigurando la moda liberal hasta hoy, se insistió en que el problema no era de implementación, sino que de estrategia: el quiebre de la democracia fue producto de sobreexigirle reformas radicales, por lo que cualquier horizonte de cambio radical de la sociedad quedaba vedado. A partir del ciclo de protestas del 2011, y con especial nitidez en la conmemoración de los 40 años del Golpe, este cierre por la derecha de la memoria de la UP fue duramente cuestionado y la viabilidad histórica del proyecto restituida, por lo menos para la nueva izquierda en formación. Sin embargo, esto no significó que las discusiones críticas del proceso retornaran a la palestra de la izquierda. Por el contrario, la memoria que restituyó la izquierda fue una altamente fetichizada. A un ritmo conocido en el país de los triunfos morales, se rescató la posibilidad de un gobierno de izquierda y popular, sin cuestionar mayormente el problema que supuso el Estado en un sentido ampliado. Para la memoria izquierdista, los problemas de la administración pública, de los gremios profesionales o de la política económica pasaron a segundo lugar frente a la posibilidad truncada de una sociedad diferente. La traumática experiencia del golpe y la dictadura, así como las promesas incumplidas de su contrarrevolución neoliberal, han habilitado este abandono de la discusión

sobre la naturaleza del Estado y los problemas que este supuso para tal posibilidad truncada.

Ahora bien, en este punto -la teoría sobre el Estado- se evidencia que, a pesar de sus falencias estructurales, el neoliberalismo ha logrado rescatar e instaurar ideas liberales fundamentales para contener alternativas revolucionarias, incluso dentro de la izquierda. La despreocupación teórica frente a lo estatal se empalma con una extendida comprensión instrumental, sectorial y mesocrática del Estado. En primer lugar, se opera bajo una neutralidad esencial del Estado. Aunque se reconoce que el aparato estatal está cruzado con relaciones de clase, se cree que, en última instancia, es posible tomarlo y gatillar transformaciones sociales, siempre y cuando se reconozcan los límites generales del instrumento (en un extremo moderado, no atentar contra la propiedad privada; en el otro, confundir propiedad estatal con propiedad social). Entre compromiso y autoritarismo, las políticas redistributivas focalizadas son privilegiadas como campo de acción estatal. El problema de esta visión instrumental es evidente en su principal consecuencia: la separación entre política y economía, como si fuesen esferas ontológicamente distintas. Si creemos que podemos tomar el Estado para transformar la economía, ignoramos que el Estado es parte de la producción de la sociedad y que la economía se sostiene en relaciones que, en la medida que sustentan experiencias enfrentadas sobre cómo debiese ser la sociedad, son políticas. A su vez, esta abstracción de política y economía encuentra su razón de ser en la naturalización del ideal neoliberal, según el cual las sociedades avanzan desde clases enfrentadas a una sola gran clase media. Esta clase media soluciona de manera privada sus asuntos económicos y, si es que quiere, participa como individuo en el espacio político público.

El resultado de esta filtración ideológica liberal en la izquierda es que el copamiento del instrumento reemplaza a la estrategia, la separación entre política y economía especializa a los usuarios del instrumento y su deriva mesocrática termina por afirmar dicha separación, pues insiste en un partido que represente ciudadanos movilizados y no sectores sociales claros. Esto se puede ver nítidamente en tres campos de inserción izquierdista en el Estado, y de manera alarmante en un cuarto. En primer lugar, el espacio parlamentario es quizás el más fácil de criticar. La centralidad que tienen individualidades y la inexistencia de problemas directamente administrativos permite centrar la discusión en su labor ideológica y legislativa de los legisladores izquier-

distas. En el caso del FA, el avance hacia el parlamentarismo se produjo con una constante tensión entre la concertacionista vocación de “madurar” y el legítimo deseo de apoyar a las diversas movilizaciones sociales desde el parlamento. No obstante, los quiebres y disfunciones del bloque parlamentario izquierdista han mostrado que, en su composición, se antepuso el obtener el instrumento antes que el insertarlo dentro de una estrategia general. Si en cada quiebre se reclama que el FA perdió su sentido original, es que este nunca fue claro. Lo que no se reconoce es que esta vaguedad fue constitutiva del proyecto y que, así como la confusión entre representación ideológica y territorial, eran cosas de las que mejor no hablar.

En el segundo espacio, los municipios, la idea de que es posible tomar un instrumento estatal y resignificarlo toma más peso, pues la administración es más amplia y goza de mayor poder redistributivo. Por lo mismo, la deriva clientelar y localista está a la orden del día si es que la municipalidad no se inserta en un proceso general de transformación social. Este mismo problema administrativo se conjuga con el problema ideológico del parlamento en las apuestas presidenciales. Estamos en un momento de descomposición tal de la clase política que es posible pensar un triunfo izquierdista. Sin embargo, ¿qué poder de cambio tendría? Si en la derecha la posibilidad evoca sus peores terrores de la Guerra Fría, en la izquierda se mezcla la esperanza de reconocer la posibilidad de un gobierno izquierdista con la angustia de aceptar la no factibilidad de una alternativa revolucionaria. Debido a la ampliación del Estado durante la transición, también es difícil pensar que ese posible gobierno izquierdista no tenga que sacrificar algo de su autonomía frente a los cuadros administrativos de la Concertación.

Este último punto, la hegemonía administrativa de la concertación, nos lleva a un último espacio de inserción izquierdista en el Estado: sus trabajadores. Debajo de toda la maquinaria representativa electoral, el proletariado estatal se ha ampliado y movilizado intensamente durante los últimos años. Factores como la diferencia funcionaria, la fragmentación y tercerización de las funciones estatales y las trabas legales a la organización sindical, han dificultado que estas fuerzas impulsen sus propias reformas generales al Estado. La izquierda, por su parte, no ha ayudado mayormente a combatir esta fragmentación y se ha insertado principalmente en espacios de dirección gremial del Estado, sin una política clara de construcción social en ese ámbito o, si quiera, una teorización clara sobre la función productiva de ese campo.

Es importante destacar que este balance crítico no pretende desconocer los avances que ha traído conquistar posiciones reales o simbólicas en dichos campos estatales. La bancada parlamentaria del FA y del PC ha logrado impulsar legislaciones fundamentales como la ley de 40 horas o el acuerdo constituyente. Sin embargo, no podemos dejar de preguntarnos qué perdemos cuando ganamos. Si entendemos que los avances en política son en función de una estrategia delimitada, no pueden considerarse en términos meramente cuantitativos. Cuando avanzamos en una línea, dejamos otras de lado. Hacerse cargo del cuadro entero es responsabilidad de los partidos de izquierda. Estos son los intelectuales orgánicos de las clases subalternas. El esfuerzo de esta revista es brindar un espacio para que estos asuntos se debatan.

En ese sentido, los artículos que forman este número tienen como fin complejizar e inteligir la relación entre izquierda y Estado, en torno a la invitación a pensar que ha sido la conmemoración de los 50 años del triunfo electoral de Salvador Allende y la Unidad Popular en Chile.

Comité Editor revista **ROSA**, diciembre 2020



CRISIS, ESTADOLATRÍA Y ANTAGONISMO

/ *Massimo Modonesi*

**La estadolatría progresista de los tiempos
pandémicos pesca en la nostalgia
socialdemócrata y desarrollista de las políticas de
gasto público, pero abreva abundantemente del
esquema más reciente de medidas de apoyo al
consumo (vía subsidios o créditos) para contener
el impacto del desempleo y el empobrecimiento.
[...] aquí se manifiestan los límites insuperables
de una política encapsulada en el perímetro de los
equilibrios políticos pre-existentes, en ausencia
de una irrupción crítica de las clases subalternas.**

Mientras estamos sumergidos en la crisis pandémico-económica, apenas se están entreviendo sus implicaciones políticas. Si bien, como sostenía Antonio Gramsci, sólo podemos prever el conflicto y no sus formas y su desenlace, estamos no obstante en condición de reflexionar sobre las tendencias en curso. En particular, ante los indicios de una posible crisis orgánica, una crisis de hegemonía, cabe interrogarnos sobre sus elementos constitutivos, que el mismo Gramsci en sus Cuadernos de la Cárcel identificaba en el “fracaso” de las clases dominantes y la movilización de las clases subalternas, es decir en una crisis de dominación en la cúspide y una irrupción crítica desde abajo. Gramsci asumía que el estallido de una crisis orgánica podía darse por una u otra causa pero que su pleno desarrollo necesariamente requería que estas condiciones se presentaran simultáneamente. Sin embargo, inmediatamente después Gramsci advertía sobre la peligrosidad de la rápida reacción y capacidad de “reorganización” de la clase dominante, la cual: “hace eventualmente sacrificios, se expone a un devenir oscuro con promesas demagógicas, pero mantiene el poder, lo refuerza temporalmente e lo usa para aplastar el adversario y para dispersar su dirección”.¹

Toda crisis se gesta, se define y resuelve en función de la lógica y la dinámica de la correlación de fuerzas de los actores, los sujetos, las clases en lucha, y esto implica reconocer las señales de crisis en las alturas y los atisbos de capacidad crítica en el llano, así como sopesar el desfase o el hiato entre ambos. En esta lógica, sostendré de forma sintética en las siguientes páginas que, a mi parecer, si bien existen elementos de crisis orgánica en tanto se debilitaron, sin quebrarse, los fundamentos hegemónicos de las relaciones de dominación, las clases dominantes siguen teniendo la iniciativa porque todavía no aparece en escena, con la fuerza suficiente, un empuje contrahegemónico de las clases subalternas que oriente la resolución de la crisis afuera del perímetro de los ajustes intrasistémicos actualmente en curso o en gestación.

I.

En el marxismo contemporáneo ha sido objeto de debate la definición de crisis en relación con la irrupción conflictual de sujetos y clases sociales. Si, por

1 Cuaderno 13, 23, 1603-1604.

una parte, ha predominado la hipótesis de la secuencia crisis-subjetivación como reflejo del principio materialista y de la metáfora base-superestructura, también hubo reflexiones marxistas que destacaron su reverso dialéctico, asumiendo que es la emergencia de una subjetividad socio-política la que produce la crisis, y no sólo la hegemónica sino también la económica, en la medida en que la lucha de clases obliga al ajuste -ordinario o extraordinario- de las formas de dominación, en sentido reaccionario o conciliatorio.²

La resolución dialéctica de este dilema no exige de asumir ambas secuencias como hipótesis analíticas que confrontar con escenarios concretos. En particular, en la condición epocal que estamos viviendo, parece evidente que la crisis no ha sido el producto directo o inmediato de la lucha de clases, sino que esta dinámica está operando sobre el curso de la crisis, volviéndose un elemento determinante del proceso. Esto tiene consecuencias respecto del lugar y del papel del sujeto antagonista (o de los sujetos antagonistas en plural) que, si bien existe, aún poco cohesionado y consistente, no se ha manifestado -hasta ahora- como protagonista de la crisis como acontecimiento. En este sentido, aún como variable todavía secundaria, como componente menos evidente y más nebuloso de la coyuntura, no deja de ser un factor determinante de la configuración del escenario actual y de los tiempos venideros. Dicho de otra manera, no es en la génesis de la crisis sino en su desenlace que podrá manifestarse el peso histórico y la capacidad de incidencia contrahegemónica de las clases subalternas.

Por lo pronto, la crisis sistémica tiene su epicentro no en la emergencia de una alternativa en su seno, la cual pudiera gestarse como consecuencia, sino en el agrietamiento del orden establecido, en el trastocamiento de la forma de dominación capitalista, de los Estados y los poderes fácticos que rigen su andamiaje y orientan su dinámica.

2 En particular, a nivel teórico, el operaismo y post operaismo sostuvieron este principio que formulara el propio Mario Tronti en este célebre pasaje: “Hemos visto también nosotros antes el desarrollo del capitalismo y después las luchas obreras. Es un error. Hay que invertir el problema, cambiar su sesgo, volver a partir del principio: y el principio es la lucha de la clase obrera”, Mario Tronti, “Lenin in Inghilterra”, *Classe Operaia*, n. 1, febrero 1964.

II.

El fracaso de las clases dominantes y la crisis de hegemonía tienen una de sus expresiones más evidentes en la emergencia de un difuso y transversal deseo de Estado, de una invocación del Leviatán³, de la difusión de formas de estadalatría, para usar una expresión con la que Gramsci justamente designaba una tendencia al culto del Estado en ausencia de un substrato hegemónico fincado en la sociedad civil, algo que parece calzar con lo que acontece en nuestros días.

Es, en efecto, revelador que el Estado aparezca ahora como la retaguardia hegemónica de las clases dominantes siendo reconocido como el único actor sistémico potencialmente capaz de tejer los desgarres entre lo económico, lo político y lo cultural. Aceptando que, sin iniciativa reguladora transversal, no hay recomposición hegemónica, el Estado ha sido invocado como *deus ex machina*, incluso por aquellos sectores más neoliberales que aparentemente lo menospreciaban o tendían a contener su injerencia. La razón de Estado se ensalza con todas sus implicaciones autoritarias, y la estadalatría aparece como recurso ideológico de emergencia, bajo cuyo paraguas se pretende abrigar la precaria comunidad imaginaria de clases dominantes y subalternas.

No es una novedad, ni algo ajeno a las formas contemporáneas del capitalismo que el Estado sea concebido como garante de las relaciones de dominación, punto de condensación hegemónica, lugar de producción y mantenimiento del equilibrio entre consenso y coerción.⁴ La cuestión es que esta fórmula adquiere particular relevancia y visibilidad en ocasión de crisis orgánicas cuando, a diferencia de las crisis ordinarias, se vuelve necesario un ajuste o una transformación cuantitativa y cualitativa del papel y el lugar del Estado en relación con el mercado y la sociedad: no sólo cuánto Estado pero sobre todo

3 Alberto Toscano, "Beyond the plague state", *Historical Materialism*, 27 de junio de 2020. <http://www.historicalmaterialism.org/blog/beyond-plague-state>

4 Trenzado con las instancias de la sociedad civil que operan y son determinantes en este terreno, como los medios de comunicación y otras instituciones que producen cultura y sentido común. Algo que fue analizado puntualmente al interior de la tradición marxista, en particular por Gramsci, Althusser y Poulantzas. Para un balance y una actualización de esta perspectiva, ver Bob Jessop, *El Estado. Pasado, presente, futuro*, Catarata, Madrid, 2016.

qué Estado y para qué, cuáles elementos cualitativos se expresan cuantitativamente y se vuelven determinantes de la forma Estado. Siendo el reverso de la crisis, también la apertura hacia una transformación de la forma estatal, así como su contraparte de cierre conservador, remite a una modificación de la correlación de fuerzas, el estado de las clases en lucha, siguiendo el esquema clásico que evocaba Gramsci, a un debilitamiento de las clases dominantes y/o un fortalecimiento de las clases subalternas.⁵

En la pandemia, el “fracaso” de las clases dominantes, condición inicial de toda crisis orgánica, remite -más allá de las profundas desigualdades sociales y del dramático deterioro ambiental que también se visibilizaron- al incumplimiento de la promesa securitaria que le permitió articular un bloque conservador capaz de atraer a sectores de las clases subalternas. La pandemia puso en evidencia, detrás del ropaje ideológico, la fragilidad del paradigma securitario o fobocrático basado en la gestión del miedo y su una dosificación. Pero la naturaleza de la crisis sanitaria, por su naturaleza, lo afianza, lo legitima y lo proyecta hacia el futuro.⁶ En este sentido, considerando además que la epidemia es presentada como exógena, como un cataclismo natural más que un acontecimiento sistémico, el fracaso es solo relativo y puntual y no desestabiliza el modelo.

Por otra parte, como ha sido señalado, en la historia moderna y contemporánea, las reformas al sistema sanitario fueron implementadas para proteger a las clases dominantes de los contagios que proliferaban entre los de abajo pero, al mismo tiempo, se entrelazaron con oleadas de protestas que contribuyeron a constituir subjetivamente a las clases populares.⁷ Este formato reactivo del reformismo desde arriba supone el aumento del grado de amenaza

5 Dicho sea de paso, asumir que el Estado es la expresión de una relación social es algo solo aparentemente obvio ya que no dejan de circular ampliamente visiones fetichistas y organicistas del Estado entendido instrumentalmente como mero aparato estatal. Sobre el debate marxista sobre el Estado, además del mencionado trabajo de Jessop, véase la larga introducción de Simon Clarke (ed.), *The State debate*, Palgrave Mcmillan, Londres, 1991.

6 Donatella Di Cesare, “Dallo stato sociale allo stato penale”, *Jacobin Italia*, n. 6, primavera 2020.

7 Véase, por ejemplo, la sugerente reconstrucción histórica de Daniel Finn, “The Black Death Helped Bring About the Modern World”, *Jacobin*, n. 37, primavera 2020.

desde abajo la cual, aun en ausencia de un movimiento político organizado, aparece bajo la forma del fantasma de las “clases peligrosas”; peligrosas no tanto por su capacidad revolucionaria sino estigmatizadas como portadoras de virus, de vicios, irracionales, propensas a la delincuencia y la violencia social.⁸ Es evidente la persistencia en nuestros días de esta actitud reaccionaria que, por otra parte, se ve obligada a concesiones para garantizar la conservación del estatus quo.

En este sentido, parece ser compatible la ampliación de la intervención estatal, en particular de formas asistenciales de lo que podríamos llamar Estado social paliativo, con la centralidad estratégica de las medidas típicamente neoliberales del Estado nacional de competencia.⁹ Un Estado que, en última instancia y por su naturaleza de clase, opera en clave proactiva a favor de la acumulación capitalista a través de estímulos, de garantías y rescates; garantiza la disciplina laboral, flexibiliza el trabajo y preserva un régimen fiscal regresivo o débilmente progresivo.

En efecto, bajo estas condiciones estructurales heredadas de los cuarenta ingloriosos años neoliberales, con Estados supeditados a los mercados financieros, la salida típica y predominante de la crisis se anuncia en clave de concentración de capital, de intensificación de la mercantilización, sea colonizando nuevos espacios o hypermercantilizando otros. Más allá de los costos ya pagados por los trabajadores en términos de salud, sobrexplotación, pauperización, disminución de salarios reales, la crisis puede traducirse en una renovada ofensiva contra el trabajo y contra la naturaleza a modo de huida hacia delante del capital. En este sentido, el deseo de más Estado no necesariamente pone en discusión su colocación subordinada al capital.

8 Esta noción basada en un enfoque de salud pública, surgió en 1840, en oposición al creciente protagonismo popular en los levantamientos del siglo XIX en Francia, en pleno ciclo de levantamientos y es posteriormente retomada en un clásico estudio de Louis Chevalier, *Classes laborieuses et classes dangereuses*, Plon, París, 1958. La idea de peligrosidad de las multitudes corresponde a la perspectiva de la llamada Psicología de las masas, formalizada por Gustave Le Bon en 1895 cuyos fundamentos, actualizados, siguen circulando tanto en el terreno del sentido común como de las elaboraciones académicas.

9 Joachim Hirsch, *Globalización, capital y Estado*, UAM-X, México, 1996.

Sin embargo, la necesidad del cambio efectivamente abre a la posibilidad, aunque sea remota, de variaciones cualitativas al interior de la respuesta estatal a la crisis. Por una parte, por la posible agudización de los conflictos y la recomposición del bloque de poder en el campo de las clases dominantes, grosso modo entre sectores que piden subsidios y proteccionismo y otros que piden condiciones de competitividad y estabilidad financiera. Por la otra, por una mayor permeabilidad respecto de demandas e incluso de la participación de fuerzas sociales y políticas progresistas en instancias de gobierno. En particular en América Latina, donde los ciclos de protesta de los años noventa e inicio del milenio propiciaron márgenes de maniobra reformista más amplios que se plasmaron en una serie de gobiernos progresistas, los cuales, aun con sus límites y a pesar de su crisis, instalaron algunas pautas de intervención estatal que pueden reactivarse o profundizarse en el nuevo contexto.¹⁰

La estadolatria progresista de los tiempos pandémicos pesca en la nostalgia socialdemócrata y desarrollista de las políticas de gasto público, pero abreva abundantemente del esquema más reciente de medidas de apoyo al consumo (vía subsidios o créditos) para contener el impacto del desempleo y el empobrecimiento. Al mismo tiempo, algunas propuestas parecen tener mayor alcance que la simple intervención puntual anti cíclica, como por ejemplo las apuestas a un *Green New Deal*, cuya paleta de tonalidades de verde y rojo es muy variada.¹¹ También se ha revitalizado el debate sobre la renta universal, como variante extrema del esquema de subsidios, mientras que, no casualmente, reina un silencio absoluto respecto de la reducción del horario de trabajo, una demanda que impactaría en el patrón de acumulación capitalista.¹²

Pero aquí se manifiestan los límites insuperables de una política encapsulada en el perímetro de los equilibrios políticos pre-existentes en ausencia de una irrupción crítica de las clases subalternas.

10 Ver Franck Gaudichaud, Jeff Webber, Massimo Modonesi, *Los gobiernos progresistas latinoamericanos del siglo XXI*. Ensayos de interpretación histórica, UNAM, México, 2018.

11 Desde las versiones más oficiales como la de la Unión Europea a aquellas con mayor alcance transformador, por ejemplo, el reciente Pacto Eco-Social del Sur. <https://pactoeconomicosocialdelsur.com/>

12 Ver Michael Lowy, Olivier Besancenot, *La journée de travail et le règne de la liberté*, Fayard, París, 2018.

III.

El fracaso aunque sea relativo y parcial de las clases dominantes es, como señalamos al principio, condición necesaria pero no suficiente para el despliegue de una crisis orgánica, ya que requiere de la contraparte del antagonismo de las clases subalternas. Gramsci la definía organización de una voluntad política colectiva, es decir, un nivel de concreción subjetiva que rebasara el simple estado gaseoso de luchas espontáneas y disgregadas, como también, habría que agregar, el grado de organización corporativa y la ordinaria gimnasia reivindicativa sindical. Es entonces indispensable el pasaje cualitativo de una serie de luchas significativas y ejemplares, pero dispersas e intermitentes, a la articulación de un movimiento antisistémico plural pero interconectado –al interior del cual pueda tener peso e influencia una componente francamente anticapitalista.

Sin este pasaje, el peso histórico de las luchas no deja de operar y ser relevante y de producir efectos políticos, pero lo hace indirectamente. De forma disruptiva, bajo el formato de rebeliones esporádicas, en las cuales se vierte la rabia¹³ y se produce un salto catártico que impacta subjetivamente a nivel experiencial, concientizando y politizando¹⁴. Pero también puede producir los ya mencionados efectos reformistas y de apertura de ámbitos de representación y de influencia en el campo institucionalizado y estatal a través de mediaciones que suelen operar distorsiones -manipulación de las demandas en clave reaccionaria- o fagocitaciones que las incorporan en proyectos progresistas que no respetan su alcance y su espíritu. En estos casos se trataría de procesamientos conservadores, aun con tintes distintos y que dejan diversos

13 John Holloway, “Una cascada de rabias, Mi fantasía Covid-19”, *La Jornada*, México, 28 de junio de 2020.

14 Me refiero aquí al concepto de catarsis formulado por Gramsci “para indicar el pasaje del momento meramente económico (o egoístico-pasional) al momento éticopolítico, es decir la elaboración superior de la estructura en superestructura en la conciencia de los hombres. Esto significa también el pasaje de lo “objetivo a lo subjetivo” y de la “necesidad a la libertad”. La estructura de ser fuerza exterior que aplasta el hombre, lo asimila a sí, lo hace pasivo, se transforma en medio de libertad, en instrumento para crear una nueva forma ético-política, en origen de nuevas iniciativas”, traducción mía, C 10 II, 6, 1244.

márgenes de maniobra. No es lo mismo, en efecto, una salida reaccionaria, que un populismo conservador u otro de tinte más progresista. Sobran ejemplos concretos de esta variedad de configuraciones político-ideológicas, la gama de posibles “fenómenos morbosos” sobre los cuales alertaba Gramsci respecto del “interregno” de una crisis que no encuentra “solución orgánica”, es decir una recomposición hegemónica duradera.¹⁵

En ausencia de una irrupción contundente, consistente y tendencialmente autónoma de las clases subalternas¹⁶, o esperando que se generen las condiciones para que ocurra, parecería que la única opción progresista, en el mejor de los casos, si de transformación se trata, corresponde a un escenario bonapartista o de revolución pasiva en la cual se reflejen y quepan demandas e instancias populares. El escenario de la crisis orgánica bien se presta a esta salida, en particular por el papel estratégico del Estado, la iniciativa desde arriba, la conciliación de clases, el cesarismo, el transformismo, es decir el descabezamiento de los movimientos populares por medio de la asimilación de sus grupos dirigentes al Estado y al bloque de poder.¹⁷

Esta salida progresista estatalista puede ser objetivamente el mal menor, lo cual no es nada despreciable considerando lo siniestro de las opciones derechistas que circulan, pero no puede asumirse como una opción deseable o estratégica ya que tiende a obstruir el camino de la conformación subjetiva que permitiría abrir opciones y derroteros socialistas. En particular, en tanto la ausencia de la activación autónoma de las clases subalternas se perpetua a través de la lógica de control social y de pasivización típica de estos fenómenos.

Las alternativas que brotan de la “imaginación socialista” que invoca Harvey tienden a recluirse en proyectos autonomistas o comunitaristas basados en los ejercicios puntuales y difusos de autogobierno, descartando la posibilidad

15 C 3, 34, 311.

16 Aun cuando, hay que registrar que, en plena pandemia, el movimiento Black Lives Matters en EE.UU ha sido masivo, autónomo y plural en su organización, contundente en las formas de lucha, radical en sus planteamientos y alcanzó repercusión global.

17 Sobre el concepto de revolución pasiva, me permito remitir a mis recientes trabajos: *Rivoluzione passiva. Antologia di studi gramsciani*, Unicopli, Milano, 2020 y *Revoluciones pasivas en América*, Ítaca, México, 2017.

de un quiebre revolucionario.¹⁸ Aunque el principio de autonomía y las prácticas de autodeterminación son de fundamental y estratégica importancia, no se colocan a la altura de la urgencia de la crisis sistémica y de las oportunidades que se pueden abrir en un ciclo de protestas y de agudización de la lucha de clases.

Tampoco convencen las apuestas híbridas como, por ejemplo, la que propone Erik Olin Wright, de un anticapitalismo que combine reformas de “erosión” y micro “utopías concretas” locales.¹⁹ La combinación de diversas formas de lucha tiene un aspecto delicado ya que implica cierto grado de contradicción práctica y de inconsistencia ideológica. Al mismo tiempo, tampoco la unidad a toda costa es viable no habiéndose constituido –o re-constituido alrededor de la clase obrera alargada- un centro hegemónico ni a nivel subjetivo ni ideológico. Los pasos refundacionales del anticapitalismo probablemente tendrán que recorrer y renovar el camino histórico que pasa por federar la pluralidad, como ocurrió en los albores del movimiento socialista.

Finalmente, sólo queda por aceptar que cualquier proceso de acumulación de fuerzas transita por la configuración antagonista de las clases subalternas, por su rearticulación socio-política al calor del conflicto. Las luchas, por confusas y contradictorias que resulten, son el único mecanismo y recurso disponible en un contexto en el cual no se ha revertido el peso de la derrota histórica sufrida en el siglo pasado. Este minimalismo antagonista no excluye que éstas se decanten en experiencias de autonomía o trasminen hacia la esfera institucional, mientras no interfieran con la acumulación de fuerzas y con los procesos de subjetivación política de las clases subalternas.

En síntesis, en los términos de una intuición de Benjamin, en el “instante de peligro” que vivimos, donde impera el catastrofismo y el pensamiento distópico prima sobre el utópico, la “imagen del pasado” que puede relampaguear

18 David Harvey, “We need a collective response to the collective dilemma of coronavirus”, *Jacobin*, 24 de abril de 2020, <https://jacobinmag.com/2020/04/david-harvey-coronavirus-pandemic-capital-economy>

19 Erik Olin Wright, *How to be an anticapitalist in the XXIth century*, Verso, Londres, 2018. Ya expresé algunas consideraciones críticas sobre su propuesta en Massimo Modonesi, “Variantes anticapitalistas”, *Desinformémonos*, 11 de febrero de 2019, <https://desinformemonos.org/variantes-anticapitalistas/>

como “chispa de la esperanza”²⁰ es la de la irreductible capacidad antagonista y de construcción de instancias de contrapoder de clases peligrosas que pueden volverse subversivas.

Massimo Modonesi es investigador en política y movimientos sociales en Latino América, es académico de la UNAM (México), y Coordinador de la Asociación Gramsci México (IGS).

*** Una versión sintética de este artículo fue publicada, con el título “¿Crisis de hegemonía?”, en Jacobin Latinoamérica, n. 1, 2020.**

20 Walter Benjamin, *Tesis sobre la historia*, tesis VI.



**CLAUDIA
ZAPATA,
HISTORIADORA:
“EL
CAPITALISMO
SIEMPRE HA
TENIDO UN
LUGAR PARA LO
INDÍGENA COMO
OBJETO DE
CONSUMO”**

/ por Andrés Estefane J.

El año 2015, la historiadora Claudia Zapata recibió uno de los reconocimientos más importantes para quienes escriben desde América Latina, el Premio de Ensayo Ezequiel Martínez Estrada, que confiere la Casa de las Américas de Cuba. El galardón fue para su libro *Intelectuales indígenas en Ecuador, Bolivia y Chile. Diferencia, colonialismo y anticolonialismo* (Quito, 2013), una investigación clave para aproximarse al discurso político de los movimientos indígenas recientes dentro del continente. Zapata lleva décadas estudiando la historia y el pensamiento latinoamericano, poniendo especial atención a los términos en que una nueva generación de intelectuales indígenas y afrodescendientes está descentrando y remeciendo esa tradición para transformar sus propios contextos. De la mano de esas pesquisas ha forjado una voz ineludible a la hora de hablar de colonialismo, racismo y migración, temas que informan su docencia y también sus intervenciones como académica comprometida. Durante los últimos años ha estado cerca de varias organizaciones indígenas y migrantes, observando los enormes esfuerzos que realizan para hacerse oír. “Si ellos tienen esa energía, ¿quién es una para ser pesimista?”, afirma. En esta larga conversación con ROSA, Zapata aborda los cruces entre raza y clase, las tensiones entre progresismos y neoliberalismos y las preguntas que deberíamos plantearnos más allá del proceso constituyente.

“Oye, qué locura las entrevistas en medio del teletrabajo” nos dice Claudia Zapata en medio de los intercambios que posibilitaron esta conversación, pospuesta en varias ocasiones producto de la pandemia. Con esa misma cercanía nos advierte de la provisionalidad de cada uno de sus juicios, recordando que desde el 18 de octubre de 2019 navegamos en un escenario incierto cuya lectura debe estar en permanente revisión. “Una cosa es estudiar los estallidos y revueltas del pasado, y otra muy distinta es vivirlo en carne propia, experimentarlo y presenciarlo mientras se va desarrollando, sin tener cómo saber en qué va a derivar todo esto”. Pero aquello no puede ser una limitante para intervenir, afirma, “porque una tiene que abordar el asunto, discutirlo en espacios públicos, aunque siempre parta señalando que me cuesta elaborar una interpretación que siquiera atisbe a ser definitiva, al menos para mí”. A lo largo de sus respuestas queda en evidencia que esas prevenciones no solo tienen que ver con la seriedad que se impone cuando piensa sobre el estallido, sino también con una forma de reflexividad que busca recordarnos que los límites de las aulas no deben confundirse con la realidad. Es por eso que sus impresiones no solo se respaldan en referencias bibliográficas e ideas familiares para sus colegas, sino también en la conversación y la escucha, en la aguda observación del entorno y en el goce de los productos de la cultura de masas. De ahí que pueda analizar con sobriedad los cuestionamientos contemporáneos a piezas cinematográficas como *Ana y el rey de Siam* y se refiera con similar pasión al legado cultural de Juan Gabriel, que escriba sobre la recepción de Aimé Césaire y Frantz Fanon en América Latina y ocupe algunas de esas ideas, y su propia memoria, para elogiar libros como *Piñen*, de Daniela Catrileo.

La bandera mapuche y el multiculturalismo

ROSA: Una de las imágenes más potentes que nos dejó octubre de 2019 fue la irrupción de la bandera mapuche en las movilizaciones. ¿Cómo interpretas la presencia de este símbolo en la presente crisis del Chile neoliberal?

El estallido tiene para mí una dimensión inconmensurable que es pertinente reconocer. Porque ex post es fácil decir miren, todo esto estaba pasando y

esto lo explica, como si hubiésemos sabido que venía un estallido. Yo reconozco que me sorprendió su envergadura, me pasó por encima, y todavía lo estoy procesando y viviendo. Entre medio hay cuestiones a las que uno le sigue dando vueltas. Un elemento que llamó mucho la atención fue la presencia masiva de banderas mapuche, una cuestión que antes ocurría en la Garra Blanca y en ciertas manifestaciones de izquierda, no en todas. Siempre estaba este elemento, pero en grupos que uno podría pensar que eran de nicho. Aquí, sin embargo, aparece masivamente. La respuesta tentativa que tengo es que allí operó una identificación con esta bandera como símbolo de una práctica de oposición al Estado, al empresariado y a la policía. Es una bandera que representa a un pueblo, el pueblo mapuche, que está enfrentado al Estado chileno por lo menos desde mediados de los años 90, hace 20 o 30 años, que no es poco. Y me parece relevante que exista esa identificación. He tenido la posibilidad de conversar con algunos personeros, con algunos y algunas activistas, con el mismo alcalde [de Tirúa] Adolfo Millabur, quien vino en noviembre del año pasado a la Casa Central de la Universidad de Chile, y me consta que para las personas que forman parte de la sociedad política mapuche es algo que sentó bastante bien, lo vieron con buenos ojos, pero al mismo tiempo tenían un montón de interrogantes y preguntas que comparto. Mis preguntas y dudas tienen que ver con los alcances y la profundidad de esta identificación. Días después del estallido se comenzaron a organizar asambleas autoconvocadas en distintos puntos de Santiago y también en regiones, y al menos mi percepción a partir de las asambleas en las que pude participar, y esto es algo que después conversé con otra gente, es que el tema de los derechos de los pueblos, el tema de la diversidad cultural, no aparecía espontáneamente. Al menos en las que me tocó participar en Ñuñoa, no apareció. Allí hay una cuestión interesante y me atrevería a pensar que ello remite a una dificultad histórica nuestra, que es de formación política: nos pesa la forma en que se ha constituido este Estado nacional, de espaldas a lo indígena, y donde todavía opera una frontera que es simbólica y geográfica a la vez. Claro, se puede ver que hay un pueblo hace rato confrontado con el Estado, que vive situaciones parecidas a las que ahora experimentamos todos, pero cuesta advertir que desde allí se estén planteando temas transversales al

modelo de Estado y de nación, que ha consagrado privilegios para algunos y abusos para otros. Nos cuesta ver que ahí hay temas que pueden tener que ver con nosotros. Aquí nos aproximamos a un asunto que tiende a ser formulado en términos conceptuales, y que ahora adquiere una dimensión de política práctica, cuando solo se identifica lo indígena con una cultura distinta y se asume que su eventual reconocimiento pasaría por ratificar su especificidad, sin plantearnos desafíos mayores, que tienen que ver con cómo se modifica profundamente el concepto de nación y de cultura inscrito en la Constitución chilena.

ROSA: En línea con esa identificación problemática, ¿podría ser esto una forma de apropiación equivalente a las implementadas por los Estados neoliberales para procesar la irrupción indígena?

Aquí nos empezamos a conectar con capas más profundas del problema, en el mediano plazo y en el muy largo plazo. Esta cuestión tiene raíces históricas profundas. No podemos desconocer que se trata una identificación necesaria y que constituye un aporte, porque lo que también se puede movilizar es el desprecio, pero aquí se moviliza otra imagen. Es la imagen del mapuche que se confronta con todos esos poderes contra los que nos estamos manifestando. Pero me estás preguntando si estas limitaciones, estas interrogantes, estas dudas, son más o menos equivalentes a las formas en que los estados neoliberales han incluido la cuestión indígena, usando una fórmula multicultural. ¿Pueden ser equivalentes? Hay puntos en los que se tocan, porque todas estas políticas estatales de alguna manera construyen formas de mirar, formas de comprender lo indígena que constituyen pedagogía. Esta forma de entender y abordar lo indígena viene del período de la transición democrática, en una lógica multicultural bastante más tibia, por supuesto, que las vistas en otros contextos latinoamericanos. Esto habilita una forma de representar lo indígena que, si bien no es nueva, tiene aquí su espacio: lo indígena como objeto de contemplación, y eventualmente como objeto de consumo en el mercado de la diversidad. Yo no sé cuán pertinente sea esto como ejercicio histórico,

pero sí corresponde señalar que hay diferencia en que te persigan para agredirte, para meterte obligado a una escuela, y eventualmente para matarte, a que te pongan en una vitrina. Es distinto, es un momento específico de formulación de lo indígena. Obviamente, lo que ha ocurrido en Chile en los últimos 30 años tiene consecuencias transversales en la manera de entender lo indígena, y aquí lo estamos entendiendo solo como cultura y cosmovisión. Si vas a reconocer la contemporaneidad de los pueblos indígenas, eso con suerte se hace aplicando un enfoque desarrollista, con planes para salir de la pobreza, con economías creativas. Pero en el fondo sigue estando la idea de lo indígena como un universo ritual permanente, que es lo que esconde el concepto de “cosmovisión”, del que discrepo. Sé que “cosmovisión” es una moneda de cambio frecuente en los movimientos indígenas, pero a mí no me gusta por ese sustrato que tiene, que pareciera insinuar que aquí hay una cultura muy compacta, muy armónica, que está permanentemente habitando un universo ritual y deriva muy fácil en la representación básica de lo indígena como “usos y costumbres”. A mí no me gustan esas formas de representar lo indígena porque niegan historicidad y niegan la posibilidad del cambio. Incluso los mismos sectores que apoyan y miran con buenos ojos y simpatía las demandas de los pueblos indígenas, lo que esperan es apoyar a quienes mantienen sus costumbres, y no necesariamente a los que cambian y reformulan su cultura en función de la sobrevivencia.

Progresismos, neoliberalismos y los espectros coloniales

En este punto Zapata precisa que este tipo de representaciones no son exclusivas de los Estados neoliberales. El momento multicultural post-Guerra Fría permeó también en los gobiernos progresistas latinoamericanos, cuestión que ha analizado críticamente en sus trabajos. Si bien sostiene que hay fuertes continuidades multiculturales entre los neoliberalismos y progresismos latinoamericanos desde la década de 1990, ello no implica desconocer una diferencia fundamental en la aproximación de estos últimos, en especial cuando se mira la experiencia de Ecuador y sobre todo de Bolivia.

ROSA: ¿Qué sería lo distintivo de las experiencias ecuatoriana y boliviana?

La diferencia fundamental es que incluyen en el debate a los indígenas, y esta no es una concesión exclusiva del Estado, pues el Estado es un lugar poroso, donde ha participado el tejido social. En esos países no es posible separar las estructuras partidarias de los movimientos sociales, esa es su configuración histórica. Eso explica que hayan entrado al ruedo del debate, y que hayan cristalizado como política dos cuestiones fundamentales que se apartan de la lógica multicultural domesticada por el capitalismo, aunque no los separe del todo del capitalismo: la cuestión de la autonomía política y el derecho a la tierra. Esa es la salvedad. En las otras cuestiones, en movilizar imágenes que son muy dadas a la contemplación y el consumo, la distinción es menor. Ahora, también hay que hacer precisiones con el neoliberalismo. El neoliberalismo vive una fase multicultural y en 2019 publiqué un libro, *Crisis del multiculturalismo en América Latina*, donde critico la articulación de las políticas de reconocimiento multicultural con el modelo neoliberal y el horizonte capitalista general. No obstante, en otra muestra de las sorpresas que nos depara la historia, justo después de eso comienza el ascenso fascista en América Latina, con Bolsonaro y sus réplicas, y las consiguientes derrotas de los gobiernos progresistas. Adviene un neoliberalismo bruto, al que no le interesa la protección de la naturaleza, que es supremacista blanco, no le interesan las políticas de reconocimiento y vuelve a decir que somos todos iguales, y abjura del feminismo. Frente a eso yo he debido cuestionarme, pues mi trabajo criticaba un “neoliberalismo progresista”, pero lo que tenemos ahora es un neoliberalismo de corte fascista. Es otro tipo de problema.

ROSA: Pero estas derivas neoliberales parecen actualizar lógicas coloniales más hostiles que el multiculturalismo...

Conviene notar que las políticas de reconocimiento en toda América Latina en los últimos treinta años, lo que hacen es movilizar y “refuncionalizar” antiguas imágenes coloniales. De hecho, estas imágenes coloniales han sido

“refuncionalizadas” en todo el período republicano, obviamente de manera distinta, porque no es lo mismo el siglo XIX que el siglo XX. Pero el siglo XX, que empieza planteándose la integración indiferenciada y más adelante, en el momento multicultural, mutará a la integración con diferencias, lo que hace es movilizar esas imágenes a las que refería antes bajo la idea de la “cosmovisión”. Lo indígena es reivindicado como cultura, no como historia o potencia política, y menos como una clave para releer la nación, pese a que la nación se construye en este espejo indígena en todo el continente. Este espejo que te devuelve la imagen de lo que no quieres ser, está desde el momento fundacional de las repúblicas. La idea de lo indígena como lo “otro” es muy antigua, y se repite en los progresismos de izquierda como moneda común: valorar a los indígenas porque son distintos a nosotros. Yo siempre me pregunto si al final no estamos hablando de nosotros mismos y que al final se trate únicamente de movimientos de auto-contemplación. Estas preguntas nos permiten analizar el conjunto de la relación, tanto en términos históricos como entre los propios sectores sociales, porque siempre lo más fácil, aunque sea necesario, es decir allá está el Estado y la policía, ellos son los que oprimen. Pero esto muestra que hay un entramado histórico donde todos tenemos un lugar y donde todos tenemos que interrogar nuestras prácticas. El capitalismo siempre ha tenido un lugar para lo indígena como objeto de consumo, siempre, desde el día uno. En el período de las políticas de reconocimiento esto se “refuncionaliza” de otro modo. Nuevamente, queremos ver lo indígena en la cultura, que ojalá practiquen su lengua, lo que es bien esquizofrénico, porque veníamos de un período donde se les prohibía hablarla. La constante es que lo indígena siempre está allí como objeto incómodo. Ahora, ese reconocimiento problemático que radica en el uso de la bandera mapuche en el estallido social, puede tener mucho de esto. Todavía operamos con esta diferencia: si son tan distintos a nosotros, ¿para qué los vamos a tratar en una asamblea territorial? Si son una cultura distinta, ellos verán lo que hacen. Se reproduce una lógica de segregación.

ROSA: ¿Entonces es un gesto impostado?

Hay una diferencia que lo hace muy importante como gesto: aquí se identifica a lo indígena, y particularmente al pueblo mapuche, con la crítica al status quo y a las prácticas de abuso estructural. No diría contra el capitalismo, porque eso sería sobre interpretar el estallido social y no sabemos si el movimiento se encamina hacia allá. Claramente tendrá repercusiones en el tipo de capitalismo, pero su eventual carácter anticapitalista amerita otra conversación. Sin embargo, si hay un malestar frente a los abusos encarnados en el empresariado, en el Estado y en la policía, me parece que usar lo indígena como referente, e identificarnos con esa forma de confrontación, es una ganancia que entraña una potencia política.

ROSA: Identificarse con un sujeto históricamente colonizado, ¿no es una forma de acusar la propia colonización sin querer asumirla?

Es que esto pone en evidencia que todavía existe una articulación y una relación colonial que persiste, entendiendo colonialismo como forma de dominio, no como un período histórico remoto. Esto refleja una problemática colonial que se expresa en la forma en que nos relacionamos con sujetos colectivos y sus demandas. Si bien ello manifiesta la problemática, no necesariamente estamos conscientes de ella. Es efectivo que en el contexto del estallido social hubo pronunciamientos de algunas organizaciones, de líderes y lideresas que hablaron de colonización. Sin embargo, son pocos, es un discurso que está en ciertos nichos, aparte del circuito activista indígena. Tengo dudas de qué tan extendido pueda ser. Incluso diría que, a nivel de distintos sectores ciudadanos y pensamientos críticos, y de organizaciones políticas opuestas al status quo, veo solidaridad con las demandas indígenas, pero no una comprensión cabal del problema. Cuando aparece la idea de que aquí hay un problema de colonialismo, se representa como si fuera un problema del Estado colonialista y los mapuche, y no de un engranaje donde la sociedad también ocupa un lugar. Cuando hay racismo en una sociedad, evidentemente todos tenemos un

lugar. Nosotros somos racializados por sectores de elite, pero al nivel de los sectores medios y populares también operan jerarquías raciales. Allí hay una pervivencia del problema. Ha existido una suerte de Estado-centrismo en el desarrollo del movimiento indígena, por razones obvias, y que se expresa en el hecho de que los discursos críticos y las demandas se suelen dirigir al Estado y no necesariamente a la sociedad. Esto responde al convencimiento de que el Estado tiene que ser el interlocutor, pero eso no significa que no se aspire a construir puentes y solidaridades con ciertos sectores de la sociedad chilena, aunque constituya un ejercicio delicado. A propósito del Premio Nacional de Literatura que se otorgó recientemente a Elicura Chihuailaf, una de sus piezas más destacadas –un gesto amoroso, pero no por ello menos descarnado– es el libro *Recado confidencial a los chilenos* (1999), donde intenta construir una interlocución con el sujeto y la sujeta chilena de a pie. Otro libro importante es *¡...Escucha, Winka...!*, especialmente el texto de Sergio Caniquero, que le habla al chileno y chilena promedio. Mi lectura es que todos tenemos que ver con esto. Eso aparece cuando un pobre, por ejemplo, que es igualmente pobre que un mapuche de los sectores populares, se siente superior, y se siente así porque existen discursos hegemónicos que avalan esa percepción, aunque esa persona tenga una realidad económica similar e incluso peor a la de ese mapuche. Ahora, yo no soy ingenua en homologar las responsabilidades. Me parece que las responsabilidades de los poderosos nunca son homologables a las del sujeto de a pie, pero esto permite ver que el problema, la dificultad, no solo está en la cancha de los poderosos, también está en nuestra cancha, y eso requiere dialogar, ver, reflexionar, y darse cuenta que en el fondo estamos manifestando un malestar contra las desigualdades. Este es un tipo de desigualdad donde algunos sacamos provecho, y hay otros perjudicados. El desafío es plantearnos el problema de la desigualdad en términos profundos, en términos sociales amplios.

ROSA: ¿Cómo pasamos entonces del multiculturalismo a la política?

Diría que en general la percepción de este problema radica en nichos, y no forma parte de nuestro espectro político. Si se habla de colonialismo, se va a

pensar que las transnacionales lo son, que el Estado lo es, y no que nosotros también ocupamos un lugar allí. Entonces aquí hay una forma de codificar este conflicto histórico que contribuye a una lectura desapegada, y que no son lecturas ingenuas. Cuando *El Mercurio* ocupa la etiqueta “conflicto mapuche”, nos está sacando del entuerto. Es un tema de profundas implicancias políticas, pero también de profundos desafíos para pensar en relaciones más equitativas y eventuales diálogos políticos. Yo creo que en esta coyuntura constituyente y de movilización social, los diálogos o las interpelaciones no van dirigidos solo hacia quienes son responsables de los abusos. También hay un desafío entre sectores sociales. Lo que me pena, y no veo hasta el día de hoy, es la articulación de un bloque popular, de un bloque social donde estas cuestiones se puedan encauzar, donde se pueda deliberar. En esto no tengo una mirada romántica de los movimientos sociales. Me parece que podríamos sacar cosas más potentes si, por ejemplo, la oposición parlamentaria tuviera un tejido organizativo social más desafiante y con más propuestas. Lamentablemente este estallido nos pilló en un minuto donde las organizaciones y movimientos no pasaban por su mejor época, mucho menos sus liderazgos. Probablemente los que veo más consolidados, y con más trayectoria, son los liderazgos en el movimiento mapuche, pero por efecto de esta problemática de articulación colonial no los vemos así, los vemos como una causa con la cual solidarizar, y no como actores con quienes podemos intercambiar diagnósticos y propuestas políticas.

ROSA: ¿No han existido referentes de articulación de ese tipo, o instancias de deliberación que permitan avanzar hacia nuevos marcos de relación?

No me atrevería a decir que no, pues puedo tener un conocimiento limitado del asunto. Pero espacios de deliberación política “intercultural”, si así podríamos llamarlos, he visto pocos. Hay espacios de organización mapuche donde han participado personas chilenas, y son acercamientos relevantes para pensar que son posibles, pero no una cuestión de mayor envergadura. Lo que

hay son espacios de discusión propios del movimiento mapuche en distintas etapas de su historia y de sus demandas frente al Estado, eventualmente con la sociedad chilena, pero si pensamos en intersección o una eventual articulación, hay poco. El historiador Jaime Navarrete hizo una tesis de magíster que es una relectura de esta idea tan manoseada de que la izquierda desconocería el tema indígena, dándole la espalda. No ha sido tan así. Él revisa la historia del MIR en la zona de Cautín y sus filiales campesinas, la mayoría mapuche, y saca otra lectura. Claro que hay una relación con el proyecto revolucionario del MIR, pero eso no significa que los mapuche hayan sido manipulados. Es una relectura necesaria, pero hay que investigar más. Lo que sí existe es una experiencia larga de convivencia cotidiana entre mapuche y no mapuche en los territorios denominados “históricos”, y desde luego en Santiago. En Santiago lo popular está mapuchizado y lo mapuchizado está chileno, y esto pese a la añoranza que insiste en querer ver lo mapuche y a los pueblos indígenas sólo como permanencia cultural. Los procesos de cambio se suelen ver como una pérdida o como un perjuicio, pero se olvida que para el otro lado, para el lado chileno popular, allí donde los mapuche llegan a vivir y constituyen familias, lo popular está muy indianizado. Ahí el límite entre lo popular y lo mapuche es imposible de establecer con claridad. Ahora, esta experiencia larga de convivencia es súper tensa y conflictiva, no es una convivencia igualitaria; en algunos momentos lo puede ser, pero en otros afloran las jerarquías. ¿Cómo formular esto en términos políticos? Ese es un desafío que esta sociedad no ha enfrentado. Probablemente han existido experiencias y sería importante conocerlas, pero aquí respondo desde mi conocimiento limitado.

ROSA: ¿Pero hay indicios de intersecciones o aperturas de aquí en adelante?

Independiente de la pregunta, me interesan los ejercicios de deliberación. ¿Qué somos? ¿Cómo queremos ser? ¿Cómo convivimos? ¿Cómo nos definimos? Todos estos ejercicios son situados y no pueden generar definiciones permanentes en el tiempo, pero permiten establecer un mínimo de condicio-

nes para conversar, identificarnos y conocer las biografías individuales, las colectivas, etc. Creo que al interior del propio movimiento mapuche, sobre todo de las últimas tres décadas, se han dado debates y deliberaciones importantes sobre las características del pueblo, pasando por momentos tradicionalistas y por momentos de mayor apertura y resignificación. En ese sentido, creo que el segmento mapuche urbano, la parte xampurria, como dicen ellos, ha sido bien importante en esas aperturas. Pero tiene que ver con los contextos también. Las posiciones más tradicionalistas, por ejemplo, se enfatizan en momentos de mucha agresión de parte del Estado y el poder empresarial. Con esto quiero decir que en los últimos treinta años se han dado ejercicios de debate y de polémicas que, más allá del resultado, son valiosos como ejercicios de deliberación. Pero tampoco hay que exagerar. Cuando fue el centenario de la república en Chile, uno puede rastrear debates intensos sobre el tipo de nación, de Estado, de sociedad que se construyó. En el bicentenario el debate fue bastante más pobre. Tal vez ello tenga que ver con que ha pasado el tiempo, con que ya acumulamos dos siglos de vida republicana, y también con la condición autoritaria que se ha ido consolidando, en el sentido de que solo los especialistas construyen los marcos jurídicos y no tenemos experiencias constituyentes. Por lo mismo, no tenemos el hábito de la deliberación o no lo hemos podido mantener en el tiempo. Más que preguntar a los indígenas cómo son y qué quieren, o qué piensan que debemos hacer nosotros, sería bueno mirar el desarrollo de sus dinámicas de deliberación. Ahora, por otro lado, como decía en una respuesta anterior, este estallido social nos pilló con movimientos débiles, y no por la capacidad de irrumpir, sino débiles en cuanto a la articulación de liderazgos y de propuestas. Si bien el movimiento mapuche se ve mejor aspectado, con liderazgos de varias generaciones y mayor trayectoria, no es menos cierto que se trata de un movimiento diezmado por la represión. El estallido social tiene que ver con eso también, con sectores sociales abusados, diezmados, y eso afecta la construcción de liderazgos, aunque no los determine. En ese sentido, soy de las que espera que las dinámicas históricas nos sorprendan, así como nos sorprendió el 18 de octubre. No obstante, la represión quita mucha energía y diezma, pues ese es el objetivo de la represión, desarticular tejidos y atemorizar. Pero me gustaría insistir en esa idea de deliberación a la que hacía referencia. Un problema histórico y polí-

tico potente es pensar cómo la convivencia cotidiana que ha existido con el pueblo mapuche, y también con otros pueblos indígenas, se puede formular en términos políticos manteniendo como horizonte el fin de las jerarquías. Sé que eso suena utópico, pero plantearlo como objetivo te instala en otro lugar, sin que eso signifique idealizar esa convivencia cotidiana. Yo viví en sectores populares cuando era chica, en Cerro Navia, después La Pintana, sectores que uno puede identificar como lugares indianizados, y donde la gente apenas podía construía una frontera con lo indio, porque ellos no se sentían indios. Como ves, está todo por hacer en este tema.

Migración y proceso constituyente

En medio de esta conversación, Zapata hizo un alto para participar de varias actividades organizadas con ocasión del Día contra el racismo en Chile, fijado en conmemoración de la trágica muerte de Joane Florvil y de todas las víctimas de la discriminación racial en nuestro país. Zapata es una de las tantas voces que desde la academia y el debate público abordan la problemática, develando los mecanismos que sostienen la retórica supremacista local y nuestras soterradas pretensiones de blanquitud. La violencia racista contra la población y los símbolos mapuche, que tuvo una de sus expresiones más crudas a inicios de agosto de 2020 en Curacautín, Victoria, Ercilla y Traiguén, es un fenómeno que Zapata conoce bien y que analiza en paralelo con las ansiedades que despierta la migración.

ROSA: Todos estos problemas que estamos analizando, ¿no aplican también respecto a la migración? Este parece ser uno de esos temas donde hay buenas intenciones, pero una débil disposición a determinar políticas que estén a la altura de lo que demanda el siglo XXI.

Efectivamente, ocurre algo similar con el tema de la migración. Por nuestra configuración histórica, la migración nos enfrenta a un tema que solemos

pensar que es nuevo, pero que está lejos de serlo, el racismo. La idea de “inmigrante” es un concepto racializado y lo ocupo con hartas comillas y precauciones, porque refiere a un tipo de subalternización propia de nuestro contexto. Es necesario insistir en una precisión importante: no todos los extranjeros en Chile son llamados inmigrantes y ahí la marca distintiva, en primer lugar, es la situación de pobreza, y también la racialización. Los inmigrantes que llamamos así y se nos hacen visibles bajo esa categoría, es la gente que está en situación de apremio económico y llega a este país para trabajar, empleándose en los escalafones inferiores de la cadena productiva, independiente de sus niveles de instrucción. Sobre esto, en nuestra sociedad hay probablemente un déficit peor que en la temática indígena, y hay que plantearlo así, porque me interesa que nos interroguemos críticamente sobre esto. Coincido en que hay una buena disposición, pero la forma de abordarlo es insuficiente, desde luego por desconocimiento, pero también por la carga histórica de las fronteras que nos separan. Dos de esas fronteras son la raza y la clase, y eso evidentemente limita las posibilidades de confluencia política. Esto se podría incorporar al análisis de la respuesta anterior. El desafío es construir una política de migración acorde a una perspectiva contemporánea de derechos humanos y abandonar la política represiva que hoy está operando, con esos discursos terribles que escuchamos a diario. En una de sus intervenciones, el ex ministro del Interior Víctor Pérez habló de migración “ilegal e ilegítima”, estableciendo un binomio terrible que se debe discutir de entrada, porque ningún migrante es ilegal. Esa parece ser la tesis de este gobierno y habrá que ver si es posible hacer un contrapeso desde la oposición parlamentaria. ¿Cuáles son los obstáculos para avanzar hacia el tratamiento de la migración de acuerdo a una lógica contemporánea de derechos humanos? A nivel político formal, de los partidos y de la oposición parlamentaria, este un tema que trae costos. No sé si lo entiendo, no sé si lo justifico, pero está allí. Es un tema sobre el que los parlamentarios y parlamentarias podrían insistir atendiendo a sus convicciones, pero que ven como algo riesgoso. Dado que vienen elecciones municipales, los partidos y las coaliciones son cautas en estos temas, y ese no es un buen contexto para una nueva ley migratoria. A nivel social, hay un montón de obstáculos. Nuevamente, como en el tema indígena, sentimos

la carga de una historia donde pesa mucho el marco nacional. Hemos pensado siempre lo nacional como exclusivo y excluyente. Para pensar el tema de migración de acuerdo a los desafíos que mencionaba, debemos asumir algo que también está en el tema indígena, pero que aquí resulta ineludible: la dimensión transnacional. En términos filosóficos se trata de la dimensión universal de los derechos de las personas. Esto no es susceptible de celos nacionales. Aquí podríamos iluminar el problema con el análisis típico de que el capital circula, pero las personas no, las personas son castigadas. Podríamos hacer un análisis de todas esas dinámicas económicas, pero lo cierto es que el planteamiento político del asunto requiere de una reflexión transnacional y universal para la que probablemente tengamos una formación débil. Es un tema preocupante, porque tampoco tenemos un contexto internacional favorable a estas discusiones con el ascenso de gobiernos fascistas, supremacistas, donde aparecen los peores nacionalismos validados en la esfera pública. No es que esos nacionalismos dejen de estar, son discursos subyacentes, pero cuando aparecen habilitados por los propios presidentes, la situación de vuelve muy cuesta arriba. Es una situación preocupante, pero al mismo tiempo observo cómo se desenvuelven las organizaciones migrantes en Chile, cuya primera pelea es para que las escuchen. Si ellos tienen esa energía, ¿quién es una para ser pesimista?

ROSA: ¿Y no podrían abordarse como parte del proceso constituyente?

Probablemente este es uno de los temas en que estemos más en deuda en esta coyuntura. Ahora, también es bueno tener consciencia de que ningún trabajo constituyente va a resolver todo. Es apenas construir un piso fundamental, pues es un piso del cual carecemos, y habrá tareas que tendremos que seguir desarrollando con plazos más largos. El tema de la migración y de los pueblos indígenas nos conectan con capas profundas de nuestros conflictos. Si los estallidos sociales surgen por dinámicas de desigualdad, o al menos es uno de sus factores, estas problemáticas remiten a las capas más profundas de esa

desigualdad. Es desafiante, pero al mismo tiempo impostergable. Las condiciones son adversas, pero hay que darle no más.

Claudia Zapata es historiadora y actualmente coordina el Magíster en Estudios Latinoamericanos del Centro de Estudios Culturales Latinoamericanos de la Universidad de Chile. Andrés Estefane es historiador y parte del Comité Editor de Revista ROSA.



EL APOCALIPSIS SEGÚN JAIR MESSIAS

/ *Jean Tible*

La pandemia revela nuestra encrucijada planetaria. Frente al caos de crisis superpuestas, en varios relatos parece emerger la idea del estado de naturaleza, y en esa clave lo más probable como perspectiva de futuro sería la profundización de la siniestra revelación hobbesiana concomitante al Covid-19: desigualdades crecientes combinadas con más autoritarismo, profundización de la guerra contra la población, y destrucción de lo que erróneamente llamamos naturaleza o medio ambiente. Otra forma, spinoziana, sería seguir el sentido etimológico de catástrofe (final repentino o punto de inflexión importante) del virus llamado capitalismo, entendiendo este sistema como la propia patología que provoca que las personas se enfermen. Y solo podrá ser un gran punto de inflexión si se enfrenta con organización, creación y experimentación.

El movimiento revolucionario siempre ha deseado un apocalipsis como fin de los tiempos y comienzo de otros nuevos. Los socios Marx y Engels vibraban con los anuncios de una crisis económica fatal para el capitalismo y la hecatombe redentora que advendría. La fuerza profética y las trágicas experiencias del siglo pasado nos colocan en esta situación paradójica, en la que nunca fue tan necesaria una transformación radical frente a este presente absurdo y sin sentido, en esta época de múltiples crisis acopladas y colapsos articulados. Pero el movimiento, sin embargo, se atasca.

Otras profecías venían anunciando otro fin del mundo, desde la magnífica *A queda do céu* de Davi Kopenawa y Bruce Albert¹ hasta eventos del año pasado como el siniestro “día del fuego” en la Amazonía brasileña o el inmenso incendio en Australia, que afectó directamente a un cuarto de su población. Son tantos los cataclismos recientes que parecían mostrarnos el final de una era: la explosión de los reactores de Chernobyl, Fukushima, el desastre industrial de Bophal, el colapso del Rana Plaza, el huracán Katrina devastando la pobre y negra Nueva Orleans, Mariana, Brumadinho, y Belo Monte en Brasil. En un arco más amplio, el etnocidio de los pueblos amerindios, la esclavitud de los pueblos africanos, y tantos otros genocidios. “La fuerza radical de la *Negridade* reside en el giro del pensamiento; conocer y estudiar conducido por la *Negridade* presagia el fin del mundo *tal como lo conocemos*”².

En sus orígenes griegos, apocalipsis significa des-vendara, des-cubrir, revelar. ¿Qué nos dice la pandemia?

La miseria de nuestras relaciones sociales, con sus aberrantes desigualdades. Los ancianos mueren solos en varias partes de Europa, sin ser velados ni llorados decentemente. Infantes yanomami son enterrados sin el mínimo respeto por sus ritos funerarios³. Personas sin hogar, habitantes de favelas,

1 Davi Kopenawa e Bruce Albert. *La chute du ciel: paroles d'un chaman yanomami* (París: Plon, 2010).

2 Denise Ferreira da Silva. *A dívida impagável* (São Paulo: Oficina de Imagem Política e Living Commons, 2019), p. 91.

3 Eliane Brum, “Mães Yanomami imploram pelos corpos de seus

migrantes, presos, trabajadores precarios y trabajadores de la salud laboran sin protección adecuada. La Policía Militar de varios estados de Brasil, que ya tenían altas tasas de muertes de civiles, ha visto esos números escalar en los últimos meses, al igual que los siniestros y emblemáticos episodios de rutinaria violencia policial⁴. La deforestación está creciendo brutalmente en Brasil (incluso respecto del récord del año pasado, pues además de la Amazonía en este momento se destruye un quinto del Pantanal), así como se dispara la violencia doméstica (aquí y en muchos países). El hambre acecha de nuevo. Negros y pobres, latinos e indígenas muriendo en dos sociedades definidas por fuertes trazas esclavistas y por la desigualdad, la estadounidense y la brasileña, probablemente las más afectadas en el mundo por el nuevo coronavirus. En una macabra actualización del *¡viva la muerte!* del fascismo franquista, cuando la epidemia llegó a Brasil una *influencer* declaró de manera “provocadora”: *que se joda la vida*.

La fragilidad de las infraestructuras colectivas, debilitadas por crueles políticas de austeridad. La destrucción de la salud pública aparece como parte de una precariedad inducida por la destrucción de las redes de solidaridad construidas y conquistadas con el ascenso de la clase trabajadora desde fines del siglo XIX. Políticas de muerte y daño⁵. Tal precariedad fomenta sentimientos de inseguridad y miedo debido a un aislamiento social que debilita la solidaridad y el apoyo mutuo, cuestión que se agudiza en este contexto pandémico. En el caso de China, las epidemias recientes muestran su relación con la degradación de la salud de los de abajo, con escasas inversiones públicas en infraestructura sanitaria, lo opuesto al binomio ladrillo y cemento: “puentes, carreteras y electricidad barata para la producción”⁶. En Brasil, sin el Sistema Universal

bebês”, *El País*, 24 de junio de 2020, <https://brasil.elpais.com/brasil/2020-06-24/maes-yanomami-imploram-pelos-corpos-de-seus-bebes.html>

4 María Teresa Cruz, “Em quarentena, PM de SP mata uma pessoa a cada 6 horas”, *Ponte*, 30 de mayo de 2020, <https://ponte.org/em-quarentena-pm-de-sp-mata-uma-pessoa-a-casa-6-horas/> e “‘Até este dia, eu respeitava a farda de vocês’, diz mulher pisoteada no pescoço pela PM”, *Epoca*, 17 de julio de 2020, <https://epoca.globo.com/brasil/ate-este-dia-eu-respeitava-farda-de-voces-diz-mulher-pisoteada-no-pescoco-pela-pm-24537161>

5 Judith Butler, *Corpos em aliança e a política das ruas: notas para uma teoria performativa de assembleia* (Río de Janeiro, Civilização Brasileira, 2018 [2015]).

6 Coletivo Chuang, *Contágio social: coronavírus e luta de classes*

de Salud (SUS) –resultado de las luchas de los movimientos populares y médicos salubristas en la década de 1980 y garantizado en la Constitución de 1988– y a pesar de todas sus debilidades (como la histórica falta de fondos y el abandono de los últimos años), la tragedia sería aún mayor a la de más de 140 mil muertos.

Las mentiras y el autoritarismo de los gobiernos. En el contexto actual, las mentiras son generalizadas: de Trump y Bolsonaro, obviamente, pero también de la Francia de Macron, donde por no abastecerse a tiempo de equipo de protección (porque se consideró caro y porque se creyó que podía ser cubierto por la magia de la logística en cualquier momento, razonamiento propio de una salud gestionada como empresa contemporánea), médicos y autoridades negaron la necesidad de utilizar mascarillas, y los profesionales de la salud terminaron, en un momento, atendiendo con bolsas plásticas improvisadas. ¿Democracias? El rostro represivo se activó con más mucha facilidad (contra los extranjeros o poblaciones indeseadas) que el rostro del cuidado (conseguido gracias a las luchas). Predeciblemente los gobiernos fracasaron de forma estrepitosa. En Argelia, solo la pandemia detuvo el movimiento Hirak y durante este tiempo cientos fueron arrestados. La ridícula retórica de la guerra que ayer se activó contra las protestas (como en Chile) ahora se activa con la excusa del virus; y en ambos casos los objetivos no son otros que las personas y sus luchas por la vida.

En el gobierno brasileño reina el negacionismo (antes fue por el calentamiento global y las múltiples desigualdades; hoy, además, por la pandemia). Las reacciones de Jair Messias Bolsonaro (quien se infectó y reforzó su propaganda por la cloroquina) a las muertes son escarnio: “No soy palafrenero”. “Todos moriremos algún día”. “¿Y qué? ¿Qué quieres que haga?”. “No creo en estos números”. Falta de empatía es poco decir. Es un plan de necrofilia: que mueran los más vulnerables para supuestamente salvar la economía, que ya estaba en aprietos antes de la pandemia y se hunde aún más con la pésima gestión actual.

microbiológica na China (São Paulo: Veneta, 2020), p. 37.

Ya se han ido dos ministros de salud y el actual –quien después de dos meses como interino fue confirmado como oficial– es un general que no tiene conocimiento del asunto y ha destituido a personal de carrera del ministerio, sustituyéndolos por decenas de militares que tampoco dominan los asuntos de salud pública. Además, trató de ocultar los datos y canceló las conferencias diarias, agravando una acción ya extremadamente viciada por parte del gobierno federal, que no compró respiradores ni equipos de protección y boicoteó el confinamiento, dejando todas las políticas de prevención y cuidado en manos de los gobiernos estatales y municipales. Peor aún, Bolsonaro vetó varias iniciativas de estas entidades subnacionales, como las multas por no usar mascarilla o habilitar su distribución entre quienes más las necesitaban. Esto es especialmente grave en el caso de las poblaciones indígenas⁷, quilombolas y otras comunidades denominadas tradicionales. El gobierno, por un lado, ha rechazado fondos de emergencia para proporcionar agua potable, materiales de higiene y limpieza, y asistencia hospitalaria; por otro, ha fomentado las incursiones de mineros informales y usurpadores de tierras, desestabilizando concomitantemente a las agencias gubernamentales con atribuciones de cuidado e inspección sobre las tierras indígenas⁸. Un genocidio que nunca termina, un shock microbiano que se actualiza siniestramente en estos cinco siglos de epidemias (sarampión, viruela, cólera, gripe, coqueluche, neumonía ... Y capitalismo)⁹.

Los vínculos entre capitalismo y naturaleza (máquina de destrucción colonial). El nuevo coronavirus (como sus antecesores) fue “gestado en el nexo entre la economía y la epidemiología”, pasando de los animales a los humanos.

7 “Covid 10: O descaso do governo na tragédia indígena”, en Antonio Oviedo, Clara Roman, Tiago Moreira, “Linha do tempo: A omissão do governo na tragédia indígena”, *Instituto Socioambiental*, 13 de julio de 2020, https://cdn.knightlab.com/libs/timeline3/latest/embed/index.html?source=1POkjk1hCDRzQwpCTpNHinW5PPDn5nVFcAQKXxj0w6aE&font=BevanPontanoSans&lang=pt-br&initial_zoom=2&height=650

8 Oviedo, Roman, Moreira, “Linha do tempo...”, <https://www.socioambiental.org/pt-br/noticias-socioambientais/linha-do-tempo-a-omissao-do-governo-na-tragedia-indigena>

9 “Cataclismo biológico”, en Oviedo, Roman, Moreira, “Linha do tempo...”, https://cdn.knightlab.com/libs/timeline3/latest/embed/index.html?source=11tdo2k1udOyHymGFBPV3fewpbs1nNMZlp59-fQC8Lo&font=Default&lang=en&initial_zoom=2

Este “salto de una especie a otra está condicionado por cuestiones como la proximidad y la regularidad del contacto, que construyen el entorno en que la enfermedad se ve forzada a evolucionar” y se alimenta de la “olla a presión evolutiva creada por la agricultura y urbanización capitalista”¹⁰. La agroindustria y sus monocultivos (de cereales y animales, pero también existencial), constituyen un medio ideal para su desarrollo. Tal empalme se refuerza en Brasil, donde este sector clave de la economía fue uno de los primeros frentes empresariales en apoyar fuertemente al candidato Bolsonaro, haciendo gala de una subjetividad de corte fascista, incluyendo la eliminación de pueblos indígenas, quilombolas y grupos sin tierra. Es la vuelta a vieja cuestión de la tierra¹¹.

El vicepresidente, el general Mourão, glorifica la colonización portuguesa de Brasil, identificando a los *bandeirantes* y a los dueños de ingenios azucareros (los “señores del azúcar”) como parte del linaje de los “emprendedores” y forjadores de Brasil, trazando su “destino manifiesto de ser la democracia liberal más grande del hemisferio sur”. La privatización de la tierra robada a los habitantes de este territorio –que marca el inicio de Brasil– es vista como la “tecnología más avanzada de la época”¹². Hay, en estas concepciones, una nostalgia por un pasado colonial “cuya cultura fue rural, agraria, religiosa y patriarcal.” En este contexto, a partir del siglo XVII, “mientras los plantadores levantaban iglesias y protegían al pueblo, viriles *bandeirantes* lideraban milicias mestizas en expediciones por el interior para atrapar indios y buscar riquezas naturales, extrayendo la mayor cantidad posible de su exuberante naturaleza”. Bolsonaro viene directamente de esto, de estas marcas actuales de colonización y su “culto a la muerte y la violencia”¹³. Su distópica “edad de oro” es externa a Brasil (está en los confederados estadounidenses y hoy en el

10 Coletivo Chuang, *Contágio social*, p. 23.

11 Naira Hofmeister, “O pioneiro. Este fazendeiro pratica a agenda de Bolsonaro na Amazônia há 40 anos”, *The Intercept Brasil*, 13 de julio de 2020, <https://theintercept.com/2020/07/13/quartiero-fazendeiro-bolsonaro-amazonia/>

12 General Hamilton Mourão, Twitter, 28 y 29 de septiembre de 2019, <https://twitter.com/GeneralMourao>

13 Christian Lynch, “A utopia reacionária do governo Bolsonaro (2018-2020)”, *Insight Inteligência*, Edição 89, <https://insightinteligencia.com.br/a-utopia-reacionaria-do-governo-bolsonaro-2018-2020/>

vínculo *bandeirante*-milicia), en un curioso nacionalismo subordinado. Este enfrentamiento centenario de fuga liberadora contra los esclavistas continúa: a raíz del levantamiento #blacklivesmatter y sus resonancias globales, el gobernador de São Paulo (militante de la derecha tradicional, pero elegido con votos y lineamientos bolsonaristas) custodió preventivamente la espantosa estatua de un *bandeirante* para que no fuera derrumbada¹⁴.

Aquí está el proyecto del gobierno de Bolsonaro y sus profundos lazos con la historia del país: “el problema con los indígenas es que las tierras de los indígenas son tierras de la Unión, y el objetivo del gobierno es privatizar. Y más que del gobierno, de las clases que representa el gobierno, de las que él es el *jagunço*, porque eso es lo que él es: el *jagunço* de la burguesía”¹⁵. De ahí su obsesión, y la de los militares en general, con la Amazonía, pues simboliza este enfrentamiento entre concepciones y prácticas en torno a la tierra en Brasil desde 1500, con ánimo de completar la conquista. En este sentido, “estamos asistiendo a una especie de ofensiva final contra los pueblos indígenas”¹⁶. Al no atender, sobre todo en este período de redemocratización desde la década de los ochenta en adelante, a nuestras heridas coloniales –profundas desigualdades, el genocidio de jóvenes negros y el etnocidio de los pueblos indígenas–, al no saldar nunca las cuentas con estos crímenes, las regiones más violentas de un país extremadamente violento se vuelven aún más cruciales y sus tragedias se vuelven asunto nacional: la Baixada Fluminense y la Zona Oeste de la ciudad de Río de Janeiro con sus milicias, Mato Grosso do Sul (MS) y la masacre ininterrumpida, y el Pará y el Amazonas en llamas. No por casualidad Mato Grosso do Sul, un estado de menos de tres millones

14 Mônica Bergamo, “Estátua de Borba Gato é agora vigiada 24 horas por dia”, *Folha de S.Paulo*, 11 de junio de 2020, <https://www1.folha.uol.com.br/colunas/monicabergamo/2020/06/estatua-de-borba-gato-e-agora-vigiada-24-horas-por-dia.shtml>. Agradezco a Hugo Albuquerque por precisar este punto.

15 *Jagunços* son los guardaespaldas de los hacendados o dueños de ingenios, y es expresión bahiana que se popularizó tras las guerra de los Canudos [n. de los trad.]

16 Ciro Barros y Thiago Domenici, “Viveiros de Castro: “Estamos assistindo a uma ofensiva final contra os povos indígenas”, *A Pública*, 10 de octubre de 2019, https://apublica.org/2019/10/viveiros-de-castro-estamos-assistindo-a-uma-ofensiva-final-contr-os-povos-indigenas/?mc_cid=00a2083f00&mc_eid=5be2bf7945

de habitantes, llegó a tener dos ministros vinculados a posiciones anti-indígenas, componiendo una siniestra mezcla con la influencia de la milicia y de los sectores terratenientes.

La máquina de la muerte es constitutiva de lo que llamamos Brasil. La novedad de este gobierno es que lo celebra. Deleuze, cuando trabaja Spinoza, celebra su filosofía de vida, que se distancia de todo lo que esto significa y que envenena con las categorías del bien y mal, y sobre todo con odio, “incluido el odio vuelto contra sí mismo, la culpa”. Es curioso notar que Bolsonaro proviene de Vale da Ribeira, el territorio más pobre de São Paulo, donde la Mata Atlántica fue menos deforestada y mantuvo una fuerte presencia quilombola, indígena y campesina. ¿Odio de sí mismo? Para Spinoza-Deleuze, “la tristeza sirve a la tiranía y la opresión”¹⁷ y crea impotencia, a diferencia de la alegría, que activa la resistencia.

Apoyos y oposiciones

En esta tragedia, Bolsonaro mantiene apoyo y rechazo en proporciones similares y ha logrado estabilizar su gobierno. En ese período de veinte meses, Bolsonaro perdió a uno de sus pilares en el Departamento de Justicia, Sergio Moro, figura fundamental en la operación “anticorrupción” Lava Jato y decisiva en su victoria electoral. Su apoyo sigue estando en los militares (que hoy ocupan cargos por miles¹⁸), en los pastores evangélicos, ahora en los llamados partidos de centro (que han apoyado a todos los gobiernos de las últimas décadas a cambio de cargos y recursos), así como en una movida social fascista (el sector duro del bolsonarismo) y en las clases dominantes. Hasta junio, cuando se produjo la detención de Fabrício Queiroz, su amigo, ex asesor de su hijo Flávio y aparente vínculo con las milicias, Bolsonaro parecía solo estirar la cuerda, apareciendo en manifestaciones en las que parte de la agenda era el cierre de la Corte Suprema y el Congreso. La temperatura

17 Gilles Deleuze, *Spinoza Philosophie Pratique*. Paris, Éditions de Minuit, 1981, p. 39; 76.

18 Leonardo Cavalcanti, “8.450 militares da reserva trabalham em ministérios, comandos e tribunais”, *Poder 360*, 17 de julio de 2020, <https://www.poder360.com.br/brasil/8-450-militares-da-reserva-trabalham-em-ministerios-comandos-e-tribunais/?fbclid=IwAR3rkG2RdWZzrppi7uP8-78I6FtwSgnrEJt7eNYMgZpVUVrb5979tCH-uCO>

estaba subiendo, pero tras estos escándalos parece que Bolsonaro ha optado por retirarse para proteger a su familia. Pese a todo, todavía no hay el clima para un juicio político, ni con las decenas de solicitudes ya presentadas. Por ahora “las élites políticas, económicas y judiciales ofrecen a Bolsonaro un acuerdo de ‘normalización’”¹⁹.

En estas delicadas circunstancias, “la palabra del sector más poderoso de la sociedad, la clase capitalista, apenas se escucha. Las entidades representativas del capital agrario, industrial y financiero (CNA, CNI, Fiesp, Fierj, Febraban, etc.) guardan un silencio ensordecedor, en medio de los conflictos con el ministro Paulo Guedes”²⁰. Como en el episodio del día del incendio, los dueños del dinero solo se manifiestan cuando la imagen de Brasil en el exterior comienza a dañar sus negocios inmediatos –algunos banqueros y empresarios escribieron al vicepresidente, también presidente del Consejo Nacional de la Amazonía Legal, exigiendo un plan de producción sustentable y de protección del medio ambiente. Los de arriba apuestan, por tanto, a controlar a Bolsonaro (sin bolsonarismo, en su cara más extrema) y la figura clave en esta perspectiva es el ministro de Economía, Paulo Guedes, el otro pilar civil que queda en pie del gobierno.

Esto se pudo observar con nitidez en una reunión ministerial realizada simbólicamente día del mal llamado descubrimiento de Brasil (22 de abril). La instancia desnudó al gobierno en su servidumbre y mediocridad, en sus dos horas de horrores (en forma y contenido²¹) filtradas luego de la salida de Moro y su quiebre con Bolsonaro acusándolo de intervenir la Policía Federal de Río para proteger a su familia de las investigaciones. Encarnando el pilar fuerte del gobierno, el encuentro muestra a Guedes a gusto, hablando

19 Vinicius Torres, “Cartas já não adiantam mais: elite quer um Bolsonaro sem bolsonarismo”, *Folha de S.Paulo*, 14 de julio de 2020 <https://www1.folha.uol.com.br/colunas/viniciustorres/2020/07/cartas-ja-nao-adiantam-mais-elite-quer-um-bolsonaro-sem-bolsonarismo.shtml>

20 Ricardo Musse, “No clube dos 0,0001%”, *A terra é redonda*, 6 de julio de 2020, <https://aterraeredonda.com.br/no-clube-dos-00001/>

21 “A íntegra da transcrição da reunião entre Bolsonaro e os ministros, que teve sigilo retirado pelo STF”, *El País*, 22 de mayo de 2020, <https://brasil.elpais.com/brasil/2020-05-22/a-integra-da-transcricao-da-reuniao-entre-bolsonaro-e-os-ministros-que-teve-sigilo-retirado-pelo-stf.html> y <https://www.youtube.com/watch?v=TjndWfgiRQQ>

poco menos que el Presidente y mucho más que el ministro de la Casa Civil, disponiendo del plan de inversiones que era el tema de la de la reunión.

Tres puntos de su intervención son dignos de mención. Primero, molesto por las propuestas de aporte estatal en infraestructura hechas por algunos pares, el ministro de Economía se opone a la idea de tener un millón de jóvenes aprendices en el cuartel, que recibirían 300 reales (el salario mínimo es de 1.045 reales) por aprender la disciplina y ejecutar esas obras. Luego, da a conocer la propuesta de abrir resorts/casinos con centros de negocios y otros servicios (incluso en un área de protección ambiental, según el deseo de Bolsonaro de transformar Angra dos Reis, en la costa de Río de Janeiro, en un nuevo “Cancún”). Estas son las llamadas propuestas estratégicas, el plan Guedes ¿Podría ser esto una clave para comprender la obsesión de la extrema derecha con Cuba, por la Cuba colonial prerrevolucionaria de 1959?

Asimismo, Guedes ilustra los vínculos inseparables entre los aspectos supuestamente “civilizados” y técnicos de unos, y los aspectos crudos e ideológicos de otros: “cita a Hjalmar Schacht, ministro de Economía de la Alemania nazi (1934-1937): ‘la reconstrucción de Alemania en Segunda Guerra Mundial, Primera Guerra Mundial con Schacht. Segunda Guerra Mundial, con Ludwig Erhard, [...] la reconstrucción de la economía de Chile con los Chicago boys. [...] El caso de la fusión de las dos Alemania. Conozco profundamente, en detalle, no de oídas. Hay que leer ocho libros sobre cada reconstrucción de esto’”²². Guedes, un vínculo *respectable* con los mercados, quien trabajó en Chile durante la sangrienta dictadura de Pinochet (a la que llama “transformación maravillosa”²³), cita a un nazi como referente. Esto no es sorprendente, ya que los vínculos entre neoliberalismo y autoritarismo son notorios. Von Mises argumentó que el fascismo salvó la civilización europea. Friedman visita al dictador chileno en 1975 y Hayek viaja en 1977

22 Fernando Cássio e Marco Antonio Bueno Filho, “‘Professor’ de Jair, Paulo Guedes é o mais bolsonarista dos ministros”, *Entendendo Bolsonaro*, 8 de julio de 2020, <https://entendendobolsonaro.blogosfera.uol.com.br/2020/07/08/professor-de-jair-paulo-guedes-e-o-mais-bolsonarista-dos-ministros/>

23 Michael Stott y Andrés Schipani, “Brazil’s Paulo Guedes keeps faith in reforms despite Chile crisis”, *Financial Times*, 10 de noviembre de 2019, <https://www.ft.com/content/b1d21b6a-0244-11ea-be59-e49b2a136b8d>

y nuevamente en 1981 cuando, en una entrevista con *El Mercurio*, declara preferir un dictador liberal a un gobierno democrático no liberal, ya que permitía una mayor libertad económica que en el período de Allende. Este es el valor absoluto, no la democracia. Libertad para el capitalismo estable y autorregulado²⁴.

Todo esto ilustra la hipocresía de quienes se oponen a Bolsonaro, pero aprecian a Guedes: “El *bandeirantismo sertanista* de Jair Bolsonaro es el abuelo del darwinismo social de Paulo Guedes, para quien la función principal de la economía brasileña es abastecer al mercado de la metrópoli con productos agrícolas, como ocurrió en el siglo XIX”²⁵. Son inseparables en la guerra contra la población, que se despliega en todas partes, pero de forma particularmente aguda en Brasil. ¿Cómo calificar a un Estado cuyos agentes disparan continuamente a civiles? Es una guerra colonial, de ocupación, la misma que se sostiene Brasil en un continuo de masacres contra pobres, negros, indígenas y otros. La pandemia agudiza una “agenda de muerte” que constituye el vínculo (explícito) entre las distintas acciones e iniciativas gubernamentales, como los recortes a las políticas de solidaridad, la liberalización total de plaguicidas, el desmantelamiento de políticas ambientales, la oposición a la demarcación de tierras indígenas, la destrucción de históricas y exitosas políticas de ETS-SIDA, la expansión de la posesión y porte de armas, las pulsiones punitivas de un país que ya se ha embarcado en el encarcelamiento masivo, la política exterior de intervención sobre los vecinos. Genocidio²⁶.

Por ahora, el Covid-19 mantiene a raya las protestas que podrían adquirir otra dimensión frente a esta masacre ¿Aparecerán después de pasar por esta terrible situación? En mayo, los aficionados al fútbol lanzaron a las calles “Somos Democracia” y sus protestas ocurrieron en el contexto de la explosión antirracista en Estados Unidos; también han articulado iniciativas

24 Grégoire Chamayou. *La société ingouvernable: une généalogie du libéralisme autoritaire*. Paris, La fabrique, 2018.

25 Christian Lynch, “A utopia reacionária”.

26 Douglas Meira Ferreira, “Nota sobre o Genocídio Brasileiro quando o julgamento chegar”, *Instituto Humanidade, Direitos e Democracia*, s.f., <https://ihudd.org/blog/1/post/nota-sobre-o-genocidio-brasileiro-31>

como “Mientras haya racismo no habrá democracia”²⁷. La profunda crisis económica y social, la politización de la nueva generación, el trabajo continuo de los mayores, todo esto puede estar generando un caldo rebelde que puede cobrar más importancia en cuanto las condiciones sanitarias lo permitan, pues en 2019 las protestas ya sacudían varios rincones del planeta en Argelia, Sudán, Haití, Chile, Francia, Hong Kong, India, Irak, Colombia, Ecuador, y han llegado a Estados Unidos durante las últimas semanas.

La pandemia revela nuestra encrucijada planetaria. Frente al caos de crisis superpuestas, en varios relatos parece emerger la idea del estado de naturaleza, y en esa clave lo más probable como perspectiva de futuro sería la profundización de la siniestra revelación hobbesiana concomitante al Covid-19: desigualdades crecientes combinadas con más autoritarismo, profundización de la guerra contra la población, y destrucción de lo que erróneamente llamamos naturaleza o medio ambiente. Otra forma, spinoziana, sería seguir el sentido etimológico de catástrofe (final repentino o punto de inflexión importante) del virus llamado capitalismo, entendiendo este sistema como la propia patología que provoca que las personas se enfermen. Y solo podrá ser un gran punto de inflexión si se enfrenta con organización, creación y experimentación. En 2008, la crisis parecía dar condiciones para las transformaciones, pero incluso con el ciclo de protestas esto no se materializó en absoluto. Todo quedó igual o incluso empeoró. Ahora vuelven a aparecer algunos signos auspiciosos: valorización de los trabajadores de la salud y otras profesiones mal remuneradas y subvaloradas, resurgimiento de la salud colectiva, políticas como la renta garantizada, múltiples redes de solidaridad y autorreflexiones colectivas.

Innumerables pueblos, cuerpos disidentes, y los seres vivos nos muestran e indican caminos. Los mismos que tantas veces, en los últimos siglos, fueran colocados en el campo de la naturaleza y vistos como desechables después del consumo. Este predominio del Hombre sobre la Naturaleza pone en riesgo la vida humana. La supervivencia depende ahora de escuchar a aquellos antes considerados no modernos, cuyos relatos siempre han tenido en cuenta las

27 *Mientras haya racismo no habrá democracia:* <https://comracismoaohademocracia.org.br/>

actividades de la vida, humana y no humana. La supervivencia depende ahora de revolucionar. Tierras comunes habitadas contra la propiedad privada capitalista, contra la apropiación, la expropiación y la explotación. Pensar-practicar la democracia con los dispositivos de la inteligencia colectiva de los cuerpos-territorios²⁸. Contra las pandemias coloniales, capitalistas, extractivistas, racistas, sexistas, etnocidas, nuevas alianzas entre especies, asociación de redes de existencia, e internacionalismo intergaláctico.

Septiembre de 2020

Jean Tible es militante y profesor de Ciencia Política en la Universidad de São Paulo (USP); también columnista habitual de Nueva Sociedad. Su más reciente libro es *Marx selvagem* (São Paulo: Autonomia Literária, 2019); editó *Junho: potência das ruas e das redes* (São Paulo: FES, 2014) y *Negri no trópico 23°26'14"* (São Paulo: Autonomia Literária/Editora da Cidade/n-1edições, 2017). Esta traducción del original en portugués fue realizada por Cristóbal Portales y Andrés Estefane, miembros del comité editorial de ROSA.

28 Verónica Gago. *La potencia feminista: o el deseo de cambiarlo todo*. Buenos Aires, Tinta Limón, 2019.

**PABLO PÉREZ,
SOCIÓLOGO:
“MUCHOS
DIRIGENTES
COMUNISTAS,
EL 2015, DECÍAN
QUE HABÍA QUE
ESPERAR Y SACAR
LOS CAÑONES
CUANDO FUESE
NECESARIO. AL
FINAL NO PASÓ
NADA”.**

/ por Cristóbal M. Portales

Pablo Pérez es sociólogo y militante de Izquierda Libertaria. Convencido de la necesidad estratégica de fortalecer el sindicalismo, ha dedicado gran parte de sus investigaciones al estudio del trabajo organizado y sus dilemas. En ellas, ha buscado conciliar una lectura de clases con una aproximación estadística rigurosa, sin comprometer con ello ni el compromiso político ni la precisión científica. Durante esta conversación, nos habla de la relación entre sindicalismo y Estado, el rol de la izquierda en esa relación, y las oportunidades y desafíos que surgen en este campo a partir del cambio constitucional.

ROSA: Una primera pregunta es de carácter sociohistórico, ¿cuáles han sido los cambios dentro de la relación entre la izquierda y el sindicalismo durante la transición, comparándolos con la situación en dictadura y antes de esta? La idea es conocer cómo se da el proceso de desinterés de la izquierda por el trabajo.

Hay una cosa que es importante, que yo siempre enfatizo cuando uno estudia comparativamente el movimiento sindical chileno en el siglo XX. Una de sus características, hasta 1973, es que era un movimiento débil. Si uno compara el Código Laboral chileno con el argentino, el mexicano, o el brasileño; en Chile, el corporativismo de Estado tenía características bastante débiles. La

ley laboral siempre favoreció lo que algunos llaman el pluralismo sindical. En Chile, a diferencia de Argentina o México, nunca existieron leyes que garantizaran la supervivencia económica de los sindicatos. En Argentina los sindicatos pueden controlar las obras sociales. Eso le da un poder económico muy fuerte al sindicato, porque administra plata y, al mismo tiempo, la afiliación se vuelve obligatoria para obtener obras sociales. Está demostrado que no sólo aumenta la sindicalización, sino que le da un poder económico al sindicato inexistente en países sin tales legislaciones. Hay un libro de Allan Angel, *Sindicato y Partidos políticos*, donde se habla mucho de eso. Según Angel, el sindicalismo chileno es institucionalmente débil, porque, por ejemplo, la negociación colectiva se daba a nivel de empresa y no de sector económico fomentaba la fragmentación sindical. Como están más fragmentados, como no tienen poder económico, el sindicalismo chileno es uno bastante poco organizado.

Lo que decía Angel, y yo creo que tiene razón, es que los partidos políticos jugaron un rol clave en ese contexto de debilidad institucional. Permitieron dotar de organización a los sindicatos, a la vez que permitieron articular un conjunto de espacios sindicales que, por definición, fueron bastante fragmentados. Eso tiene sus pros y sus contras, y eso es lo que uno tiene que entender para analizar lo que pasa ahora. Los pros es que si tienes partidos políticos con orientación socialista, con orientación prosindical, estos van a estar dispuestos a dar recursos para fortalecer al sindicalismo. El caso típico que da Angel, por ejemplo, es que las confederaciones sindicales eran organizaciones formadas por partidos políticos. La Confederación Ranquil, en la que los comunistas organizaban al sector agrícola. La Confederación del Comercio, dominada por la DC. Hasta el día de hoy uno puede apreciar un resabio de eso. Eso es bueno, porque los partidos políticos invierten recursos en superar esta condición de fragmentación. El aspecto negativo es que eso coarta, naturalmente, la autonomía sindical. El ejemplo clásico de acá es la CUT. Desde que se fundó en 1953, todos los conflictos internos han sido entre partidos. No son conflictos entre sectores económicos, sino que entre partidos a través de dirigencias sindicales. Ese es un aspecto negativo que perdura, en cierto sentido, hasta el día de hoy.

Todos sabemos lo que sucedió en la dictadura: se rompió el vínculo entre sindicatos y partidos políticos, se implantó el código laboral -el cual fragmentó aún más la acción sindical, especialmente porque imposibilitó legalmente la negociación colectiva por rama. Antes existía negociación por rama en Chile, pero era más bien la excepción. A veces uno escucha gente que dice que antes de la dictadura había negociación por rama y todos los sindicatos negociaban así, lo cual es mentira. Los únicos que podían negociar por rama eran los sindicatos profesionales, si es que había acuerdo por rama. Además, en ciertos sectores había negociación por rama porque las organizaciones empresariales estaban dispuestas a hacerlo. Está el clásico ejemplo de los sindicatos del cuero del calzado, quienes negociaban colectivamente gracias a un acuerdo entre la federación laboral de dicho sector económico y la respectiva organización patronal. En la dictadura eso se prohibió, lo cual fragmentó aún más el sindicalismo y generó una serie de instancias que favorecieron el paralelismo sindical.

Hasta el día de hoy, la legislación permite que existan múltiples sindicatos dentro de la misma empresa y que estos compitan entre sí por afiliados. Eso en otros países no existe, es como una aberración. En algunos se permiten negociaciones con grupos negociadores, lo que también es una aberración en muchos países. El sindicato tiene, por definición, el derecho exclusivo a negociar colectivamente. No tiene por qué existir otra organización que no sea sindical. Naturalmente, esto está hecho para que el sindicalismo se fragmente. Lo importante es que en la dictadura, con la revitalización de la acción colectiva en los años ochenta, y en un contexto en que los partidos políticos estaban en la retaguardia de la movilización popular, el sindicalismo tomó un rol fundamental. Un rol que se desarrolló, muchas veces, sin la necesidad de depender de partidos políticos. Eso es lo que Paul Drake llama la “argentinización” del sindicalismo chileno en los 80, es decir, que en esos años, por ejemplo, el Comando Nacional de los Trabajadores era tan activo en promover movilización social y en promover organización de diferentes sectores sociales, que mostraba a los partidos en la retaguardia del movimiento sindical. Muchas veces el movimiento sindical fue el que permitió que los partidos políticos pudieran desarrollarse como tal.

Eso tuvo su fin en 1986-87, cuando los mismos dirigentes del movimiento sindical, apelando al vínculo histórico de los sindicatos con los partidos políticos, llaman a los partidos a dirigir los procesos de negociación para la transición a la democracia. Lo que yo he investigado es que eso tuvo su máxima expresión en la refundación de la CUT el 88. Es la expresión más clara de un acuerdo entre partidos políticos; entre el PS, el PC, y la DC, donde ellos definieron los términos en los cuales se iba a reconstruir la central y que duran hasta el día de hoy. Nuevamente, esto tiene sus pros y sus contras. Yo estoy en contra de quienes plantean que la autonomía de los partidos es una virtud en sí misma para el sindicato. Esto es errado, pues está demostrado -no solo en Chile, también en Europa y otras partes del mundo- que el sindicalismo avanzó mucho en el siglo XX gracias a los vínculos que tuvo con partidos de izquierda. Estos eran la manera más directa que tenían los sindicatos para llegar al Estado. El gran problema, y esto creo que es muy importante de analizar, es que, cuando la relación sindicato-partido se da de forma asimétrica, el sindicalismo muchas veces pierde. Y pierde, porque no tiene capacidad de movilización propia. Pierde más aún, cuando sus aliados históricos abandonan la política de clase, la orientación a favor de la construcción del sindicalismo. Eso es lo que ocurrió en los años noventa con el PS y con la DC.

Este es el gran drama, no la relación entre sindicatos y partidos. Si uno hace el balance, en general el acceso a espacios de poder mediados por los partidos ha sido bueno para los sindicatos. Lo que es contraproducente es cuando, como sindicato, pierdes fuerza propia y tus aliados históricos te abandonan. Comparativamente, estos dos factores no ocurrieron de tal forma en otros países. Por ejemplo, en Argentina en su período más neoliberal, en los 90 cuando Menem y los peronistas se volvieron neoliberales, el sindicalismo todavía tiene cierta capacidad de movilización propia. Esa capacidad, según se dice, se derribaba, entre otras cosas, de la continuidad de legislación laboral corporativista asociada al peronismo, la cual garantizaba cierto poder del sindicato. Por ejemplo, garantizaba cierta autonomía económica, por lo que nunca tuvieron que mendigar plata a los partidos políticos. Al contrario, durante mucho tiempo, los partidos, el peronismo, le mendigaban plata a

la CGT. Allá, las organizaciones sindicales son espacios de poder donde se puede movilizar poder.

Nuevamente, esto tiene sus pros y sus contra. Los pros son que el sindicalismo de ese tipo tiene poder de movilización. Lo que no es tan bueno es que eso genera cierta burocracia sindical, la cual desarrolla un interés en mantener sus privilegios. Por ejemplo, en Argentina la crítica a los dirigentes de la CGT es muy alta. En el fondo, son considerados parte de la élite. Controlan muchos recursos, tienen capacidad de mover muchos recursos económicos, y viven no como sus afiliados. Además, eso explica por qué el sindicalismo en Chile tiene mayor nivel de aprobación que en Argentina.

ROSA: Normalmente tenemos esta idea de que hubo un abandono total del sindicalismo por parte de la Concertación, pero me pregunto si es que en algunos sectores no hubo también una suerte de “argentiniización”. Es decir, de la generación de una burocracia sindical al alero de la Concertación, por más mínima que sea.

Puede ser, pero es secundario. En el fondo, si uno lo mira comparativamente, el nivel de bienestar material que uno puede obtener siendo dirigente sindical al más alto nivel en Chile, es ínfimo en comparación con lo que ocurre en otros países. No sé si te acuerdas cuando hubo un escándalo porque Arturo Martínez y unos amigos fueron a comer langosta. Eso fue un escándalo de corrupción sindical, porque gastaron como trescientos mil pesos almorzando. Eso es una cuestión ordinaria en comparación al nivel de dinero que mueven otros sindicatos. Por ejemplo, una dirigente histórica del sindicato de profesores de México no vive allí, en su país. En Argentina, dirigentes históricos de la CGT tienen acciones en equipos de fútbol.

Esa burocracia sindical existe en Chile, es un problema, pero no es gran parte del problema. Para mi tesis doctoral entrevisté a varios dirigentes sindicales de la Concertación, todos los de la CUT, de la DC, del PS y algunos PC. Cuando yo les preguntaba por sus vínculos con los partidos, muchos de ellos -es-

pecialmente de la DC y del PS- decían que no tenían o que hace años que no iban a reuniones partidarias. Yo les preguntaba para qué seguían y la respuesta era que siempre habían sido de tales partidos. Es como inercia y tradición.

Yo creo que eso también tiene aspectos negativos, pues no conciben la acción sindical si no es a través de vínculos con partidos, por lo tanto, a partir de la lógica de hacer lobby. Eso es lo que se vio en la reforma laboral del 2015, donde había un movimiento sindical fortalecido -comparativamente con los 90-. Había sectores como los portuarios, con quienes la IL tenemos muchos vínculos, que sostenían que la huelga general era la única forma de intervenir en la reforma laboral para hacerla no tan mala ¿Qué decía la CUT y los comunistas? Que había que esperar, pues tenían gente en el gobierno que les iban a ayudar a meter las cuñas que queremos meter. Eso representa una lógica que es un resabio muy fuerte del pasado, que es como inercia.

En el fondo, es la lógica de pensar que porque tú tienes aliados en el gobierno, la pega está hecha y ellos van a responder a tus intereses. Y a veces eso no ocurre; no porque tus aliados sean malos, sino porque no tienen la capacidad para defender tus intereses dentro de la coalición del gobierno. Es lo que le pasó al PC durante la reforma de Bachelet. Yo no tengo duda de que el PC hizo lo que pudo para que la reforma sea decente, pero con aliados como la DC y los sectores de derecha del PPD -que andaban preocupados de formar bancadas pro-PYME, de defender a los empresarios-, es poco lo que podía hacer. En un contexto como ese, el sindicalismo debe promover formas de movilización que recurran a fuerza propia. Tiene que tener una capacidad de movilización propia, independiente de tus vínculos con los gobiernos. Si no, estás siempre bajo el alero de lo que ellos propongan, y creo que el 2015 eso fue claro. Lo que es interesante, y en esto también habría que enfatizar, es que muchos dirigentes del PS y de la DC decían esto el 2015, lo decían abiertamente. Por ejemplo, Norberto Díaz que es de la DC, él decía el 2015 que había que hacer una huelga general, que no confiaba en los Zaldívar y en los Walker, pues ellos están con los empresarios. No obstante, los comunistas, quienes dirigían la central, estaban en una posición más expectante frente a lo que iba a pasar. Nuevamente, yo no creo que los comunistas actuaron así por ser traidores de la clase obrera o porque quisieran defender una posición de

privilegio. Ellos efectivamente pensaban que teniendo vínculos con agentes del gobierno se podían conseguir cosas, por lo que había que esperar. Muchos dirigentes comunistas que entrevisté el 2015 decían eso, que había que esperar y sacar los cañones cuando fuese necesario. Al final no pasó nada.

Yo creo que no pasó nada, nuevamente, porque el problema del vínculo entre sindicato y partido existe cuando el primero no tiene capacidad propia de movilización. En los años noventa eso era muy claro. El gran problema, y la gran autocrítica que hacen los dirigentes sindicales de la Concertación dentro de la CUT, es que se confió mucho en lo que iba a hacer la Concertación. Ahora bien, en su defensa señalan que tampoco podían hacer mucho más, pues no tenían capacidad de movilización. Eso se entiende en los años noventa tal vez, pero no el 2011, 2013 o 2015, donde el sindicalismo había mostrado mayor capacidad de movilización.

ROSA: Considerando ese aprendizaje que hay en el sindicalismo de los 90 a la fecha, de desconfiar de la estructura clientelar del sindicalismo de la refundación de la CUT en adelante, y sumado a las transformaciones en la estructura productiva, ¿es posible hablar de un nuevo sindicalismo, o existe más bien una continuidad?

Buena pregunta. Yo creo que hay de ambos. Hay dos niveles: por un lado, están los dirigentes históricos, con vínculos directos con los partidos tradicionales, que incluso estaban actuando en el Bloque Sindical de Unidad Social. Por sobre todo, dirigencias del sector público. Estos actúan en una lógica concertacionista; entendida no en un sentido peyorativo, sino que en la lógica de que “actuemos, pues tenemos gente en el mundo político que nos puede defender o que nos puede prestar ropa cuando sea necesario. Al mismo tiempo, hay otro sector, que viene por debajo, que viene apareciendo desde los años 2000 y que se ve más nítidamente el 2015. Es un sector que desconfía mucho de los partidos políticos y de las lógicas propias de las dirigencias sindicales afiliadas a la Concertación o a la Nueva Mayoría. Son dirigentes sindicales

anticomunistas, en el sentido de que desconfían de los liderazgos comunistas en la CUT.

Allá hay un problema también, pues este mundo sindical más nuevo y anti-partido, si bien aporta una crítica relevante, tiende a ser un poco divisionista. Por ejemplo, esta idea clásica de fundar otra central. En Chile existen cuatro centrales sindicales. Cuando el 19% de la gente está afiliada a sindicatos, ¿va a servir de algo levantar una quinta? Yo de verdad no creo que la solución vaya por ahí, porque lo que está haciendo es fragmentar aún más un movimiento sindical altamente fragmentado. Ahora, ¿qué ocurre? Nuevamente, la legislación laboral juega muy en contra, y lo hace no solo porque no se puede negociar por rama o porque son débiles. También juega en contra, porque en Chile es fácil armar un sindicato. Muchas veces estos sindicatos se dividen por cuestiones personales y aparece un dirigente sindical manteniendo su sindicato. Eso socava la unidad de la clase trabajadora, pues favorece la atomización del sindicalismo, favorece la proliferación de múltiples sindicatos que no tienen capacidad de presión alguna. Por ejemplo, el otro día estaba revisando estadísticas sobre esto y me encontré con que el promedio de afiliados a un sindicato chileno es de 90 personas aproximadamente, existiendo casi 10.000 sindicatos en el país.

El tema es que hay muchos sindicatos y son muy chicos. Cuando presenté estas cifras en Argentina, me preguntaron por cómo es posible que exista un movimiento sindical en Chile con tantos sindicatos, por cómo se ponen de acuerdo. Yo le respondí que el gran problema es que no se ponen de acuerdo. Además de socavar la unidad sindical, se generan condiciones para la proliferación de caudillos sindicales ante cualquier división.

ROSA: Dijiste que una de las formas de dar orden a esa fragmentación sindical fue la militancia de izquierda durante el siglo XX, y que ahora esa misma militancia de izquierda suele dar razones para la fragmentación. Considerando ello, ¿cuál es la posición de la nueva izquierda en esa situación? Entendiendo que como nueva izquierda podemos incluir varias organizaciones bien distintas, algunas como IL con mayor

enfoque en esa área. Más allá de esas diferencias, ¿cómo se relaciona esa nueva izquierda con este nuevo sindicalismo en Chile?

Yo creo que la nueva izquierda tiene un rol fundamental que cumplir en términos de la movilización sindical. En primer lugar, y esto está demostrado empíricamente, los partidos siguen siendo fundamentales para la organización sindical, incluso en Chile. Pueden compensar la falta de recursos de poder existentes, producto de, por ejemplo, de una legislación sindical hecha para defender los intereses empresariales. Está demostrado que esta revitalización sindical que ocurrió hacia finales de los años 2000 -como con los subcontratistas del cobre, del mundo forestal, con los portuarios a comienzos de la década siguiente-, ocurrió por movilización de los trabajadores, pero también porque habían organizaciones políticas que dotaban de sentido estratégico las acciones sindicales fragmentadas.

El ejemplo de la conformación de la Confederación de los Trabajadores del Cobre, que fue una cuestión de los comunistas, es claro. La pregunta más teórica es por qué los trabajadores supuestamente más débiles, con menor capacidad de presión y más expuestos a la represión patronal, como lo son los subcontratistas, hayan conseguido victorias tan importantes a finales de los 2000. En parte, es porque contaron con el apoyo de organizaciones políticas como el PC. El caso que yo conozco más directamente es el de los portuarios. Hasta antes de la fundación de la Unión Portuaria, estaban divididos como en 100 sindicatos. En algunos puertos había 5 sindicatos. Esos 100 sindicatos siguen existiendo, pero están articulados nacionalmente en una organización que le vino a hacer contrapeso a la COTRAPORCHI, la confederación histórica que lidera el PS. Esta confederación prácticamente no representa a nadie, principalmente tiene respaldo en la zona central, y que cuando hubo que hacer huelga, se alió con los patrones.

La nueva izquierda tiene un rol muy importante que jugar, pero para hacerlo, y considerando las condiciones adversas del sindicalismo, es necesario tener voluntad política para invertir tiempo y recursos en el mundo sindical. Voluntad política en el sentido de que hacer trabajo sindical es difícil, pues el

mundo sindical -en especial el de las trabajadoras y trabajadores más precarias- es un mundo muy lejano al mundo estudiantil: es bastante despolitizado, donde uno tiene que aterrizar las discusiones, donde no se pueden convocar reuniones en la semana de 8 a 11 de la noche; es un mundo donde hay que hacer un trabajo mucho más lento. Además, es un mundo mucho más fragmentado, que arrastra una serie de rencillas históricas que, lamentablemente, socavan la unidad de la clase trabajadora. Por eso encuentro que es tan importante lo que ocurrió el año pasado en el Bloque Sindical de Unidad Social. Más allá del período de duración o de éxito de ese Bloque fue muy corto, por primera vez en décadas se sentaron a discutir y a trabajar conjuntamente sectores sindicalistas que históricamente estuvieron divididos. Al menos yo quedé muy esperanzado por eso y espero que se vuelva a repetir.

ROSA: Entrando a la última pregunta, y yendo a lo que se nos viene inmediatamente, quisiera preguntarte por cómo el proyecto constituyente puede fortalecer al sindicalismo y cuál es el rol de la izquierda en ello. ¿Cuáles son los puntos que, en esta línea, debiera privilegiar una apuesta transformadora, tanto en el programa constituyente como durante todo el proceso de elaboración de la constitución?

El debate constituyente podría fortalecer al mundo sindical de dos maneras: una directa y una indirecta. La directa es una cuestión muy simple, pues se trata de reconocer derechos inalienables de la clase trabajadora que no están reconocidos en la constitución actual. Por ejemplo, el derecho a huelga. En Chile, la constitución no lo reconoce. Lo único que existe, es un párrafo en el artículo 19, en donde lo que se establece es la prohibición del derecho a huelga para trabajadores del sector público. Más allá de eso, no hay ninguna referencia a la huelga. Lo que reconoce la Constitución chilena es el derecho a la autonomía y a la libertad sindical, nada más. Algunos juristas como Gamonal, abogados del trabajo, plantean que, a partir del reconocimiento de la libertad sindical, se puede interpretar que como el derecho a huelga es parte del ejercicio sindical, la Constitución reconoce implícitamente el derecho a

huelga. Sin embargo, hay ejemplos como el uruguayo en el que la Constitución reconoce explícitamente el derecho a huelga. En su artículo 57, plantea explícitamente que los gremios tienen derecho a ejercer la huelga y que es un derecho inalienable de los trabajadores organizados en gremios. Naturalmente, eso genera condiciones -formales, por lo menos- para el desarrollo de un derecho que en Chile está ampliamente limitado. Hasta el 2015, existían huelgas con reemplazo. Después de la reforma laboral de Bachelet, es lo mismo, pero con otras palabras.

Desde que se empezó a implementar la reforma el 2017, por ley, el empleador no tiene derecho a reemplazo en huelga. Sin embargo, puede hacer todas las modificaciones necesarias para asegurar el desarrollo de los servicios mínimos o de las actividades indispensables para la empresa. La trampa es que los empresarios tienen la capacidad de intervenir en la definición de qué es lo que es un servicio mínimo y una actividad esencial en la empresa. El resultado es el mismo: la huelga está ampliamente limitada, porque, además, al no existir negociación por rama y al existir paralelismo sindical, quienes tienen derecho a huelga son solamente los trabajadores que negocian colectivamente dentro del marco de la empresa y dentro de las restricciones establecidas por el sindicato en el cual ellos negocian. Por eso, uno tiene huelga en el supermercado, donde afuera están los trabajadores con plumero haciendo huelga y adentro está el supermercado funcionando normalmente.

La huelga en Chile no paraliza, está hecha para no hacerlo, y en otros países, sí, porque se reconoce el derecho a huelga como inalienable. Ni siquiera tiene que estar circunscrito como derecho a la negociación colectiva, como lo es en Chile. Las huelgas que ocurren por fuera de estas negociaciones son extralegales. Trabajo en el Observatorio de Huelgas Laborales, donde hacemos una contabilización de las huelgas que ocurren cada año en Chile, y ahí se ve que la mitad de las huelgas no están reconocidas por la ley. Incluso si uno quiere pensarlo más en términos desde la perspectiva de la integración social, ¿qué pasa con un país cuyo 50% de las huelgas ocurren en contextos no regulados, ni siquiera reconocido por la ley? Si yo fuera un empresario, eso me preocuparía; me gustaría tener las cosas en orden, pero a los empresarios no les importa eso.

Directamente, una nueva constitución que reconozca el derecho a huelga establecería, al menos términos formales, una nueva forma de entender un derecho inalienable que hasta ahora está muy limitado. Indirectamente, yo creo que la constitución debiera fijar no solo ese “tipo” de derechos -por decirlo así-, sino que también debiera fijar las condiciones para que minorías poderosas no puedan imponer sus intereses al resto de la sociedad. Por ejemplo, eliminando los quórums supra mayoritarios que todavía existen en Chile y que han limitado profundamente la capacidad para desarrollar reformas de carácter progresista. Eso favorecería al sindicalismo, porque, en el fondo, favorecería la capacidad de la clase trabajadora para organizarse y para defender sus intereses en el ámbito político. Sería un impacto indirecto, pero sería muy importante. Está demostrado que en los países donde no existen este tipo de trampas institucionales, es más fácil que se aprueben reformas de carácter progresista que favorezcan a la clase trabajadora.

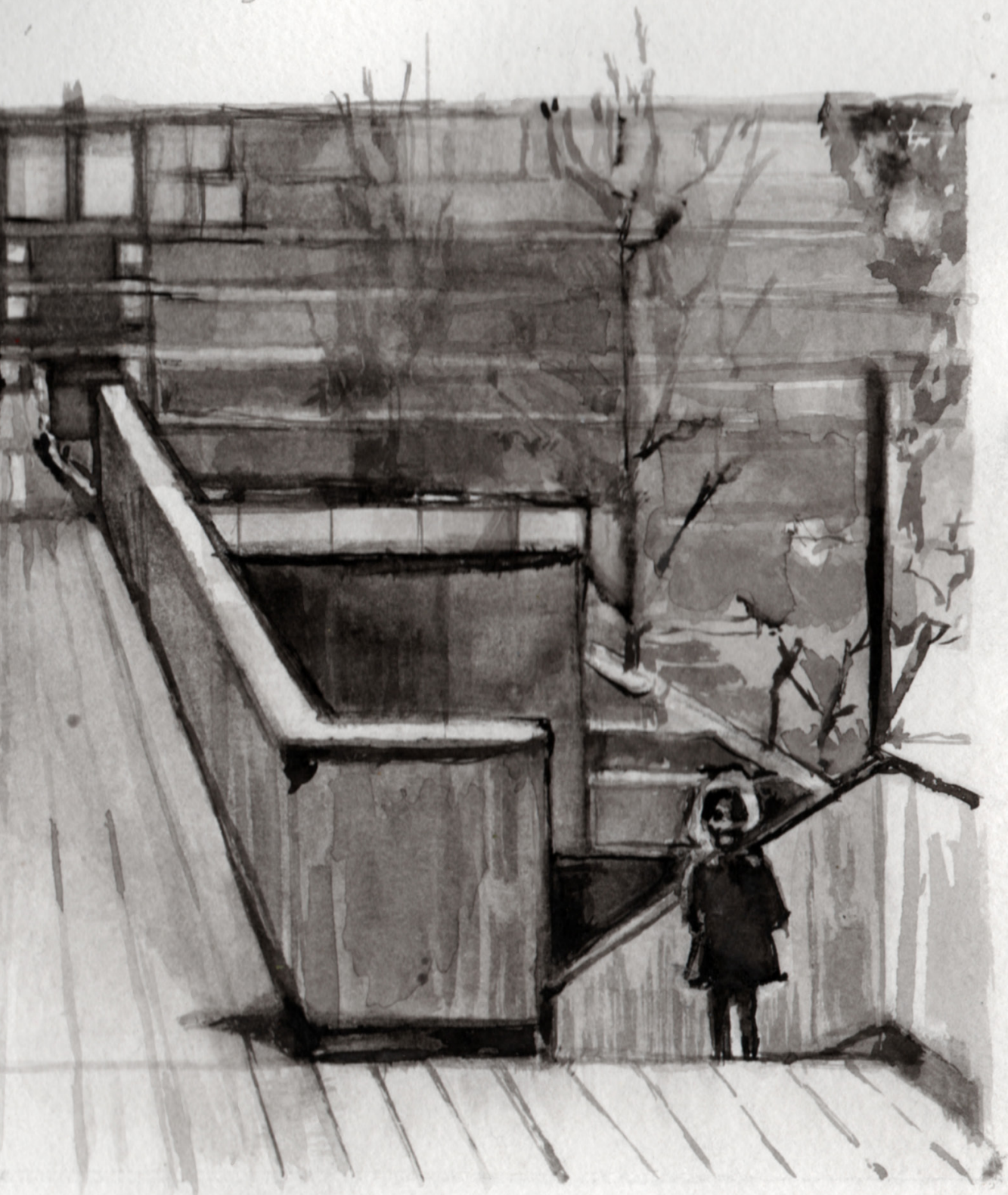
Para cerrar la idea, y porque creo que es interesante debatir más a nivel general el vínculo entre sindicato y partido, creo que ese vínculo tiene que ser analizado porque existen dos vertientes peligrosas. En primer lugar, la concertacionista, es decir, tener dirigencias sindicales que todos problemas los van a resolver sus amigos del gobierno, incluso cuando sus amigos del gobierno dan muestras claras de no estar ni ahí con solucionar problemas laborales. La otra vertiente peligrosa es la que ve en la autonomía sindical con respecto a los partidos un valor en sí mismo. La manera correcta de entender la relación entre ambas partes es entendiendo que su vinculación es clave para que, por ejemplo, el sindicalismo intervenga en el Estado; pero es sólo beneficioso cuando el sindicalismo tiene capacidad de movilización propia. En un lenguaje más académico, cuando puede movilizar recursos de poder que no se derivan directa o exclusivamente de los partidos políticos. Cuando eso ocurre, la experiencia muestra, en América Latina, que el sindicalismo puede avanzar más rápido de lo que avanza acá en Chile.

Ejemplos claros es lo que ocurrió en Argentina y Uruguay en los años 2000, cuando llegaron gobiernos de centro-izquierda. Gracias a la movilización sindical y a la presencia de gobiernos con cierto interés en avanzar en políticas redistributivas, se cambiaron los códigos laborales. En Uruguay, por 10

años se intentó descentralizar la negociación colectiva y no se logró, pero sí se desincentivó con la idea de generar una legislación laboral parecida a la chilena. En Argentina pasó lo mismo. Menem, y después de la Rúa, intentaron establecer leyes para descentralizar la negociación colectiva, para promover la negociación colectiva a nivel de empresas. Bueno, en los años 2000, ese tipo de transformaciones legales se revirtieron con gobiernos de centro-izquierda y con movimientos sindicales capaces de empujar esos procesos a buen término. ¿Cuál es la gracia? En ambos casos, existieron con cierto interés en defender a la clase trabajadora y, al mismo tiempo, existían movimientos sindicales con capacidad de movilización propia. Si es que eso no ocurre, estamos mal.

**Pablo Pérez es sociólogo, académico universitario y militante de Izquierda Libertaria (Chile).
Cristóbal Portales es historiador y miembro del comité editor de revista ROSA.**





EL DERECHO DE VIVIR EN PAZ Y SUS RESIGNIFICACIONES POST 18 DE OCTUBRE

/ Eileen Karmy

La presencia de *El derecho de vivir en paz* en la calle se erigió como denuncia de la brutalidad que el Estado ha infligido a la sociedad chilena, al tiempo que quienes luchaban por un país más justo eran (y siguen siendo) heridos, mutilados, muertos o desaparecidos por las fuerzas de seguridad del Estado. En el nuevo Chile que se está formando, todxs debiéramos tener derecho a la paz. Pero no esa paz que promueve la UDI ni la derecha boliviana, sino que aquella que entiende que sin justicia no hay paz y sin paz no hay justicia.

El lunes 7 de septiembre de 2020 se viralizó un breve video del partido de extrema derecha Unión Demócrata Independiente, la UDI, donde se empleó como *slogan* el título de la emblemática canción *El derecho de vivir en paz* de Víctor Jara. Este video fue parte de la campaña por la opción Rechazo en la antesala del plebiscito de 25 de octubre del mismo año, cuyo resultado favoreció a la opción contraria, el Apruebo, abriendo el camino para cambiar la Constitución de 1980, promulgada durante la última dictadura cívico-militar, y que instaló la lógica de hiper-privatización y mínima regulación estatal que actualmente rige al país. Como era de esperar, la respuesta fue de indignación, fundamentalmente porque Víctor Jara fue injustamente detenido, torturado y asesinado por el mismo sector político y económico que, 47 años después, hipócritamente usó un verso de su canción para una campaña reaccionaria. Pero la indignación también se debió a que esta canción no habla de una paz en abstracto ni del apaciguamiento del conflicto social que la UDI quiso mostrar en su campaña¹.

El derecho de vivir en paz fue grabada por Víctor Jara en 1971 en solidaridad con el pueblo vietnamita ante la invasión de Estados Unidos, la potencia militar más importante del mundo en la Guerra Fría, y que entonces intervino económica y militarmente en esa y otras naciones buscando frenar la expansión del comunismo. Inspirado en la obra teatral *Viet Rock* de la dramaturga estadounidense Megan Terry, que Jara dirigió en 1969 en el Departamento de Teatro de la Universidad de Chile, el cantautor compuso esta canción transmitiendo el mismo mensaje pacifista de dicha obra, criticando el imperialismo de los invasores.² Pero con esta canción Jara también hacía eco de las ansias del pueblo chileno de llevar a cabo las transformaciones del gobierno de Salvador Allende, que desde antes de asumir su mandato ya era hostigado y boicoteado por la oligarquía nacional y el imperialismo norteamericano.

Víctor Jara es hoy uno de los músicos más reconocidos del movimiento conocido como la Nueva Canción Chilena, surgido en medio de movilizaciones

1 Unión Demócrata Independiente, “Por el derecho de vivir en paz”, Instagram, https://www.instagram.com/p/CEriRXCfiwZ/?utm_source=ig_web_copy_link.

2 Gabriel Sepúlveda, *Víctor Jara: hombre de teatro* (Santiago: Sudamericana, 2001), 140-146.

sociales e importantes cambios políticos a fines de los años sesenta, marcados por la expectativa revolucionaria asociada a acontecimientos como la Revolución Cubana, la descolonización africana, el movimiento por los derechos civiles en Estados Unidos y la Guerra de Vietnam. De manera similar al Nuevo Cancionero Argentino, la Nueva Canción Uruguaya y la Nueva Trova Cubana, los músicos de la Nueva Canción Chilena alzaron la bandera del antiimperialismo y apoyaron procesos revolucionarios de distintas latitudes en el contexto de la Guerra Fría. Aunque este movimiento abarcó un repertorio bastante heterogéneo, podemos caracterizarlo como una multitud de músicos comprometidos políticamente que tomaron elementos musicales del folclor latinoamericano, incorporando sonidos, armonías e instrumentos originarios sudamericanos, mezclándolos con elementos modernos y renovadores que cantaron contra la injusticia social y denunciaron la violencia histórica ejercida contra el pueblo por la clase dominante. Si bien fue el conocido radiodifusor Ricardo García quien bautizó a este movimiento en 1969 al organizar la primera versión del Festival de la Nueva Canción Chilena, éste ya era un movimiento “existente, original y autoconsciente” que se basaba en el compromiso de los músicos con el proceso revolucionario chileno, el cual fue consolidándose en el contexto de la campaña de gobierno de la Unidad Popular.³

Con el triunfo de Salvador Allende, la esperanza tenía que llevarse a la práctica, hacerse realidad, por lo que para los músicos, “el desafío ahora consistía, más que en proponer, denunciar o criticar, en construir”⁴. El repertorio ahora daba cuenta de una posición política amplia y comprometida, basada en propuestas políticas y no solo en una mera “protesta”⁵. Aunque no exento de conflictos, y sin contar con patrocinio estatal, este movimiento musical cumplió un rol fundamental durante el gobierno de la Unidad Popular (1970-1973).

3 Natália Schmiedecke, “Os primeiros festivais da Nova Canção Chilena e a invenção de um movimento musical”, *ArtCultura, Uberlândia*, vol. 16, N°28 (2014), 33. La traducción de ésta y otras referencias en otros idiomas son de la autora.

4 César Albornoz, “La Cultura en la Unidad Popular: Porque esta vez no se trata de cambiar un Presidente”. *Cuando hicimos historia. La experiencia de la Unidad Popular* (Santiago: LOM, 2005), 148-149.

5 Pablo Vila, “Introduction”, *The Militant Song Movement in Latin America: Chile, Uruguay, and Argentina* (Lanhan: Lexington Books, 2014), 4.

Los músicos demostraron su compromiso con los procesos sociales propuestos por el primer presidente marxista elegido democráticamente en América Latina, apoyaron el proceso revolucionario, siguiendo objetivos ideológicos y culturales más amplios, con exploraciones sonoras eclécticas y buscando integrar distintas disciplinas artísticas.

Fue en este contexto en el que Víctor Jara creó *El derecho de vivir en paz* (1971) canción incluida en el disco homónimo editado por la Discoteca del Cantar Popular (DICAP). Este sello fue creado en 1968 por las Juventudes Comunistas, inicialmente nombrado Jota Jota, y fue el principal responsable de la producción y circulación del repertorio de la Nueva Canción Chilena⁶. Este disco de doce canciones es muestra de lo diverso del repertorio y de las múltiples colaboraciones entre artistas, con la participación de Ángel Parra, Patricio Castillo, Los Blops e Inti-Illimani, y con canciones de distintos géneros y estilos, desde piezas instrumentales hasta una marcha, pasando por un son-guajira, un panalivio afroperuano y canciones de géneros híbridos. La carátula también refleja una colaboración interdisciplinaria que se volvió icónica de este movimiento cultural: la gráfica de los hermanos Vicente y Antonio Larrea, creadores de la imagen del sello DICAP y de cerca de 120 carátulas de discos y carteles de diversas campañas de la Unidad Popular.

Este disco reúne musicalizaciones y versiones de autorías de otros artistas además de colaboraciones colectivas y canciones compuestas por Víctor Jara entre 1967 y 1971. Por ejemplo *El niño juntero* es un poema de Miguel Hernández que Jara musicalizó expresando su admiración por el poeta español muerto en la Guerra Civil Española; *A la molina no voy más* es una versión que hizo de la canción de Francisco Ballesteros y Samuel Márquez, dando cuenta de su interés por el repertorio afroperuano y *Las casitas del barrio alto*, una versión y traducción de *Little Boxes* de la norteamericana Malvina Reynolds. *Vamos por ancho camino* es una creación de Jara en colaboración con el compositor peruano radicado en Chile, Celso Garrido Lecca, quien también participó, junto a Víctor Rojas, en la creación de *BRP*. Ésta fue una

6 Natália Schmiedecke, “Ayudar a aquellos artistas que transformaron la canción en un arma de lucha: o papel das Juventudes Comunistas na difusão da Nova Canção Chilena (1968-1973) *Tempo Argumento* vol. 9, N°22 (2017), 146-173.

suerte de himno de la brigada muralista de las Juventudes Comunistas, la Brigada Ramona Parra, que desde 1968 llenó las paredes de color y trazos gruesos con significativos mensajes.

Las canciones compuestas por Jara son también de diversas temáticas y estilos y muestran la heterogeneidad del repertorio de la Nueva Canción Chilena. Por ejemplo *Con el alma llena de banderas* es una elegía dedicada al joven militante de las BRP, Miguel Ángel Aguilera, asesinado por carabineros durante una manifestación en 1970; *Ni chicha ni limoná*, en un estilo lúdico hace una ácida crítica a quienes no se definían políticamente en tiempos en que se requería compromiso y trabajo para llevar a cabo el proyecto de la Unidad Popular. *A Cuba* es un homenaje a la Revolución Cubana que al mismo tiempo establece un límite entre su modelo revolucionario y el caso chileno, distinguiendo el camino electoral escogido por la UP, sin dejar de solidarizar con la isla.

Estas canciones expresaban solidaridad con otros pueblos del llamado Tercer Mundo ante el imperialismo e intervencionismo norteamericano, y fueron bastante comunes tanto en la Nueva Canción Chilena en general, como en el repertorio de Víctor Jara en particular. De hecho, *El derecho de vivir en paz* fue una conmovedora muestra de la solidaridad internacional Sur-Sur, que desde el Chile de la Unidad Popular se hacía al pueblo vietnamita, rindiéndole tributo a su líder, Ho Chi Minh, denunciando el “genocidio y napalm” impuesto por los Estados Unidos y pidiendo que toda la humanidad pudiese gozar del “derecho de vivir en paz”. Si bien estaba dedicada a Vietnam, la canción encarnaba un significado universal, insistiendo en el amor como fuerza de lucha, cantando con dulzura versos como: “Tío Ho nuestra canción / es fuego de puro amor / es palomo palomar / olivo del olivar / es el canto universal / cadena que hará triunfar / el derecho de vivir en paz”.

Su instrumentación simboliza la intención de conectar a los músicos de la Nueva Canción, muchos de ellos miembros del Partido Comunista, como el mismo Jara, con los rockeros, cuyo compromiso político era menos explícito. Así, Jara invitó a participar en la grabación a Los Blops, quienes la aderezaron “con guitarras eléctricas distorsionadas y órganos de acento psicodélico”,

llenando esta canción de significaciones⁷. Aunque el propio Jara se refirió a la intención de utilizar el rock como una “invasión de la invasión cultural”⁸, esta mezcla sonora no pasó desapercibida ni estuvo exenta de conflictos. Al igual que en otros lugares del mundo, en el Chile de inicios de los setenta la guitarra eléctrica era comúnmente asociada al intervencionismo cultural de los Estados Unidos. Al respecto, Eduardo Gatti, de Los Blops, recuerda que los tildaban de imperialistas por tocar la guitarra eléctrica⁹. También recuerda que Jara era una persona abierta que escuchaba todo tipo de música, que había estado en Inglaterra, que conocía al cantautor escocés Donovan, que respetaba todas las manifestaciones artísticas¹⁰. Jara era un admirador del folk norteamericano que incluso había grabado en 1967, *Hush a bye* una canción de cuna tradicional norteamericana en idioma inglés y dos años más tarde, *El martillo*, una traducción y versión propia de *If I Had a Hammer* de Pete Seeger¹¹.

Aparte del antiimperialismo, el rock también se asociaba al movimiento hippie, en el que los jóvenes de clase media y alta tendían a evadir la realidad en vez de comprometerse activamente con la lucha política, como muestra el documental *Descomedidos y Chascones* de Carlos Flores (1973)¹². Sin embargo, pese a las críticas, la relación de la Nueva Canción y el rock fue más común de lo que se cree, con exponentes como Amerindios, Ángel Parra, Rolando Alarcón y Patricio Manns que incluyeron sonidos eléctricos y estilos rockeros en sus canciones¹³. Probablemente estos encuentros estuvieron influenciados

7 David Ponce, *Prueba de sonido. Primeras historias del rock en Chile (1956 - 1984)* (Santiago: Ediciones B; Comisión de Publicaciones de la Sociedad Chilena del Derecho de Autor, 2008), 127.

8 Joan Jara, *Victor, un canto inconcluso* (Santiago: LOM, 2007), 162.

9 Entrevista a Eduardo Gatti por la autora, Santiago, 8 de julio 2010.

10 Ibid.

11 Víctor Jara grabó “Hush a bye” junto a Quilapayún en el disco *Canciones folklóricas de América* (1967) y “El martillo” en su disco *Pongo en tus manos abiertas...* (1969).

12 Carlos Flores, *Descomedidos y chascones* (Santiago: Cine Experimental de la Universidad de Chile, 1973), <http://cinetecavirtual.uchile.cl/cineteca/index.php/Detail/objects/2375>

13 Martín Farías, “Cueca Beat: Diálogos entre el Rock y la Nueva Canción Chilena”. *Palimpsestos sonoros. Reflexiones sobre la Nueva Canción Chilena* (Santiago: Ceibo, 2014) 139-161.

por las propuestas musicales del Grupo de Experimentación Sonora Instituto Cubano de Arte e Industria Cinematográficos (ICAIC), la Nueva Trova Cubana y el rol activista que estaban tomando ciertos rockeros anglos al denunciar el imperialismo norteamericano y la Guerra de Vietnam, como la épica performance de Jimi Hendrix en el Festival de Woodstock de 1969, en la que usando sonidos de distorsión aludió a metralletas y explosiones, dando un claro mensaje antiguerra.

En este contexto, la colaboración de Los Blops con Víctor Jara para la grabación de *El derecho de vivir en paz* sirve de ejemplo de la altura de miras de la nueva sociedad que Chile estaba construyendo con el gobierno de Allende, en conexión con el movimiento pacifista internacional y las revoluciones tercermundistas que denunciaban el intervencionismo estadounidense.

Chile no estuvo ajeno al intervencionismo norteamericano, el cual, junto a la derecha chilena, orquestó el golpe de Estado que puso fin a la Unidad Popular el 11 de septiembre de 1973, asesinando a miles, entre ellos, a Víctor Jara. Su trágico fin, brutalmente torturado y asesinado pocos días después del golpe, le asigna a esta canción un simbolismo mayor. La canción nos muestra a Jara como un hombre de paz, de amor, cantando por un mundo más justo. Escuchar *El derecho de vivir en paz* hoy, sabiendo que su autor fue asesinado por los militares por su compromiso social, es sobrecogedor.

Frente al intento desesperado la UDI de apropiarse de una figura que indiscutiblemente es patrimonio de la izquierda, no solo chilena sino mundial, cabe preguntarse si no es también un intento por despolitizar la figura y el legado de Víctor Jara.

Víctor Jara es hoy mucho más que un referente musical asociado a la Nueva Canción Chilena y al gobierno de la Unidad Popular. Es una figura reconocida internacionalmente, que rápidamente trascendió las fronteras nacionales e idiomáticas por su música y sus ideales por un mundo mejor, y dicho reconocimiento se consolidó tras su muerte. Ejemplo de ello son los innumerables homenajes que se le han hecho en distintos países, desde festivales y conciertos en su nombre, hasta reversiones de sus canciones y discos tributo. El más reciente es el de James Dean Radfield y su disco conceptual *Even In Exile*,

lanzado el 14 de agosto de 2020, con textos del poeta galés Patrick Jones, promocionado como “una colección de canciones que trazan la historia de la vida y muerte del poeta, cantante y activista chileno, Víctor Jara”¹⁴. La primera canción de este disco, *Recuerda*, hace un guiño al festival *El sueño existe*, que se celebra cada dos años en Machynlleth, Gales, en memoria de Jara desde el año 2005.

Tal como la misma Fundación Víctor Jara declaró en su comunicado respecto a la apropiación de esta canción por parte de la UDI, *El derecho de vivir en paz* se convirtió “en un himno mundial por la paz”. Tanto así, “que el pueblo japonés la canta en su idioma para conmemorar otro horror cometido en nombre de la humanidad” por los Estados Unidos: los ataques con bombas nucleares sobre las ciudades de Hiroshima y Nagasaki¹⁵. También en Chile, casi 50 años después de su grabación, se volvió un referente de la revuelta que comenzó en octubre de 2019, tomando un nuevo sentido y relevancia social. Como planteó el mismo comunicado, cuando “el pueblo chileno salió a reclamar justicia y dignidad [...] la respuesta del Estado fue una violenta represión” ante lo cual esta canción se volvió a escuchar, “reclamando el derecho de vivir en paz” que se negaba¹⁶.

Llena de significado, esta canción tuvo una presencia transversal en las revueltas de octubre. Fue interpretada tanto en marchas masivas como en solitarias protestas durante el toque de queda. Sonó rodeada de pancartas, gritos y cánticos por una nueva constitución, por el fin del modelo neoliberal y la renuncia del presidente Piñera. Hasta entonces, *El derecho de vivir en paz* había sido interpretada más que nada en homenajes a su autor, pero sin alcanzar una repercusión masiva como la de la revuelta. En este nuevo contexto, la canción tomó nuevos sentidos, inspirando incluso nuevas versiones.

Una de ellas cobró forma el viernes 25 de octubre de 2019 cuando, gracias a la invitación de “Mil guitarras para Víctor Jara”, una multitud de músicos

14 “James Dean Bradfield announces new solo album ‘Even In Exile’”, Manic Street Preachers, <https://www.manicstreetpreachers.com/cat-news/james-dean-bradfield-announces-new-solo-album-even-in-exile/>

15 Fundación Víctor Jara, “Declaración pública, Que el pueblo juzgue”, Twitter, <https://twitter.com/FundVictorJara/status/1303128934742097920>

16 Ibid.

interpretó *El derecho de vivir en paz* en el frontis de la Biblioteca Nacional con guitarras, charangos, violines, quenenas, melódicas y sus propias voces a solo unas cuerdas del palacio presidencial donde Salvador Allende murió el día del Golpe de Estado¹⁷. Llena de esperanza y de rabia, esta interpretación permitió la expresión de rebeldía con los puños en alto, de solidaridad en una multitud cantando unida en una sola voz.

La Banda Conmoción junto a Roberto Márquez, de Illapu, otro referente de la Nueva Canción, también tocaron *El derecho de vivir en paz* en medio de las manifestaciones en Plaza Italia, rebautizada como Plaza Dignidad¹⁸. Manteniendo la letra y estructura originales, esta versión incluyó instrumentos y arreglos al estilo de las bandas de bronce de la región andina. La música andina tradicional fue uno de los géneros promovidos por el movimiento de la Nueva Canción como una forma de expandir la identidad chilena y su folclor, incluyendo las tradiciones culturales andinas, históricamente negadas por el Estado chileno desde la Guerra del Pacífico (1879-1884). Ahora, interpretada en medio de manifestantes visiblemente conmovidos, la canción se imbuía de un nuevo significado político.

La canción fue también interpretada por músicos clásicos, como orquestas sinfónicas¹⁹ y solistas, tal como hizo la soprano Ayleen Jovita Romero²⁰, rompiendo el silencio de una de las primeras noches del toque de queda en Santiago. El movimiento de la Nueva Canción también había establecido puentes entre el folclor latinoamericano y la música clásica, con trabajos conjuntos entre compositores doctos y grupos populares. Un ejemplo de estas colaboraciones que trasciende hasta el día de hoy es la *Cantata Popular San-*

17 Música Espacio Kuyen, 25 de octubre de 2019: https://www.youtube.com/watch?v=V_xRSfjCyrg&ab_channel=M%C3%BAsticaEspacioKuyen

18 Banda Conmoción y Roberto Márquez, 24 de octubre de 2019, Archivo REDES: https://www.youtube.com/watch?v=OlsR8XR3Tfw&ab_channel=archivoREDES

19 Extracto del concierto al aire libre de la Orquesta Sinfónica y Coro de la Universidad de Concepción, 6 de octubre de 2019, Gonzalo Echeverría: https://www.youtube.com/watch?v=uvb0Y8BEXow&feature=youtu.be&ab_channel=GonzaloEcheverria

20 Perseus999: https://www.youtube.com/watch?v=jYFaWYNbfnI&feature=youtu.be&ab_channel=Perseus999

ta *María de Iquique*, compuesta por Luis Advis, interpretada por Quilapayún y estrenada en 1970, que visibilizó la matanza obrero-pampina de 1907 en manos del Estado chileno.

Este tipo de interpretaciones doctas le dieron un aire de solemnidad a la canción, como se percibió el 27 de octubre con el “Réquiem por los que no están”, cuando en un sombrío arreglo para orquesta y coro se interpretó *El derecho de vivir en paz* en la Plaza Sacramentinos en Santiago, mientras se levantaban carteles con los nombres de los asesinados por la represión estatal de esas primeras semanas de revuelta²¹.

Hubo otras versiones instrumentales conmovedoras, como la de dos manifestantes caminando por las calles vacías de Antofagasta que bajo el toque de queda tocan a dos voces con sus quenas²². La quena fue también un instrumento tradicional andino que se popularizó en el Chile urbano gracias al movimiento de la Nueva Canción con conjuntos como Quilapayún, que en sus comienzos estuvo dirigido por Víctor Jara. Esta versión con quenas puso en evidencia el contraste entre el mensaje de paz de la canción con el sonido de disparos que se oyen a lo lejos, simbolizando la contradicción entre los ideales por una sociedad más igualitaria y justa y la costumbre del Estado chileno de recurrir a la violencia para evitar que estos ideales se materialicen. Otra versión instrumental lleva la canción al lugar donde se originó la revuelta: el metro de Santiago²³. En un vagón repleto, con carabineros contemplando la escena, un violinista y un guitarrista tocan una versión instrumental de *El derecho de vivir en paz*. Incluso sin letra, el mensaje que transmiten estos músicos es claro y directo.

Con o sin letra, en sonidos andinos o clásicos, *El derecho de vivir en paz* encapsula el clamor universal por la paz, centrando el mensaje ya sea en el Vietnam

21 Réquiem por los que no están, 27 de octubre de 2019, Ilich Torres: https://www.youtube.com/watch?v=8fUUeIDIQYM&feature=youtu.be&ab_channel=IlichTorres

22 Chinchineras: El derecho de vivir en paz, 8 de noviembre de 2019, ongeco: https://www.youtube.com/watch?v=QDAjYR6M6S8&feature=youtu.be&ab_channel=ongeco; y Andrea Cox, Twitter, 7 de noviembre de 2019: <https://twitter.com/andreacoxgarcia/status/119227778009382918>

23 Palimpsesto PRO, noviembre de 2019: https://www.youtube.com/watch?v=pBuo_JbKtUs&feature=youtu.be&ab_channel=PalimpsestoPRO

de los setenta o en el Chile de hoy. Esta canción le dio fuerzas al arrojo del pueblo y ayudó a conectar las luchas actuales con las del pasado.

Pero hubo otra versión, mucho más popular que las aquí mencionadas, que hoy alcanza casi 6 millones de visualizaciones en su video oficial de Youtube: es la versión del colectivo Músicxs de Chile, que agrupó a figuras fundamentales de la música popular chilena actual²⁴. Esta versión reemplazó los versos que se referían a Vietnam por unos que hablaban sobre la situación actual en Chile, cambiando, por ejemplo, “donde revientan la flor / con genocidio y napalm” por “dignidad y educación / que no haya desigualdad”. Al usar conceptos de amplio sentido como “conciencia” y “unidad”, la canción ya no se identificaba con un sector político en particular, como la original de Jara, sino que se abría a un amplio espectro de simpatizantes de dichos valores. En esta nueva versión, el mensaje se volvió menos radical y por lo mismo más digerible para una diversa masa anónima de manifestantes y simpatizantes de un cambio en pos de la “dignidad”, pidiendo “con respeto y libertad / un nuevo pacto social”.

Esta nueva versión se aleja del sonido de la Unidad Popular y la canción protesta de la dictadura, despercudiéndose de las asociaciones de ese tipo de canción política. Aunque incorpora instrumentos popularizados por la Nueva Canción, como tiple, charango y quena, la vinculación a este movimiento se vuelve sutil en el marco general del sonido *pop* de la canción. El estilo del canto, en distintas voces de hombres y mujeres, oscila entre una suavidad apesadumbrada y una impostación vocal conducente a un clímax emotivo, potenciado por animaciones del tipo “vamos, vamos, este es el cambio, viva Chile, mierda”. La canción culmina con una improvisación vocal grupal *ad libitum* que repite el verso que le da nombre a la canción, dándole cierta épica, en la que sobresalen las voces de Roberto Márquez y Mon Laferte llevadas a una extrema expresividad, que concluye Cami con un timbre suave y tembloroso, dándole una connotación melancólica a la canción.

24 Musicxs de Chile, *El derecho de vivir en paz*, (video oficial 2019) https://www.youtube.com/watch?v=wlfAf2AibA8&feature=youtu.be&ab_channel=MusicxsDeChile

Además de la adaptación musical y de la letra, el video clip contribuye suavizar el sentido político de la canción de Víctor Jara, potenciando la recepción de este nuevo mensaje entre el público. En el estilo de los *charity singles* de los años ochenta, el video nos muestra a las y los cantantes, en una –en apariencia– espontánea grabación, con audífonos y micrófonos a la vista y algunos mirando la letra que no alcanzaron a aprenderse de memoria, recurso que aporta a la autenticidad del proyecto. Pero este video también nos muestra un estudio de grabación cuidadosamente sobrio, a los músicos vestidos en tonalidades que no se salen del negro, blanco, gris y rojo, y visiblemente emocionados y comprometidos en una causa común, potenciando la credibilidad.

Este imaginario sonoro y visual posiciona a esta nueva versión más cerca de la célebre *We are the World* que de la politizada Nueva Canción Chilena²⁵. Así, esta nueva versión de *El derecho de vivir en paz* difumina el discurso político de la canción original, contribuyendo a que personas de distintas generaciones y distintos puntos de vista se identifiquen con la nueva letra y sonoridad. Sin embargo, al reducir el compromiso de los artistas solamente a una causa noble, pero sin un posicionamiento político explícito, como hacen los *charity singles*, esta versión modera el sentido original de la canción de Víctor Jara. Además, al enfocarse solo en Chile, restringe el sentido universalista y de solidaridad internacional de la canción.

Volviendo a la pregunta inicial, ¿cómo es que la UDI pudo hacer uso de la figura de Víctor Jara *ad portas* del plebiscito? Conviene recordar que esta no es la primera vez que la extrema derecha busca apropiarse de la figura de Víctor Jara. Ya lo hizo la derecha golpista boliviana en noviembre de 2019, usando esa canción en un *spot* televisivo de una campaña del Ministerio de Comunicación, con imágenes de niños felices, paisajes hermosos y simbolismos patrióticos. Este video se usó para llamar a la paz social en medio de la represión racista al pueblo boliviano que defendía la legitimidad del gobierno de Evo Morales. Pero no fue la versión de Jara la que incluyó este video, sino la de Músicxs de Chile, sacando provecho del énfasis en “un nuevo pacto social” y “el derecho de vivir sin miedo en nuestro país”.

25 USA For Africa, We Are The World, 1985: https://www.youtube.com/watch?v=s3wNuru4UOI&ab_channel=Oxygene80

Tanto Músicxs de Chile como la Fundación Víctor Jara se pronunciaron por el uso indebido de esta canción, con fines “ajenos a los valores que representa la obra y vida de Víctor Jara”²⁶. En su declaración, la Fundación comunicó que esta canción “se ha convertido en un himno de paz para el mundo” y que, por ello “mal podría representar hoy las intenciones de un gobierno que reprime a su pueblo por protestar en las calles”²⁷. Por supuesto que el colectivo Músicxs de Chile reescribió estos versos pensando en el miedo a la represión policial y militar, como ocurre en cualquier manifestación en Chile post 18 de octubre, y no en defensa de la paz social que buscaba la derecha boliviana. Pero también, como señala el productor de esta versión, Pablo Stipicic, la idea era hacer “algo más unificador para el país”²⁸. Esto, en un contexto de revuelta social y polarización significó despojar a la canción de su sentido político original, creándose un sentido vago en torno a la noción de paz, que mal que mal es algo que todos queremos, aunque la entendamos de distinta forma. De hecho, la UDI al defender su apropiación de la canción de Jara explicó que luego de meses de “miedo”, aludiendo evidentemente a las protestas, el verso en cuestión representaba el “anhelo de los chilenos”²⁹.

¿Será que la UDI siguió el ejemplo de la derecha boliviana? No lo sabemos, pero para evitar malos entendidos, tal vez sería más claro volver a cantarle al “Tío Ho”, entendiendo que la canción original representa una lucha universal por la paz, un gesto de solidaridad internacional con pueblos hermanos, una protesta contra el imperialismo e intervencionismo norteamericano, todos asuntos que de una u otra forma siguen siendo relevantes para el Chile de

26 “Músicos chilenos denuncian que ‘El derecho de vivir en paz’ se usó ilegalmente en Bolivia”, Sonar FM, <https://sonarfm.cl/cultura-sonar/musicos-chilenos-denuncian-que-el-derecho-de-vivir-en-paz-se-uso>

27 Fundación Víctor Jara, Declaración Pública, Facebook, <https://www.facebook.com/FundacionVJ/photos/a.207027592985588/1029168904104782/?type=3>

28 Eduardo Andrade, “El derecho de vivir en paz: Víctor Jara a casi un año del estallido social y a 88 de su nacimiento”, Diario de la Radio de la Universidad de Chile, <https://radio.uchile.cl/2020/09/27/el-derecho-de-vivir-en-paz-victor-jara-a-casi-un-ano-del-estallido-social-y-a-88-de-su-nacimiento/>

29 Jonathan Flores Belmar y Emilio Contreras, “El derecho de vivir en paz’: la UDI desata pugna por usar frase de Víctor Jara en campaña del Rechazo”, Bio Bio Chile, <https://www.biobiochile.cl/noticias/nacional/chile/2020/09/07/el-derecho-de-vivir-en-paz-udi-desata-pugna-por-usar-frase-de-victor-jara-en-campana-del-rechazo.shtml>

hoy. Seguir cantando en cadena este canto de amor por el derecho de vivir en paz es no dejar que la derecha más reaccionaria, de cualquier lugar del mundo, nos quite lo único que nos dejaron de Víctor Jara: su legado.

La presencia de *El derecho de vivir en paz* en la calle se erigió como denuncia de la brutalidad que el Estado ha infligido a la sociedad chilena, al tiempo que quienes luchaban por un país más justo eran (y siguen siendo) heridos, mutilados, muertos o desaparecidos por las fuerzas de seguridad del Estado. En el nuevo Chile que se está formando, todxs debiéramos tener derecho a la paz. Pero no esa paz que promueve la UDI ni la derecha boliviana, sino que aquella que entiende que sin justicia no hay paz y sin paz no hay justicia. Y es en esta nueva lucha que la música de Víctor Jara volvió a cumplir y seguirá cumpliendo un rol fundamental, nutriendo la esperanza del pueblo en su lucha por un cambio social radical.

Eileen Karmy es Doctora en Musicología de la Universidad de Glasgow, Magíster en Musicología de la Universidad de Chile y socióloga de la Universidad Alberto Hurtado. Actualmente desarrolla el proyecto Memoria Musical de Valparaíso, difundiendo la investigación sobre música y trabajo en base al archivo del Sindicato de Músicos de Valparaíso.

Este texto es una versión traducida y actualizada de la nota publicada originalmente en inglés bajo el título “Víctor Jara Presente!”, Alborada, Latin America Uncovered, N° 10 (2020), 23-25. Dicha versión se puede solicitar gratuitamente en alborada.net



**SALVADOR
ALLENDE: SI
LOS MILITARES
VENCEN, NO
HABRÁ UN
CAMBIO DE
GUARDIA EN EL
PALACIO. HABRÁ
UNA MASACRE**

/ *por Rossana Rossanda (traducción de Afshín Irani)*

*** Esta entrevista a Salvador Allende, fechada un 18 de octubre de 1971 y publicada en Il Manifesto (Italia), fue realizada por la intelectual comunista italiana Rossana Rossanda. En un año que se cumplen 50 años del triunfo electoral de Allende y la Unidad Popular, y en que Rossanda dejó de existir, homenajeamos a ambos con la publicación en español de esta entrevista.**

Salvo por algunas divagaciones en los mítines, el discurso político en Santiago no tiene nada del cliché latinoamericano: poca retórica, uso moderado de adjetivos, una notable inclinación a ver los pros y contras y a no hipotecar excesivamente el futuro.

Chile parece estar expectante y cauteloso como un gato, en ningún caso dormido: si le preguntas a alguien -y puedes preguntarle a cualquiera, porque todo el mundo está “politizado”, desde el intelectual al trabajador, del taxista a la vendedora- nadie te responderá categóricamente. Pero no porque el chileno sea, como nos encanta decir, de naturaleza “institucional” y por tanto tranquilo; sino porque sabe, y no lo oculta, que la situación es inestable.

El personaje más categórico que he conocido es el chileno por excelencia, el presidente, Salvador Allende Gossens; quien, como todos sus compatriotas, es mesurado en sus palabras, pero hoy, a un año (del momento, por así decirlo, de la conversación con Regis Debray¹) es concluyente en sus intenciones y pronósticos, porque debe jugar definitivamente sus cartas, y rápido.

1 Publicada en volumen editado por Feltrinelli.

He hablado extensamente con Allende durante un desayuno en el palacio presidencial. La entrevista nos la ofrecieron a Paul Sweezy, Michel Gutelman y a mi, invitados por dos universidades de Santiago a un seminario sobre «sociedades en transición».

Nuestra presencia había irritado tanto a los comunistas, que estos habían abandonado las obras del seminario y habían hecho un ataque extraordinariamente vulgar en su periódico no oficial, una especie de *Paese sera*² que se adorna con el nombre, de inspiración puramente nacionalista, de Puro Chile - definiéndonos a nosotros como «gringos ignorantes», «pekinistas» renegados y demases. La invitación del presidente, que también tiene sólidos vínculos con el Partido Comunista de Chile, pretendía ser, por tanto, una lección de estilo: de hecho, no ignoró que ninguno de nosotros escatimaba en presentar sus dudas ni falseaba sus posiciones, aun cuando éramos invitados de su gobierno.

Unos minutos después de que nos habíamos sentado junto a la mesa, Allende me preguntó con una sonrisa —“¿Hay algo en este país que la convenza, camarada?”—. —“Lo que está intentando es importante, señor presidente...” (me detiene de inmediato: —“No ‘señor Presidente’, compañero. Soy un compañero, como usted”). —“...pero de aquí al socialismo el camino todavía me parece largo”. No es una respuesta que lo entusiasme, pero está de acuerdo: “Sí, es un camino difícil”.

Pero no es un terreno en el que le interese quedarse, le importa que entendamos cómo se mueve, qué quiere, sobre todo la dimensión de las dificultades que enfrenta y sobre las que no tiende velos optimistas.

Nada más entrando a la sala donde lo estábamos esperando, en el modesto palacio presidencial, Allende, más pequeño, y de rostro más redondo y brillante que el que aparece en las fotografías, claramente cansado pero mostrando seguridad, se acercó directamente a nosotros: —“Gracias por venir, ustedes son líderes de opinión en sus países, para nosotros es de gran importancia que sepan e informen lo que es el Chile de hoy”.

2 Periódico Italiano.

Y después de algunos coqueteos (—“Yo soy médico, hago de político a la fuerza”) la conversación fue directo al grano.

Y comienza desde las dificultades actuales. —“¿También son de orden internacional?”—, “También”, me responde. “Tenemos cuatro mil kilómetros de frontera, nadie puede procurar defenderlos todos. Nos encontramos aquí en el fondo del continente, solos. Y fastidiamos a muchos”.

La referencia a Brasil, nombre que permanece tácito, es evidente, como es en todas partes de América Latina: fuerte, violento y expansionista, dirigió el golpe en Bolivia, quitando a Allende un posible polo de alianza. — “No pienso en un ataque militar. Pero es fundamental para nosotros no estar aislados. Fue Lanusse, el presidente argentino, quien me abrió las puertas de los países del pacto andino. Por supuesto -y me mira, ya que no ignora lo que piensan los exiliados políticos argentinos en Chile- él también tenía su interés en esta operación. Pero por el momento la mayor ventaja la hemos tenido nosotros”.

Y tiene razón: al pactar con Lanusse se fortaleció frente a Estados Unidos y le quitó un posible argumento a la derecha chilena, que no había ocultado que contaba con los militares del inmenso país vecino, que comparte espalda con Chile mediante la Cordillera. —“Ahora podemos decir que estamos a salvo en el Cono Sur, incluso si el golpe de Estado en Bolivia llega a ser un asunto grave”. Grave, pero incluso termina jugando a favor de Allende: el coronel Banzer desempolvando imprudentemente el antiguo reclamo boliviano de una salida al mar a expensas de Chile, de repente recrea la unidad del ejército alrededor del presidente, lo que sigue siendo el punto más incierto del diseño allendista.

¿Pero los estadounidenses? ¿Cómo valora Allende las declaraciones de Rogers tras la negación de indemnización a las minas nacionalizadas, un gesto de despecho o una amenaza real?

— “Una amenaza real” dice “Es mucho más serio de lo que nadie, aquí y en otros lugares, parece darse cuenta”.

Y reitera su argumentación, ya expresada en la corta respuesta al Departamento de Estado: Estados Unidos no se resigna a que un país quiera recuperar

las riquezas que le han sido robadas, (sobre todo porque este gesto chileno constituye un peligroso precedente) y por eso descarga el chantaje. en toda Latinoamérica. Pero, a diferencia de lo que afirma el semanario Newsweek y, un poco más hipócritamente, el gran diario santiaguino enemigo de Allende, El Mercurio, el gobierno de la Unidad Popular no solo no busca quebrantarse, sino que actúa con extrema cautela, apuntando solo profundamente donde, como en el caso de las minas, la ley está indiscutiblemente de su parte.

Toda la operación del conteo de las indemnizaciones a Anaconda y Kennecott³, que se suponía iba a llegar a la escandalosa situación de: “No solo no te debemos nada, sino que eres tú quien aún nos debe unos cuatrocientos millones de dólares”, se llevó a cabo tranquilamente, con el mínimo de uso de eslóganes y un máximo de cobertura por parte de expertos internacionales.

— “Estados Unidos puede dañarnos mucho. Todos los repuestos para la industria del cobre provienen de Estados Unidos. Y así los reaccionarios pueden detener la producción de un día para otro”.

“¿Va a ser así?” — “Esperemos que no. Necesitamos apoyo internacional para ello”.

— “¿Cuáles, pregunto, son las dificultades a corto plazo más graves?”

Aquí también una respuesta sin parafrasear: — “Abastecimiento y divisas”. Chile siempre ha necesitado importar alimentos y artículos de consumo: los salarios aumentaron por un valor real que se calcula en alrededor del 40%, seguido de un aumento en la demanda de bienes de consumo. Y estos deben venir del exterior: cerca de trescientos millones de dólares este año, más el próximo. Después es necesario pagar una cuota de 360 millones de dólares anuales para cubrir la deuda externa, que ha aumentado dramáticamente con la nacionalización de las minas. Y no es ningún misterio que las reservas se están quedando pequeñas, ahora no superan los 100 millones de dólares.

— “¿De verdad tiene que pagar?” El presidente me mira de reojo: — «Chile mantendrá la fe. Pagaremos”. Son los grandes bancos del mundo, y es malo tenerlos como enemigos. Ambas voces prácticamente le quitan los ingresos a esa única fuente de divisas que es el cobre. — “Necesitamos créditos”, explica

3 Empresas mineras.

Allende, y no pretende haberlos encontrado: “En este campo todo está abierto. Una vez abierto el problema con los países socialistas, estamos negociando, no se concluye nada, se discute todo”.

Está Europa, pero está lejos y, como se enterarán más adelante, Fiat, que parecía interesada en facilitar las relaciones para una gran instalación en Chile, fue cubierta de repente por mil garantías gubernamentales. Está Alemania. Está Japón con todos esos millones y millones de dólares embarcados este verano: también los tendrá que poner en alguna parte. Y de hecho, también se ha presentado Japón como posibilidad.

Pero es claro que ningún país hoy, ante la ira norteamericana -y tal vez la incertidumbre sobre el destino interno de Allende- hasta ahora ha apuntado a una fuerte concesión de créditos a Chile, cuya industrialización no será cuestión de unos días y donde la reforma agraria costará más de lo que renta por un tiempo.

Incluso la cautela soviética es evidente. Que este es el problema número uno, Allende no lo oculta; así como la certeza, si lo resuelve, de regular todo lo demás con la izquierda y también con la derecha.

La derecha, ahora está en desacuerdo con los demócratas cristianos. —“Están todos en contra, todos unidos en coalición”. —“¿Tomic inicialmente se comportó de manera diferente?” —“Sí, pero hoy están todos del otro lado”; dice, con rabia y amargura, respecto a lo que implican los límites de la oposición de derecha.

—“El ejército, sin embargo, está neutralizado por el momento”. El ejército chileno, me explica como todo el mundo en este país, no es el tradicional instrumento golpista; es la expresión de una clase media fuertemente institucionalizada. Sin embargo, a diferencia de otros, el camarada presidente no parece perderse en demasiadas ilusiones; dosifica los adjetivos, y se contenta por ahora con una “neutralidad”. Por ello, para él es fundamental una política de compras en el exterior, que no aliene, mediante una restricción del consumo, a la clase media y no proporcione una base masiva para el nerviosismo de una derecha mucho más ramificada que el partido de Alessandri.

Sobre todo cuando se acerca un enfrentamiento por la famosa ley que delimita las áreas de intervención estatal. Allende se apresuró a nacionalizar industrias, rápidamente, antes de que huyera el grueso del capital; pero es obvio que bajo el granizo, ningún particular -salvo las pequeñas y medianas empresas, cubiertas- invierte nada más, y los demócratas cristianos tratan de definir -gracias a la relativa minoría de la Unidad Popular en el parlamento- hasta dónde puede llegar el gobierno con la expropiación. Luego propuso enumerar las áreas de posible intervención estatal, las de intervención mixta, las dejadas a particulares. Allende me explica el mecanismo y afirma que, si no se llega a un acuerdo, bloqueará la ley, con veto presidencial, si pasa en el parlamento y que presentará su propia ley mediante plebiscito. Esto se logra minimizando el margen de consenso de masas del oponente. Y el oponente lo sabe.

La partida se juega con plazos ajustados y la preocupación de Allende es evidente; mientras me habla, en voz baja y frases cortas -la mesa es demasiado grande para no dividirla en una serie de entrevistas a dos bandas, cada una con el vecino-, Allende come muy poco y no parece inclinado a diplomatar nada. —“¿Cómo ves que se encuentra el espíritu de la gente?”, Me pregunta. Respondo que el país parece estar desprovisto de tensión: la mayor pasión está en el joven militante al que interpela el gobierno, y luego en el MIR. Una participación multitudinaria, básicamente no vista. —“Podemos movilizar a las masas cuando queramos”. — “¿Pero no es importante que se movilicen? Si la situación es difícil, ¿no sería bueno que las masas tuvieran sus propios medios de intervención?”. Aquí Allende no me sigue, aunque un momento después una sonrisa se asoma detrás de sus lentes, recordando que —“la compañera es una ultraizquierdista”.

— “A las masas deben movilizarlas y organizarlas sus partidos; es asunto de estos. Hay partidos, sindicatos. ¿Cómo encontró al Partido Socialista?” — “Me pareció interesante, como una esponja que absorbe diferentes fuerzas, menos cerrada que el Partido Comunista y más capaz de reflejar las fuerzas en conflicto de una base política investida por una nueva situación”; Allende lo encuentra poco organizado y con razón.

Me dice que no tiene tiempo para lidiar con eso, a pesar de que asiste a una reunión del partido todos los miércoles y viernes. Pero está claro lo que más le preocupa, precisamente porque sale de su horizonte político, es decir, el esbozo de una presencia de masas o de clase, como la que impulsa el MIR con ocupaciones campesinas, que no está dentro de las reglas del juego político-institucional. .

Estas masas, este MIR que puede escapar a un ritmo acordado, están -aunque no lo diga con todas las palabras- “neutralizados” o al menos “canalizados” a sí mismos. Y no es casualidad que me asegure que sus relaciones con el MIR son, a nivel personal, excelentes: su hija, Laura, que es médica -explica- tiene un hijo que es un cuadro del MIR y siempre tiene a sus hijos y compañeros, rondando su casa. En Chile, estos vínculos importan.

Sin embargo, después del desayuno, yo, un poco avergonzada de haber monopolizado al presidente, intentando alejarme y dejarlo a los demás, el acento cambia. El discurso recayó en el juicio que el propio Allende trajo unos días antes a uno de sus sobrinos miristas: —“¿Entiende, que sea mi sobrino no cuenta!”. En El Rebelde, que es el periódico del MIR, dijo unas palabras más contra el ejército.

El presidente se enciende: — “No se juega con fuego. No toleraré provocaciones irresponsables. Si alguien cree que en Chile se daría un golpe militar como en otros países latinoamericanos, con un simple cambio de guardia aquí en La Moneda, está muy equivocado. Aquí, si el ejército se sale de la ley, es guerra civil. Es Indonesia. ¿Cree que los trabajadores permitirán que los saquen de las industrias? ¿Y los campesinos de las tierras? Habrá cien mil muertos, será un baño de sangre. No toleraré jugar con esto”.

Realmente lo cree así; pero, una vez más, en cuanto a la relación con las masas, ve la única garantía en el tiempo que él mismo le da a la operación, en su estilo de “violencia legal”, combinada con una rara habilidad para romper el frente enemigo. Toda iniciativa de clase más directa y elemental corre el riesgo de precipitar negativamente el equilibrio.

Dudo que el sobrino de Allende vaya a la cárcel; pero los ‘golpes en los dedos’ del MIR son ahora de rigor. Y así, cuando sea necesario, una ‘llamada al

orden' a los trabajadores. Cuando estamos a punto de partir, al cabo de dos horas y media, Allende dice que está presto a salir hacia el norte, hacia la inmensa mina de cobre de Chuquicamata, cuyos trabajadores han pedido un sensacional aumento de salario, de 50 a 70% más. —“No se puede hacer. Yo sé lo voy a decir. ¿Y por qué se tienen que ir a la huelga? ¿Con quién están en guerra? Ahora son los dueños de la mina”. — “Ellos no son los dueños, camarada presidente. Es el estado”. El doctor Allende me reprende, como si fuera uno de sus pacientes recalcitrantes: —“El pueblo es el amo”. — “Bueno, camarada presidente ...Lo es. ¡lo será!”.

Un momento después, habiéndonos ya despedido, me devuelve la llamada. — “Sé que mañana irá a Concepción. Me alegro de ello. Es importante que veas a Concepción. Me gustaría que habláramos más tarde, con tranquilidad”. El caso es que en Concepción la invitación viene de la universidad de mayoría mirista, y es allí donde el MIR ha organizado la toma de fundos.

Allende, que ya me ha sorprendido al demostrar estar informado de lo que es *El Manifiesto*, cree en las virtudes del debate, quiere convencer, defender “su” Chile, su línea, conquistar a todos, incluidos los “ultraizquierdistas”.

Pero no habrá “después” y nunca volveré a ver al doctor Allende.

Entre mi regreso de Concepción y mi partida solo hay un día; y la noche antes de que estallara un escándalo sensacional. La derecha agraria pensó, imprudentemente, en denunciar el “estatismo” del gobierno, que estaría socavando los valores de la propiedad y la iniciativa campesina, con motivo de la inauguración de la Feria Agropecuaria Latinoamericana, en presencia de ministros y embajadores.

Allende, que se suponía que debía estar presente, pudo ver el discurso de Benjamin Matte apenas una hora antes, una especie de Bonomi⁴ local que se creía, tal vez, encubierto por ser presidente de la institución para las relaciones con Cuba.

4 Ivano Bonomi, político italiano, fundador del Partido Socialista Reformista Italiano (1912), Primer Ministro del Reino de Italia (1922) y senador del Partido Socialista Democrático Italiano (1947).

Enfurecido, el presidente no solo no fue a inaugurar la feria, sino que ordenó a Matte que leyese, antes de su discurso, una carta suya en la que sin rodeos le dice que es un irresponsable. La Feria se abrió en un ambiente indescriptible, con gente aplaudiendo frenéticamente la carta de Allende, Matte tratando de hablar en medio de silbidos y gritos de “¡momio, maricón!”. Embajadores y ministros que se retiran, países amigos que cierran apresuradamente los pabellones.

Inmediato escándalo en los periódicos, en el consejo de ministros, una tormenta violenta con la Democracia Cristiana. Era imposible ver al presidente, y se entiende.

Pero este episodio también completa el retrato del personaje: es quizás, efectivamente, el terreno en el que es más fuerte, imbatible. La razón por la que amigos y enemigos, de derecha e izquierda, lo respetan. Hablan de él, “el Chicho”, con una mezcla de cariño y despecho. Enumeran los defectos, pero con reservas.

Uno puede estar, como el MIR, en posiciones radicalmente diferentes, pero nadie le niega la determinación de un político de gran estatura; un viejo socialista que, a diferencia de la costumbre de socialistas y presidentes, en América Latina y en otros lugares, no trazará.

El doctor Allende había intentado ya tres veces alcanzar la presidencia para realizar su experimento, ahora no lo negociará con nadie. Queda por ver la estabilidad interna de su proyecto: si está destinado a perdurar, o precipitarse hacia la derrota, o hacia esa revolución que Allende cree que ya ha hecho.

Afshín Irani es licenciado en filosofía, estudiante de Magister en Estudios Latinoamericanos y colaborador de revista ROSA.

A black and white photograph of a building facade. A banner is stretched across the middle of the frame, featuring the text 'AREA SOCIAL! VENI'. Below the banner, there is large, stylized graffiti that reads 'NOCTURNAL'. The building has several windows, some of which appear to be boarded up or broken. The overall scene suggests a social or political gathering or protest.

AREA SOCIAL! VENI

NOCTURNAL



LA RELACIÓN EDUCACIÓN- TRABAJO EN LA UNIDAD POPULAR

/ *por Eduardo Beaumont*

La Unidad Popular amplió los derechos a la educación y al trabajo en las vidas cotidianas de los estudiantes, trabajadores y sus familias, casi desde un primer momento, con mayor financiamiento educativo, también mejores condiciones laborales y más participación. La matrícula creció en todos los niveles del sistema escolar y postescolar, aumentó la formación docente, el acceso a la capacitación laboral y la extensión universitaria. Pero más allá de mejorar el sistema educativo, la política de la Unidad Popular cuestionó la relación misma entre la educación y el trabajo, redefinió los vínculos y límites entre ambos mundos, construyendo también a nivel popular una “batalla por la producción y el rendimiento estudiantil”. Aunque los cambios en la relación educación-trabajo suceden en el conjunto amplio de las políticas y prácticas socioeducativas de la UP, hay dos proyectos donde se observa más claramente esta transformación: en la Escuela Nacional Unificada y en el plan Kirberg.

En un contexto amplio, es un escenario donde muchos Estados pretendían estimular una industria nacional, sobre todo a partir de las terribles consecuencias de la crisis del 29 originada en Wall Street. La experiencia de la UP abrevó en estos planteamientos “desarrollistas”, aunque a partir de su vertiente más izquierdista formulada en la muy conocida “teoría de la dependencia”. Esta discusión tuvo mucha influencia internacional y especialmente en Chile, en parte porque en Santiago se radica la sede principal de la CEPAL, organismo que motivó inicialmente estos planteamientos.

Como es sabido, una de las primeras medidas de Salvador Allende consistió en nacionalizar varias industrias del sector textil, con esto un importante conjunto de trabajadores y empresas pasó a formar parte del “área social de la economía”, donde los trabajadores y representantes del Estado dirigían en conjunto la producción. Con una gran motivación, los trabajadores mejoraron su productividad en estas empresas, tanto porque significaba una mejora en sus remuneraciones (obtención de bono además del jornal) como porque manifestaba concretamente su apoyo al Gobierno. Esta “batalla de la producción” resultó especialmente crucial para hacer frente al boicot reaccionario a la producción y la distribución, sobre todo en momentos álgidos como el paro patronal de octubre del 72.

En palabras de Juan Yáñez, obrero de una de las industrias textiles del “área social”: “la lucha nuestra era para que las empresas trabajaran siempre, produjeran, porque nuestro lema era aumentar la producción (...) teníamos en las empresas rayados con ese emblema” (reproducido en Andrea Chamorro y Juan Pablo Donoso)¹. Consigna que además podía verse en las calles y en los lienzos de la UP, en octavillas universitarias y obreras.

Para Allende era natural pensar que el control obrero determinaría aumentos en la producción, entre otras razones porque las fuerzas productivas se liberarían de la desmotivación de los trabajadores. Pero en el proceso emergían también nuevas demandas, por ejemplo, las expectativas de mayor acceso a la educación, que a su vez potenciaron el proyecto modernizador. Muchos

1 Andrea Chamorro y Juan Pablo Donoso *Nosotros Gobierno. Testimonios Obreros de la Unidad Popular* (Santiago, 2008) Documental. <http://www.vimeo.com/8061959>

testimonios de trabajadores de estas industrias² valoran especialmente el fenómeno educativo, a ratos incluso lo ponderan tanto como el propio control obrero de las fábricas:

“yo pienso que lo más importante era que [en la UP] estaban interesados en la educación de los niños, de los obreros, tener la posibilidad de llegar a la universidad, porque eso era lo más importante, llegando a la universidad iba a tener muchas más posibilidades” (José Beltrán, obrero textil)

“Soy testigo porque yo estaba estudiando para el golpe de estado, como subtécnico textil, una persona que no ha tenido educación media terminada, que le ofrezcan ese título, en un convenio con la Universidad Técnica, para mí era rico, era bueno, era salir de la pobreza, lo que queríamos todos” (Emperatriz Sagredo, obrera industria Textil Progreso)³.

En el clima anterior a la elección de la UP, varias experiencias acercaron los mundos de la educación y el trabajo, en lo que parecía apuntar a una relación cada vez más fluida. En el contexto de Reforma Universitaria nacieron iniciativas articuladoras como el Instituto Nacional de Capacitación (INACAP) en 1966 y el Departamento Universitario Obrero Campesino (DUOC) en 1968, entre otras. Además de la militancia y la actividad cultural, muchas iniciativas de extensión universitaria, de capacitación o de vinculación espontánea, relacionaron a obreros y estudiantes. Citemos al poeta José Ángel Cuevas, quién recuerda así su condición de estudiante de pedagogía en la Universidad de Chile en 1968: “la unidad obrero-estudiantil, que se decía, para nosotros era algo vivo, fuimos amigos y yuntas de obreros, mecánicos, ferroviarios y conversábamos noches enteras tocando la guitarra y leyendo poemas totales”⁴.

Hay que apuntar que la década del 1960 tuvo en la economía una importante inflación, llegando a un mil por ciento (acumulado entre 1959-1969), lo que se trasladó directamente a los precios de los bienes consumo. En palabras

2 Chamorro, Donoso, *Nosotros gobierno*.

3 Chamorro, Donoso, *Nosotros gobierno*.

4 José Ángel Cuevas, *Materiales para una memoria del profesorado* (Santiago: Editorial del Colegio de Profesores, 2002),10.

del programa de gobierno de la UP (1969), “el alza del costo de la vida es un infierno en los hogares del pueblo”⁵. Heredero de profundas privaciones, sin embargo, el Programa propone que “(...) hará posible el ingreso de los hijos de los trabajadores a la Universidad, y permitirá también a los adultos, ya sea mediante becas especiales o a través de sistemas de estudio y trabajo simultáneo, ingresar a cursos de nivel superior”⁶.

Entre sus propuestas educativas, el programa declaró también su apoyo y respaldo al proceso de la Reforma Universitaria en curso, y anunció que profundizaría la experiencia de las escuelas unificadas (ya existentes), aspirando a “crear por lo menos una Escuela Unificada (básica y media) en cada comuna rural, en cada barrio y en cada población de las ciudades de Chile”⁷. Como es sabido, este proyecto se constituyó como centro de gravedad de la política educativa de la UP y también fue una disputa importante para la desestabilización golpista en 1973.

En las primeras 40 medidas que anuncia el Gobierno, hay dos que refieren específicamente a temas educativos:

“Estableceremos el derecho a becas en la enseñanza básica, media, y universitaria de todos los buenos alumnos, en consideración al rendimiento y a los recursos económicos de sus familias” (n° 28) y “Fomentaremos la educación física y crearemos campos deportivos en las escuelas y todas las poblaciones. Toda escuela y toda población tendrá su cancha (...)”⁸

Allende designó en 1970 a Mario Astorga como Ministro de Educación, quien era vicepresidente del Sindicato Único de Trabajadores de la Educación (SUTE), entidad constituida poco antes a partir de distintas organizaciones.

5 *Programa básico de gobierno de la Unidad Popular* (Santiago: Candidatura de Salvador Allende, 1969), 8.

6 *Programa básico de gobierno*, 31.

7 *Programa básico de gobierno*, 29.

8 “Las primeras 40 medidas del Gobierno Popular”, *Archivo Chile. Documentación de Historia político social del movimiento popular contemporáneo de Chile y América Latina* (Santiago; 1970), http://www.archivochile.cl/S_Allende_UP/doc_de_UP/SAdocup0003.pdf

Era “el viejo anhelo de estructurar una organización que agrupara a todas las ramas de la docencia y que incluyera también a los que realizaban labores administrativas y de servicios”⁹. Dirigentes del SUTE se incorporan en distintos cargos en Educación y cuatro dirigentes del mundo obrero quedan a cargo de ministerios. Entre fines de 1970 y el primer semestre de 1971, el SUTE desarrolló distintos congresos provinciales de educación a lo largo del país. En noviembre de 1971, el SUTE, el Ministerio de Educación (como patrocinante) y la Central Única de Trabajadores (CUT) organizaron el primer Congreso Nacional de Educación en Santiago, reunión en la que participaron 928 delegados, de los cuales 176 fueron estudiantes. Entre el 71 y 72, el Gobierno creó 16 escuelas industriales vespertinas, para una matrícula de 3.306 estudiantes trabajadores.

Ya desde el 70, el rector de la Universidad Técnica del Estado (UTE) Enrique Kirberg, militante comunista, proponía la creación de Institutos Universitarios de carreras Tecnológicas, propuesta que primero fue rechazada por el Gobierno, pero que aceptó a partir de 1972. Una publicación de la oficina de relaciones públicas e informaciones de la UTE describe así el plan del rector Kirberg: “(...) crear 6.000 nuevas vacantes (...) 150 nuevos cursos durante 1970, de cuarenta alumnos cada uno (...) Institutos Universitarios que impartan carreras universitarias cortas, como una forma de paliar el grave problema educacional (...) también el perfeccionamiento superior de más de 20 mil prácticos que se desempeñan como mandos medios y que han sido preparados por las propias empresas (...)”¹⁰.

Inscrito en el proceso de la Reforma Universitaria, Kirberg contribuyó a relacionar los mundos de la educación y el trabajo desde el inicio de su rectorado en 1968. Un hito importante en esta relación es la firma de un convenio entre la UTE y la CUT en 1969, acuerdo que permitió el ingreso de cientos de trabajadores a cursos de especialización, capacitación y actividades culturales. En los términos del convenio: “La Universidad organizará y realizará,

9 Cuevas, *Materiales para una memoria*, 49.

10 “¡El plan Kirberg va!», *Revista Unitécnica, segunda época*, 1, 1970 en Mariela Llancaqueo, *UTE. Imágenes del Archivo Patrimonial USACH* (Santiago: Universidad de Santiago de Chile, 2018), 130-131.

de común acuerdo con la Central Única, cursos que permitan, en las actuales circunstancias, la adquisición progresiva de los trabajadores de una profesión, en todos los grados, niveles y ramos que la Universidad posea”¹¹.

El convenio establece también otras formas de cooperación, por ejemplo: “La Universidad Técnica del Estado organizará actos de divulgación de los problemas nacionales en los locales sindicales” y “la Central Única dará a conocer la realidad del movimiento sindical a los estudiantes, profesores y funcionarios, en todos los locales universitarios del país”¹². Estos elementos estimulan en la UTE un clima de importante intercambio obrero-estudiantil, relación que será luego perseguida y reprimida por la dictadura cívico-militar, con el destino trágico de un centenar de detenidos desaparecidos y varios centenares de exonerados, en la comunidad de la UTE y la Escuela de Artes y Oficios (EAO).

Además de estas tentativas de mayor participación obrera en los programas de educación, la propia forma y currículum del sistema educativo son puestas en entredicho, la organización entera del sistema escolar se discute, concretamente en los congresos provinciales y nacionales organizados por SUTE, con una participación amplia que incluyó también al Episcopado Católico. Ya venía desde el programa de la UP la propuesta de fortalecer las escuelas unificadas y Allende era especialmente crítico del modo diferenciado de la enseñanza media: “la distribución de los estudiantes entre educación técnica y científico humanista es una práctica clasista, discriminatoria e injusta”¹³. Se discutió también el currículo universal para todo el país, planteando la necesidad de una contextualización local, provincial o regional. Se propuso que los contenidos del currículo sean pensados también en atención a aspectos externos a la escuela, formulados como “necesidades del país”.

También en este ámbito se desarrollan convenios formales, como el que firman el Ministerio de Educación y la Corporación de Fomento (CORFO) en 1972, que cristalizan nuevos modos de relación entre educación y trabajo. El

11 “¡El plan Kirberg va!», 126-129.

12 “¡El plan Kirberg va!», 126-129.

13 Iván Núñez, *La ENU entre dos siglos. Ensayo histórico sobre la Escuela Nacional Unificada* (Santiago: LOM Ediciones, 2003), 32.

mismo se propone: “(...) lograr en forma paulatina y racional una relación o integración de la escuela y la empresa en una sola unidad: la parte tecnológica podría darse en los talleres de la empresa y los aspectos teóricos o de formación general en los locales escolares existentes. De este modo se lograría incorporar a los jóvenes al trabajo y al estudio en forma integrada”¹⁴

Las transformaciones y propuestas se formularon en el “Decreto General de Democratización de la Enseñanza”, firmado por el presidente Allende y el ministro de educación Aníbal Palma, el 30 de octubre de 1972. La Contraloría General de la República, sin embargo, se negó a tramitar el decreto, “por considerar que se había otorgado a los Consejos, atribuciones que excedían el marco de la ley”¹⁵. Al final, el texto definitivo del decreto exigió 4 meses de negociaciones entre el Ministerio y la Contraloría.

Poco después, una cuestión muy polémica fue el Informe sobre la Escuela Nacional Unificada, documento preparado por la Superintendencia de Educación y presentado al Consejo Nacional de Educación, publicado en febrero de 1973. No es un proyecto de ley ni un estudio técnico concreto, es un documento más general, donde se vuelcan las propuestas de los congresos educativos precedentes. Tras su presentación, “una campaña sistemática de radio y prensa, en la que se destacó especialmente el diario *El Mercurio*, dando tribuna día a día a los sediciosos, convirtió a la ENU en el punto neurálgico de la situación política chilena durante los meses de marzo y abril de 1973 (...) se habló en todos los tonos del propósito oficial de iniciar “la concientización de los niños y jóvenes para los fines del comunismo” (...)”¹⁶.

La ENU es, en lo más general, una propuesta de unificación de los distintos tipos de escuela, que reuniría progresivamente a los establecimientos básicos y medios, masculinos y femeninos, y científico-humanistas y técnico-profesionales. Se basó en el diagnóstico de una profunda segregación en el acceso a los distintos tipos de instituciones, a lo que sumó un sinnúmero de críticas al

14 “Informe sobre Escuela Nacional Unificada” (Santiago: Ministerio de Educación, 1973) en *La Crisis Educacional* (Santiago: Editora Nacional Quimantú, 1973), 26.

15 Núñez, *La ENU entre dos siglos*, 30.

16 Cuevas, *Materiales para una memoria*, 51.

sistema educacional vigente, entre otras: poco democrático, desconectado de las necesidades del país, inorgánico en su estructura de continuidades, profundamente clasista y productor de individuos descomprometidos. En uno de los pasajes más citados del Informe, aunque más que nada por sus adversaries, señala la construcción de “un sistema nacional para la educación permanente en una sociedad de transición al socialismo”¹⁷.

En cuanto al formato escolar, el proyecto planteó algunas modificaciones importantes, a continuación, enumeremos correlativamente según edad las que atañen en especial a la relación entre educación y trabajo, como lo hace el Informe sobre la ENU¹⁸

- 7 a 10 años: se desarrollan las primeras actividades de observación en fábricas y trabajos voluntarios
- 11 a 12 años: actividades que combinan educación y trabajo en talleres dentro de la escuela
- 13 a 14 años: se intensifican las visitas a fábricas y trabajos voluntarios.
- 15 años: se conocen rotativamente distintas opciones de trabajo (fábricas, minas y asentamientos), tanto en visitas de observación como en la modalidad de trabajo voluntario o productor (con tutores)
- 16 años: el plan común de asignaturas se complementa con un plan especializado, en el que los estudiantes escogen un área de desarrollo y profundización. Esta etapa es una vinculación con el trabajo (voluntario y productor).

Entre los objetivos del Informe, destaca también: “proporcionar una educación general y politécnica que responda a los requerimientos de la planificación nacional y regional, haciendo posible que la juventud cumpla un rol activo en la vida del trabajo”, asimismo, “acentuar el valor del trabajo como elemento activo en la formación de la nueva sociedad, creando en los jóvenes

17 “Informe sobre la Escuela Nacional Unificada”, 70.

18 “Informe sobre la Escuela Nacional Unificada”, 80-82.

el respeto al trabajo físico, dejando de considerar a éste como una actividad de nivel inferior”¹⁹.

Durante la discusión sobre la propuesta de la ENU, una figura clave fue el Superintendente de Educación (1970-73) Iván Núñez Prieto, quien intervino activamente en el debate en la prensa, además de presentar el Informe sobre la ENU ante la opinión pública. En una entrevista en la revista *Icarito* (28 de marzo de 1973), Núñez expresó estas palabras: “A todos los estudiantes, les digo que en los programas de estudio importará más “hacer” que “memorizar”, que la sala de clase será mucho más amplia pues abarcará la comunidad que la rodea (...) Será una educación más amplia, más rica, más interesante y esperamos de ustedes más esfuerzo, más trabajo, más creatividad y... mucha felicidad”²⁰.

A 30 años de los hechos, Núñez publicó un extenso ensayo (2003) que indaga la raigambre histórica de la ENU y establece su continuidad con en el desarrollo de tendencias educativas previas, asimismo analiza sus similitudes con políticas educativas actuales. Se plantea muy crítico en general de la experiencia, llega a referir “los ingenuos y no-pertinentes caminos de los años 60 y 70”²¹ y califica la idea de reponer la ENU en el siglo XXI de “ingenua y patética”²². A modo de balance, sostiene que la ENU “se apoyó más en tradiciones doctrinarias, en sentidos comunes o en experiencias colectivas que en investigación social y educacional de base empírica”²³. El ensayo hace, en todo caso, un gran esfuerzo por demostrar que la experiencia de la ENU no es una cuestión excéntrica, sino que compartía políticas consensuadas con los organismos internacionales de la época y que en cierto modo adelantó algunas innovaciones pedagógicas posteriores.

Atendamos también a la reflexión del profesor Crisólogo Gatica, militante comunista, en otro balance crítico del proyecto de la ENU:

19 “Informe sobre la Escuela Nacional Unificada”, 78.

20 “¿Qué es la ENU?”, *Revista Icarito* s/n, miércoles 28 de marzo de 1973. Archivo CPEIP.

21 Núñez, *La ENU entre dos siglos*, 121.

22 Núñez, *La ENU entre dos siglos*, 120.

23 Núñez, *La ENU entre dos siglos*, 125.

“Hay que destacar el hecho de que el Gobierno Constitucional había llamado a la opinión pública, en diversas publicaciones, a debatir los principales problemas de la educación. Justo es reconocer que, en el ambiente de confusión, agresividad y provocación creado a través del formidable aparato publicitario, la defensa del proyecto fue débil, en los niveles intermedios no hubo suficiente claridad, existía cierto grado de subjetivismo que daba como una realidad inminente el paso acelerado al socialismo, con desconocimiento de la verdadera correlación de fuerzas para apoyar o rechazar el proyecto. La sedición en marcha explotó hábilmente la confusión para lo cual utilizó todos los medios, presionando hasta conseguir del presidente Allende la orden de suspender la aplicación del proyecto”²⁴

Fidelma Allende era diputada socialista por Santiago en 1973 y tenía vasta trayectoria sindical, también había sido docente 16 años en la Escuela Consolidada Dávila, que era una escuela unificada mucho antes del proyecto de la ENU. Ella plantea lo siguiente:

“La clave del problema es que aparecía prácticamente como una educación pública, ustedes saben que dentro del SUTE había un sector dominante que era el Partido Radical de la época y que ellos son laicos, y por lo tanto siempre había grandes discusiones entre cual era la educación privada, la educación laica, la educación religiosa, etc. y por lo tanto ese fue un conflicto. Yo creo que también, en una opinión muy personal, que el momento en el que trató de llevarse a cabo este proyecto de la ENU no fue el más adecuado (...) a raíz de los conflictos que había, los conflictos políticos en ese momento en el Gobierno, el momento en que se llevó a cabo y se intentó llevar a cabo de forma masiva, porque fue incluido en el Programa de Gobierno, no fue el más adecuado y que debiera haberse tratado de llevar como plan piloto o en una provincia, o en un sector, etc. pero no masivamente porque indudablemente eso nos llevó al fracaso y a que mucha gente se opusiera a la ENU”²⁵.

24 Cuevas, *Materiales para una memoria*, 51-52

25 “Testimonio de Fidelma Allende Miranda”, *Archivo de Historia Política*

De cierto modo, los balances referidos acusan una falta de rigor en lo educativo, que da cuenta de la precariedad en la construcción de las políticas, sin un programa piloto, con escaso sustento de investigación, incluso con un conocimiento insuficiente de la propuesta entre les funcionaries²⁶. Se podrían añadir detalles, como que ya suspendido el proyecto de la ENU por el ministro Tapia, varios asesores ministeriales siguieron -por meses- insistiendo públicamente en la viabilidad del proyecto, radicalizando aún más el conflicto²⁷. El diagnóstico político se sostuvo con voluntarismo y subjetivismo, considerando insuficientemente la correlación de fuerzas existente y el conflicto político potencial, que pasó primero por el clivaje laico-religioso y luego por la reacción de un bloque que terminó fortalecido, compuesto por la derecha política, sectores de las FFAA y la Iglesia Católica, junto a los gremios empresarios principales y medios de comunicación opositores.

Muchas fuentes permiten reflexionar sobre la medida en que el proyecto de la ENU posibilitó, coyunturalmente, que se articulara una mayor y más efectiva oposición golpista. En la versión del Almirante Huerta de la Armada, fue en la reunión de representantes de todas las Fuerzas Armadas con el Ministro de Educación, para rechazar el proyecto de la ENU, donde “la oficialidad descubrió después de la charla que tenía un pensamiento común”, que consistía en “un rechazo expreso y mayoritario de las Fuerzas Armadas al marxismo”²⁸. Recuerda también que los oficiales de la Marina “ignorantes de la letra y del espíritu de la ENU (...) se mostraban particularmente inquietos”²⁹. También hubo importantes protestas estudiantiles contra la ENU en Santiago, en lo que se suele considerar como parte de las condiciones preparatorias para el golpe de Estado.

Legislativa de la Biblioteca del Congreso Nacional de Chile (Santiago, 2013)

26 Trayectorias biográficas posteriores como la de Iván Núñez, dan cuenta de la creciente construcción de un campo profesional especializado en políticas educativas, que terminará tomando el relevo a partir del 90 en el gobierno del sistema educativo.

27 Jorge Olguín, “La derecha chilena y los principios legitimadores del pre y post golpe de Estado de 1973”, *Revista Izquierdas*, #38, 147.

28 Citado en Olguín, “La derecha chilena”, 146.

29 Citado en Olguín, “La derecha chilena”, 146.

El 23 de agosto de 1973 la Cámara de Diputados emitió un Acuerdo denominado Sobre el grave quebrantamiento del orden constitucional y legal de la República³⁰, destinado al presidente Allende y las Fuerzas Armadas y Carabineros. La cuestión ideológica es el aspecto gravitante en el escrito, que no tiene valor legal alguno, pero sí una enorme influencia (rastreada hasta hoy en el discurso de la derecha) para sostener la justificación de un “derrocamiento legal” y la intervención de las FFAA. En su punto “e”, el documento se refería al problema educativo, diciendo que se “ha atentado contra la libertad de enseñanza, poniendo en aplicación en forma ilegal y subrepticia (...) un plan educacional que persigue como finalidad la concientización marxista”³¹.

Así, el proyecto ENU sería el “antecedente legitimador que aceleró la intervención militar de 1973”³², lo que en todo caso no se refiere solamente a los episodios específicos del debate ENU, sino desde ya porque ponía en discusión al sistema educativo, que era un espacio fundamental para la hegemonía cultural del país. Para los sectores conservadores, perder esta hegemonía era una amenaza que se percibía como una crisis irremontable.

Aunque no sea posible ni deseable reeditar en el siglo XXI las experiencias descritas, es indiscutible que hay una sintonía con las demandas principales del pueblo chileno. Existe hoy la necesidad de reflexionar sobre las limitaciones de estas experiencias, tanto desde un balance político y estratégico, como sobre su paradigma educativo. Son muy claras las necesidades actuales en Chile asociadas con el derecho a la educación en general: el acceso a la educación superior, mejores condiciones docentes, educación sexual integral y mayor participación de las comunidades educativas. Así también, los especialistas han descrito bastante la demanda por “educación permanente” entre los trabajadores y, en general, la sociedad tiende a valorar positivamente las

30 “Acuerdo de la Cámara de Diputados sobre el quebrantamiento del orden constitucional y legal de la República”, *Wikisource*, (Santiago, 1973) https://es.wikisource.org/wiki/Acuerdo_de_la_C%C3%A1mara_de_Diputados_sobre_el_grave_quebrantamiento_del_orden_constitucional_y_legal_de_la_Rep%C3%BAblica

31 “Acuerdo de la Cámara”, 1973.

32 Olgún, “La derecha chilena”, 144.

políticas educativas que vinculan lo teórico y lo práctico. Por el contrario, el a ratos “estajanovista”³³ discurso de la “batalla de la producción”, difícilmente tendría eco en las subjetividades actuales, en parte porque el estallido social chileno “revela el fracaso del crecimiento económico como principio articulador” de lo social³⁴. Esta centralidad del esfuerzo productivo en el discurso de los años setenta, que en la UP expresa su vinculación con el desarrollismo y la teoría de la dependencia, hoy aportaría familiaridad con las tentativas de explotación creciente, que tiene como exponente -entre muchos otros- el sistema de trabajo “996” chino³⁵ que regula una jornada de 12 horas diarias y 6 días semanales para ciertos sectores industriales.

En las políticas descritas, no es difícil reconocer una inscripción en el paradigma educativo del “capital humano”, tanto por su enfoque y sus prácticas como por la evidencia conceptual³⁶. Esta corriente, estrechamente relacionada con el “desarrollismo” de la época, se reconoce porque “plantea a la educación como una inversión, en lugar de como una actividad de consumo, y la presenta como uno de los pilares del desarrollo económico”³⁷. Muchas críticas se han planteado a esta perspectiva, desde eclipsar las restantes funciones de la educación hasta el objetivo principalmente económico de su enfoque. Se ha planteado también que si se asume el concepto de “capital humano”, perdería sentido entonces la distinción entre sujetos capitalistas y no-capitalistas, porque en la medida que cualquier individuo pudiera “invertir” en su propia

33 Ícono de la propaganda soviética, Alekséi Stajánov fue un minero que consiguió un ritmo de trabajo 14 veces superior al promedio, propuesto luego por la URSS como modelo de trabajador y garante de un aumento en la productividad del trabajo en las repúblicas soviéticas.

34 Hernán Cuevas y Jorge Budrovich, “Lo que esconde el estallido social: un evento en busca de un nombre y un protagonista”, *Revista Pléyade*, número especial, 2019, <http://www.revistapleyade.cl/lo-que-esconde-el-estallido-social-un-evento-en-busca-de-un-nombre-y-un-protagonista/>

35 Ver: BBC Redacción, “Qué es el sistema de trabajo 996 y por qué Jack Ma, el fundador de Alibaba, dice que es una bendición”. <https://www.bbc.com/mundo/noticias-47937908>

36 A modo de ejemplo, la expresión “capital humano” aparece literalmente mencionada en la correspondencia entre Enrique Kirberg y el ministro de educación (1968-70) Máximo Pacheco en: Mariela Llancaqueo, *UTE. Imágenes del Archivo*.

37 Pau Balart, *Invertir en educación en un mundo globalizado* (Barcelona: RBA, 2016), 24.

formación, transformando sus conocimientos y habilidades en “capital”, las desigualdades podrían figurarse entonces en relación a cuestiones individuales como el esfuerzo personal, el aprovechamiento de las oportunidades o las preferencias escogidas³⁸. Dicho más sintéticamente, es un paradigma que viene a diluir la categoría de clase como concepto económico central. De todos modos, lo anterior no implica adjudicar necesariamente toda esta carga conceptual a los actores de los sesenta y los setenta, sino más bien apuntar las limitaciones que supondría el expresarse así en nuestro contexto. Actualmente, con la aceptación de la idea de “capital humano”, es ineludible llevarse puesto todo un aparato teórico que es contraproducente para un programa transformador.

En definitiva, la relación educación-trabajo que planteó la Unidad Popular se constituyó como una experiencia que articuló: el derecho a la educación, “la valoración del trabajo humano contra su desprecio”³⁹, la planificación estatal, y la participación popular y de los trabajadores. La experiencia atestigua logros relevantes, entre ellos la expansión de la matrícula de educación superior en un 101% en sólo tres años⁴⁰, ampliar la capacitación y la extensión universitaria en todo el país, formular planteos críticos relevantes al sistema educativo hegemónico, pero sobre todo habilitar una importante participación docente y estudiantil. Su fracaso, sin embargo, sus tropiezos y limitaciones, han de ser motivo para la reflexión de las experiencias venideras en el campo de las izquierdas.

A modo de conclusión, hay dos elementos que quiero destacar. Por una parte, observar que lo descrito manifiesta que la educación es un tema central de interés para todos los sectores de la sociedad chilena de entonces, por la otra, subrayar que la relación educación-trabajo de la UP respondía a problemas que permanecen casi inalterados hoy, en muchos casos.

Como resulta evidente ante la cuestión, la educación fue central para todos los actores. Para los trabajadores, las necesidades profundas se suman a las expectativas sobre el valor de las credenciales educativas, también a las demandas

38 Xavier Bonal, *Sociología de la educación* (Barcelona: Paidós, 1998), 42-43.

39 “Programa básico de la Unidad Popular”, 28.

40 Núñez, *La ENU entre dos siglos*, 18.

subjetivas por cultivar oficios y especializarse, incluso se percibe como una forma de apoyar al proyecto de la UP. Varios testimonios de trabajadores de industrias del “área social” revelan como el acceso a la educación se valoró tanto como el propio control obrero de las fábricas. Para el Gobierno, la educación es un frente en la batalla por la hegemonía cultural, declarando abiertamente el contenido “socialista” de las políticas educativas en informes y prensa. Al mismo tiempo, se plantea a la educación frente a la “batalla de la producción”, como un sistema encargado de la formación del “capital humano”, entendiendo a estudiantes y trabajadores como sujetos de derecho y protagonistas del proceso. Entre los estudiantes hay una situación polarizada, por un lado, el apoyo en la “batalla por el rendimiento estudiantil” y, por otro, la creciente oposición de secundaries y universitarias especialmente en 1973, en gran medida desinformada y guiada por los cónclaves de la sedición. Estos sectores, a su vez, encontraron en el asunto su principal antecedente legitimador. Así, la experiencia muestra cómo las políticas en educación convocaron y movilizaron efectivamente a los trabajadores y estudiantes, pero también y con más fuerza a la reacción, que omitió el contenido educacional del proyecto y tergiversó sus propósitos.

Sin entrar aún en el debate sobre el modelo de desarrollo, existen hoy necesidades notorias y apremiantes en la relación educación-trabajo, que en mayor o menor medida provienen del carácter subsidiario del Estado establecido en la Constitución del ochenta. Por ejemplo, en salud donde muchas credenciales educativas enfrentan un virtual desamparo, como queda claro con las protestas de 2020 de técnicxs en enfermería de nivel superior, que exigen que sus títulos (oficiales) sean reconocidos por el Código Sanitario. Otro ejemplo es el rubro de maestranza, donde consultoras privadas estiman que el 50% de la mano de obra no está calificada, lo que sin duda condiciona fuertemente al desarrollo industrial del país en general. En el nivel técnico superior, la mayoría de los docentes enfrenta condiciones laborales en extremo precarizantes, que incluyen casos de relación laboral vía boletas de honorarios durante décadas. En el mismo nivel, los centros de estudiantes estuvieron prohibidos

por ley hasta 2015⁴¹ y aún son inexistentes los estímulos para la participación estudiantil.

En un aspecto elemental y significativo, mientras la UP fortalecía la educación física en sus primeras 40 medidas, como una forma de valorar el trabajo físico en la juventud, al contrario, actualmente tenemos a la educación física reducida a nivel de materia optativa en 3° y 4° medio, lo que también ha sido criticado ampliamente desde el punto de vista de la salud. En la capacitación laboral, hoy la oferta y las actividades se organizan en función de las necesidades estratégicas de las empresas y ya no, como hasta 1973, a partir de las necesidades de desarrollo técnico-profesional de los trabajadores y un proyecto de país⁴². Desde el Estado, muchos dispositivos recientes de capacitación tendieron a observar “al joven como un ente productivo y necesario para las fluctuaciones de la economía”, donde “los ingresos económicos a los cuales los jóvenes pueden aspirar a obtener bajo este tipo de programas no aseguran su salida de la pobreza, sino que la han mantenido, cubriendo sus necesidades mínimas”⁴³

Tal como lo describiera Allende, la división de la enseñanza media entre científico-humanista y técnico-profesional sigue siendo una práctica “clasista, discriminatoria e injusta”⁴⁴, aún hoy. Los propios datos del SIMCE señalan que, en promedio, el 90% de la matrícula de enseñanza media técnica corresponde a estudiantes de los dos quintiles más empobrecidos, lo que da claras luces del nivel de la segregación existente en el sistema escolar⁴⁵, también de la aparente condena a la precarización y la exclusión de los jóvenes pobres. Algo similar sucede en el nivel superior, donde -omitiendo toda referencia a

41 Prohibición que recién deroga la ley n° 20.843 de julio de 2015, que responde a exigencias del movimiento estudiantil de 2011

42 Gabriel Salazar, “Capacitación, competitividad e innovación tecnológica en Chile, 1976-1997”, *Proyecto CEPAL-GTZ. Formación Técnica y Profesional en América Latina* (Santiago: CEPAL, 1997), 98.

43 Alejandra Olmos, “Jóvenes Bicentenario: Reflexiones a partir de las políticas públicas en vulnerabilidad, empleabilidad y juventud”, *Revista Actual Marx / Intervenciones*, n° 10 (2011): 206-207.

44 Olmos, “Jóvenes Bicentenario”, 206-207.

45 María Paola Sevilla, *Educación técnica profesional en Chile: Antecedentes y claves de diagnóstico* (Santiago: Centro de Estudios del Ministerio de Educación, 2011), 10.

los filtros clasistas de ingreso- la educación técnica se presenta públicamente como una “segunda opción”, que concentra a los sectores de menores recursos a nivel nacional. Este problema es central porque justamente son las instituciones que más crecieron en matrícula en los últimos diez años: un 70% en el caso de los Institutos Profesionales frente al 16% de las universidades (SIES, 2019)⁴⁶.

Para responder a estas cuestiones urgentes y otras, podrán servir de inspiración o lección las experiencias de la ENU y el Plan Kirberg, o los convenios entre CUT-UTE y CORFO-MINEDUC, aunque la imaginación política y pedagógica habrá de plantear una alternativa propia para las condiciones actuales, en donde indudablemente la construcción efectiva del derecho a la educación aportará mucho más al destino colectivo que cualquier declaración ideológica en las políticas.

Eduardo Beaumont es Licenciado en sociología (ARCIS) y magíster en ciencias sociales (FLACSO)

46 SIES, *Informe de matrícula 2019 en la educación superior en Chile* (Santiago: Ministerio de Educación, 2019), s/p. https://www.mifuturo.cl/wp-content/uploads/2019/07/Informe-Matricula-2019_SIES-1.pdf

**UNIDAD
POPULAR Y
UN PROYECTO
POLÍTICO
MILITAR: YA
NO BASTA CON
DENUNCIAR**

/ *Vicente Ramírez S.*

“La Unidad Popular estableció que existía una profunda conexión entre desarrollo, fuerzas armadas y el proceso de cambios profundos que necesitaba el país, en este caso la revolución socialista. La profesionalización constante de las FF.AA. a la par de la relación directamente proporcional entre desarrollo de una nación y sus instituciones castrenses fue un tema base del proyecto la Unidad Popular, entendiendo que si un país es víctima de la poca educación, incultura, la enfermedad o de la dependencia económica, un ejército será reflejo de esto, carentes de poderío. [...] Desgraciadamente la dictadura militar truncó todo este esfuerzo.

Más de un año ha pasado desde octubre 2019 y del proceso político abierto a partir de este. Diversas han sido las consecuencias que han saltado a la luz pública y que expusieron una situación nacional que contrasta con la expresión del “oasis de Latinoamérica”, expresión usada por Sebastián Piñera para compararnos con nuestros países vecinos y sus crisis sociales, económicas y políticas.

Una de las situaciones más complejas, y que ha tenido duras consecuencias en los habitantes del país, es el cuestionado control civil sobre las Fuerzas Arma-

das (FF.AA.). No se trata de un problema nuevo. Casos como el Milicogate, la venta de armadas al crimen organizado y declaraciones sobre la necesidad de la defensa corporativa de su sistema de pensiones¹ lo demuestran; el aumento de los casos de violaciones a los Derechos Humanos (DD.HH.) durante las masivas protestas que siguieron el 18 de octubre impidieron que esta situación siguiera siendo ignorada. Esto no solo se suma a la larga historia de las instituciones castrenses de violaciones a los DD.HH, incluido lo sucedido en dictadura, sino que también ocurre a la par de un proceso de “policialización” de sus funciones evidenciando una profunda crisis que ha descompuesto tanto sus labores como la brújula moral de sus efectivos.

Las denuncias sobre la degradación de las FF.AA. del país y de un control civil cuestionado no han sido escasas, pero ha faltado poner manos a la obra. Las soluciones planteadas solo han actuado bajo un marco de medidas parches que ven el problema como uno de gestión, cuando la necesidad es atender una institución que requiere un cambio tanto en su estructura como en su cultura organizacional.

Es posible explicar la crisis a partir de la interacción de dos factores. El primero es la estrecha relación que mantiene el mundo castrense con la derecha y los sectores más conservadores del país. Esto incluiría la negativa a una cooperación por parte de las instituciones castrenses a aportar en los procesos de verdad, justicia y reparación tras la ocurrido en dictadura y la existencia de una denominada Familia Militar. El segundo factor no proviene desde las FF.AA, sino de la inmovilidad de todos los sectores políticos de hacerse cargo de la actual situación militar y pensar una planificación al largo plazo de las instituciones castrenses.

La falta de un proyecto político-estratégico que incluya el quehacer militar ha inhibido cualquier esfuerzo por hacer de las FF.AA. una institución que se atenga al control civil, se aleje de las labores del orden público para concentrarse netamente en la defensa, mantenga una formación de respeto

1 Mauricio Weibel, “Comandante en jefe del Ejército revela que oficiales traficaron armas para bandas de narcos”, *The Clinic*, 22 de noviembre de 2018. En línea: <https://www.theclinic.cl/2018/11/22/comandante-en-jefe-del-ejercito-revela-que-oficiales-trafficaron-armas-para-bandas-de-narcos/>

irrestringido a los DD.HH. y evite que sean dotadas de una autonomía de facto legitimada por una legislación limitada respecto a las necesidades actuales, y solo potenciando el carácter autoritario del Estado².

Es posible rastrear esta crisis aún más y ver que a lo largo de la historia se ha visto cómo una oligarquía se ha adueñado del actuar del desarrollo nacional acaparando puestos burocráticos, empresariales y militares³. Desde estos puestos han logrado “supervisar”, influenciar y hasta dirigir directamente el desarrollo del país. El esfuerzo más reciente en donde se intentó crear un proyecto que fuera en contra de esto fue durante la presidencia de Salvador Allende y el gobierno de la Unidad Popular. Desde el mismo gobierno, es decir desde la sociedad civil, se construye un proyecto político militar para las FF.AA. con tal de ponerlas al servicio de las necesidades del país.

El proyecto de la Unidad Popular debía enfrentar un escenario mundial donde Richard Nixon y su ministro Henry Kissinger, así como sectores importantes de la derecha chilena abogaban por una salida golpista al gobierno de izquierda. Con este antecedente, la Unidad Popular trabajó con tal de evitar un escenario de confrontación interna y su objetivo principal era consolidar el control civil de los cuerpos armados. Esto se hizo reforzando el carácter constitucionalista de las FF.AA. y el respeto de las jerarquías de mando, a través de la “Doctrina Schneider”, y la incorporación a las tareas del desarrollo nacional y al proceso de cambio económico, social y político de la época. En este encuadre, el Estado sería el protagonista y así se garantizaría una jerárquica relación civil-militar que integrara lo militar en su nuevo papel social y en los nuevos procesos de cambios.

En primer lugar, la política militar impulsada por Salvador Allende, basado en la Doctrina Schneider, hacía alusión al hipotético pasado y tradición constitucionalista, respeto al mando civil y el alejamiento de la política. Si bien, esto es discutible, Verónica Valdivia menciona que las críticas existente desde

2 Vicente Ramírez, “Estado policial: la falta de proyección estratégica y su reemplazo por una agenda represiva para el país”, *Revista ROSA*, 22 de junio de 2020. En línea: <https://www.revistarosa.cl/2020/06/22/estado-policial-la-falta-de-proyeccion-estrategica-y-su-reemplazo-por-una-agenda-represiva-para-el-pais/>

3 Verónica Valdivia Ortiz de Zarate, *Subversión, coerción y consenso. Creando el Chile del Siglo XX (1918-1938)* (Santiago: LOM Ediciones, 2017).

lo castrense y la exigencia de ser tomados en cuenta al momento de hablar sobre el desarrollo del país no sobrepasaban el respeto a la institucionalidad y apuntaba a la necesidad de un reacomodo de acuerdo con las nuevas condiciones sociales⁴. El general Carlos Prats, sucesor de René Schneider en el mando del Ejército luego de su asesinato por parte de organizaciones representantes de la derecha nacional, continuó su legado constitucionalista plegándose al proyecto que venía desarrollando la Unidad Popular. Es así como en varios de sus discursos apeló a un deber histórico de las FF.AA. donde próceres como Bernardo O'Higgins representaban la virtud militar de cumplir con su deber siendo leal a su superior, al igual que el fallecido René Schneider, ligando la doctrina con el ethos fundacional de las FF.AA.

El segundo eje importante es la unión de la sociedad chilena –campesinos, obreros, estudiantiles, mineros, las mujeres y soldados– en la construcción de un Chile justo y solidario. La exigencia del mundo militar por ser integrados ya tenía sus años en la palestra y en su momento solo fueron escuchados por Carlos Ibáñez del Campo en su periodo legítimo de gobierno (1952-1958). La Unidad Popular retomó la exigencia y en un intento resignificatorio se intentó integrar a las FF.AA. en las tareas del desarrollo acentuando el carácter antiimperialista del proceso de Independencia de Chile de la corona española y ligándolo con el proceso de una “Segunda Independencia”, una independencia económica del norte americano, combinando de esta manera la tradición castrense con los anhelos libertadores.

Este intento de cambio cultural no fue el único esfuerzo del proyecto político-militar. La Unidad Popular estableció que existía una profunda conexión entre desarrollo, fuerzas armadas y el proceso de cambios profundos que necesitaba el país, en este caso la revolución socialista. La profesionalización constante de las FF.AA. a la par de la relación directamente proporcional entre desarrollo de una nación y sus instituciones castrenses fue un tema base del proyecto la Unidad Popular, entendiendo que si un país es víctima de la

4 Verónica Valdivia Ortiz de Zarate, “‘Todos juntos seremos historia: Venceremos’, Unidad Popular y Fuerzas Armadas”, en Julio Pinto Vallejos, *Cuando hicimos historia: la experiencia de la Unidad Popular* (Santiago: LOM Ediciones, 2005), pp. 177-206.

poca educación, incultura, la enfermedad o de la dependencia económica, un ejército será reflejo de esto, carentes de poderío.

Desgraciadamente la dictadura militar truncó todo este esfuerzo. Todo programa fue reemplazado por un nuevo proyecto político, guiado por la Doctrina de Seguridad Nacional desde el cual no solo se persiguió hasta el exterminio a cualquier oposición, sino que también fragmentó a la sociedad chilena y sus espacios de decisión soberana con tal de instalar una supremacía castrense apoyada por los sectores civiles representantes de la derecha y la oligarquía⁵. Es así como se dejó una cultura dentro del mundo castrense colocándolos en contra de la consolidación democrática y el gobierno soberano del pueblo.

En los últimos años ningún sector político ha demostrado un esfuerzo público por modificar la crisis de las FF.AA. Por parte de la derecha es por la comodidad que esto les significa, mientras que la izquierda se vio excluida del mundo castrense luego de la purga efectuada por la dictadura de todo exponente que como mínimo expresara un atisbo constitucionalista. De forma paralela todo lo militar quedó definido como algo a lo que aborrecer, con justa razón, pero esta posición finalmente devino en una cancha libre a una consolidación de los sectores oligárquicos y conservadores en las filas castrenses, especialmente en las filas de oficiales.

Los casos en que las FF.AA. se han visto envueltos con la ley y la denigración de derechos civiles no son pocos. Aún así, a modo general, los proyectos de cambios y reformas pueden ser clasificados de parciales y reducen el problema a uno de control de gestión. Una visión de insuficiencia también puede verse en las repercusiones de los procesos judiciales que solo se han individualizado. Este camino sin ningún tipo de estrategia solo posterga el cambio real y profundo y no evita que casos como violaciones a los DD.HH. se repitan en el futuro. Existe un problema estructural, cultura y de clase dentro de las FF.AA. Vemos en nuestra historia, ligada estrechamente a la historia militar del país, que cuando se ha pensado en un proyecto que abarque la totalidad de las funciones de las instituciones castrenses, en conjunto de un

5 Jorge Tapia Valdés, *El Terrorismo de Estado: La Doctrina de la Seguridad Nacional en el Cono Sur*, (México: Editorial Nueva Imagen, 1980).

proyecto nacional, grandes cambios han podido desarrollarse, aunque desgraciadamente en nuestra historia reciente estos tuvieron un costo de miles de vidas perdidas.

Desde octubre estamos viviendo un proceso político de gran envergadura, y en el camino del proceso constituyente existe la oportunidad que desde una izquierda transversalmente organizada y cohesionada pueda superar el obstáculo permanente que ha significado para la consolidación democrática y la conquista de los derechos sociales un mundo castrense cooptado por los sectores más conservadores del país. La construcción de un proyecto político que incluya lo militar es una prioridad al momento de construir democracia y gobernabilidad.

Diego Ramírez S. es licenciado en Historia, conductor de Metro S.A. y sindicalista. Vicente Ramírez S. es Licenciado en sociología. Militantes de Convergencia Social (Chile).



REPENSAR EL ESTADO EN EL PROCESO CONSTITUYENTE.

/ *Fernando Carvallo A.*

El proceso constituyente nos presenta el desafío de repensar la relación entre el conflicto social expresado en las movilizaciones sociales de las últimas décadas, la organización de la política y el Estado. Una relación compleja que desde las fuerzas de cambio no podemos evadir. Para ello, revisar las experiencias de diferentes procesos políticos del pasado nos pueden dar luces para dilucidar el desafío al que nos enfrentamos y servirnos de puntos de referencia para el proceso que el pueblo movilizado ha abierto. Sin embargo, es preciso reconocer las condiciones institucionales a las que nos enfrentamos.

Para ello, en la primera parte se revisan dos momentos de la historia del movimiento popular del siglo XX en las que se puede observar la tensa relación entre el Estado y las luchas sociales. En primer lugar, se revisan los inicios del movimiento sindical del siglo XX y el rol que ocupó la regulación e intervención estatal en el proceso de conformación, maduración y politización de este movimiento. Luego, revisamos la forma en que la Unidad Popular sorteó las restricciones institucionales impuestas por las condiciones políticas del momento.

En la segunda parte se desarrolla la transformación del Estado en el neoliberalismo, atendiendo a la especificidad del desarrollo de esta transformación

en nuestro país. Una revisión que resulta fundamental para dar cuenta de las condiciones con las que entramos a la disputa constituyente y sobre las que hay que realizar los esfuerzos de creatividad e imaginación que permitan superar el orden heredado.

Finalmente, se plantea la necesidad de repensar el carácter del Estado y la institucionalidad política, de tal modo de contribuir a la organización de la sociedad movilizadora, dando cabida a los intereses que han sido históricamente excluidos. Una discusión que exige conciencia de las condiciones con las que iniciamos este proceso, pero de toda la creatividad posible para superar las restricciones que esas condiciones imponen.

Antecedentes del movimiento popular del siglo XX

El Estado, los partidos y el movimiento obrero de inicios del siglo XX

La relación entre la política, el Estado, el Derecho y las luchas sociales ha sido muy compleja a lo largo de la historia de nuestro país. El rol del Estado en el conflicto entre el capital y el trabajo ha tenido diferentes etapas que se pueden observar en el desarrollo de la legislación laboral y su rol en el movimiento obrero chileno.

A comienzos del siglo XX, frente a la llamada “cuestión social”, las primeras respuestas desde el Estado se caracterizaron por el componente represivo. Tanto el partido conservador como la alianza liberal apostaron por establecer una regulación de carácter autoritaria y restrictiva donde la diferencia principal radicaba en el agente que debía poseer el control de los sindicatos, si correspondía a los patrones o al gobierno. Por otra parte, había un circuito de intelectuales cuya preocupación por el problema social se concentraba en el temor al radicalismo del movimiento social existente. Y fueron estas ideas políticas que estuvieron a la base del código legal redactado durante los años

20¹. De este modo, las leyes sociales y de regulación del trabajo respondían a la preocupación de contención y orden social de la élite política².

Las ideas anarquistas y maximalistas que rechazaban la intervención del Estado en los conflictos capital-trabajo encontraron terreno fértil en los trabajadores en la medida en que las respuestas por parte del Estado eran de represivas frente a la movilización social. Sin embargo, a medida que se comenzaron a implementar políticas de contención, por medio de mecanismos de arbitraje y mediación, el movimiento obrero tendió a fragmentarse dado que, si bien un sector mantuvo un rechazo categórico a la idea de intervención de los agentes del Estado, este tendió a ser minoritario frente a otro sector que percibía la intervención de la autoridad estatal como una posibilidad para la defensa de la clase trabajadora. Ello, dado que tanto las leyes sociales como los mecanismos de conciliación respondían al reclamo de protección latente por parte del mundo del trabajo, que ya para los años 20 había alcanzado una mayor maduración³. De este modo, gran parte del movimiento obrero se sintió atraído por la posibilidad de que la protección del Estado permitiera extender la influencia en zonas donde las organizaciones sindicales no habían tenido aceptación. Sin embargo, esta opinión no se generalizó hasta que existió un cambio de actitud por parte del partido comunista, al iniciarse el periodo del Frente Popular⁴.

De este modo, la legislación laboral y la intervención estatal en el conflicto entre trabajadores y propietarios se fue abriendo paso frente a las reticencias y resistencias tanto de algunos sectores de los trabajadores como, principalmente, de la clase empresarial. Se fue configurando una predisposición a la mediación estatal que devendría en una tendencia histórica de largo aliento que iría cobrando mayor desarrollo durante el resto del siglo

1 Alan Angell, *Partidos políticos y movimiento obrero en Chile* (Ediciones Era, 1974).

2 Sergio Grez Toso, «¿Autonomía o escudo protector?: El movimiento obrero y popular y los mecanismos de conciliación y arbitraje (Chile, 1900-1924)», *Historia* (Santiago) 35 (2002): 91-150, <https://doi.org/10.4067/S0717-71942002003500006>.

3 Ibid

4 Angell Op. Cit.

XX⁵. A partir de estas regulaciones se comienza a configurar y consolidar un sindicalismo, alcanzando importantes grados de institucionalización que va encontrando una doble respuesta a la lógica estatal. Por un lado, una respuesta de aceptación de la regulación dado que favorece a la conformación del movimiento y consagra derechos de los trabajadores. Pero, por otra parte, existía una fuerte resistencia a las normativas, en tanto buscaban modificarlas. Una lucha con un componente económico-reivindicativo para conseguir mejores condiciones de vida y acceso a bienestar, pero también que abogaba por mayor autonomía por parte del Estado⁶.

La particularidad de la regulación y alta intervención estatal sobre los sindicatos recayó en las consecuencias no previstas ni deseadas por parte de sus redactores. El extremo de reglamentación al nivel de regular exhaustivamente el funcionamiento interno de las organizaciones sindicales, junto a los límites al poder económico que estas podrían tener, tanto a nivel presupuestario como de incidencia en la disputa económica, se tradujo en que el movimiento de trabajadores debiese buscar otras vías para alcanzar sus objetivos. La debilidad económica de los sindicatos tendió a aumentar la influencia de los partidos políticos y del compromiso político de los sindicatos. Es decir, la debilidad se tradujo en la búsqueda de aliados políticos que permitieran la defensa de causas donde el éxito era más probable que con la acción autónoma en el frente industrial o económico⁷.

La necesidad de los sindicatos de configurar alianzas con los partidos políticos, explicadas tanto por la falta de recursos económicos como de debilidad institucional dada las restricciones gubernamentales, fue contribuyendo a una articulación cada vez más orgánica entre el movimiento sindical y los partidos. A modo de ejemplo, los problemas asociados a la falta de financiamiento a dirigentes sindicales en sus labores propiamente sindicales tenían como contracara el interés de los partidos comunista, socialista, radical y demócrata cristiano de liderar los sindicatos de diferentes sectores de la economía. Ya sea

5 Mario Garcés, «Movimiento obrero en la década del treinta y el Frente Popular» (Tesis de Licenciatura, Pontificia Universidad Católica de Chile, 1985); Grez, Op. Cit.

6 Garcés, Op. Cit.

7 Angell, Op. Cit.

promoviendo candidatos o poniendo a disposición militantes para trabajar en la campaña de alguno, el rol de los partidos políticos era determinante. Mientras los socialistas y comunistas concentraban su actividad en el movimiento obrero industrial, el partido radical se ocupaba de contribuir a la organización de sindicatos profesionales, cuyos miembros tenían un estatuto legal distinto debido a ser obreros especializados o empleados de oficinas. Por otra parte, los demócratas cristianos concentraban sus influencias en las organizaciones de trabajadores del campo⁸.

Uno de los aspectos relevantes de la vinculación de los sindicatos y los partidos políticos, desde la perspectiva de los sindicatos, radicó en la búsqueda de intervención estatal en el conflicto laboral. En los procesos de contratación colectiva, para poder enfrentar la resistencia de los empleadores a mejorar las condiciones laborales, los sindicatos buscaban que el Estado jugara un papel en este proceso. Y en esa búsqueda era necesario contrapesar la alianza entre el Estado y los patrones, donde los sindicatos se presentaban débiles y necesitados de aliados políticos en sus reivindicaciones⁹.

Si bien no fueron reguladas legalmente, también se fueron desarrollando tanto importantes federaciones de trabajadores como sindicatos de trabajadores del sector público. Sobre estos últimos, el código laboral los dejaba fuera de la regulación, prohibiendo expresamente su organización. Una prohibición absoluta en lo formal, de la que en la práctica constituía una verdadera letra muerta. Y en ello, tanto los partidos políticos como los mismos gobiernos jugaron un rol fundamental dado que alentaron la conformación y crecimiento de estas organizaciones. Tanto socialistas, comunistas como radicales buscaron fortalecer la organización del sector público del mismo modo que había ocurrido con la empresa privada. Un sector del sindicalismo de mayoría radical en virtud de su composición de clase media, que tenía la ventaja de negociar directamente con el Estado, empleador menos preocupado por la rentabilidad en virtud de su disposición a endeudarse¹⁰.

8 Ibid.

9 Angell, Op. Cit.; Garcés, Op. Cit.

10 Angell, Op Cit.

De este modo, de la mano de una institucionalización se va desarrollando una creciente politización de la demanda obrera, donde las dificultades orgánicas y políticas se van superando al mismo tiempo que se va desarrollando una aceptación de la legislación vigente. De este modo, el desarrollo de un sindicalismo legal, junto a la construcción de lealtades con partidos políticos, va madurando un movimiento obrero cada vez más organizado y con mayores grados de politización. Un proceso de politización de la demanda obrera que fue configurando las bases de una alianza política que decantó en diversas alianzas políticas¹¹.

El desarrollo del movimiento sindical, su consolidación y politización constituye una anomalía de la regulación estatal. Las restricciones impuestas por parte del Estado a la organización y la búsqueda de acotar el poder sindical obligaron al movimiento a construir alianzas con los diferentes partidos políticos para mejorar su posición de poder. Un proceso de consolidación de la organización sindical altamente politizada pese a la regulación e intervención estatal que se mantuvo hasta el gobierno de la Unidad Popular.

La superación de los límites institucionales en la Unidad Popular

El desarrollo del movimiento obrero y sindical, vinculados estrechamente a los partidos socialista y comunista, fue fundamental para el arribo de Salvador Allende a la moneda hace ya 50 años. Un proceso de acumulación social y política que se expresa, de algún modo, en un programa de transformaciones profundas. Sin embargo, el arribo al poder por parte de la Unidad Popular, al no alcanzar una mayoría electoral suficiente, requirió el apoyo de la Democracia Cristiana. Un acuerdo que obligó al presidente Salvador Allende a suscribir el Estatuto de Garantías Democráticas, que buscaba desarrollar y hacer efectiva las garantías constitucionales de los derechos individuales y sociales. Una iniciativa que modificó la constitución de 1925 para poder asegurar la libertad de expresión, el derecho a reunión, el sistema nacional de educación pública, la inviolabilidad de la correspondencia, los derechos de los trabajadores y organizaciones sociales, la libertad ambulatoria, entre

11 Garcés, Op. Cit.

otras libertades y derechos¹². Todas estas eran garantías de índole política, que buscaban comprometer al gobierno de Allende al respeto irrestricto a la Constitución de 1925 y a los derechos y libertades consagrados por esta. Si bien el programa de transformaciones tenía un alto componente económico, este pacto no consideraba más restricciones que las establecidas por la misma constitución.

El dilema de la Unidad Popular consistía en definir si abandonaba el programa de cambios, reproduciendo las lógicas políticas tradicionales, siendo continuador de la agenda demócrata cristiana en virtud de las limitaciones políticas, o se buscaba una solución utilizando creativamente las restricciones institucionales impuestas, con apego al orden jurídico vigente, que se pretendían superar en las elecciones parlamentarias de 1973. Si bien Allende había resuelto no violar el ordenamiento jurídico nacional, encargó al abogado Eduardo Novoa Monreal, quien fuera su asesor jurídico ad honorem, encontrar un apoyo legal en la legislación existente, para realizar los cambios que se proponían imponer a partir del programa de la Unidad Popular, con el fin de dar cumplimiento a su programa¹³.

Novoa Monreal fue un importante crítico del ordenamiento jurídico nacional, en virtud de que, a su juicio, existía un volumen y confusión en la legislación vigente, en virtud de la inorganicidad de un alto número de leyes, carentes de técnica jurídica. De este modo, se disociaban principios jurídicos fundamentales, al mismo tiempo que sobrevivían leyes que no se cumplían, pero se mantenían vigentes, sumado a una fuerte anarquía legislativa y a un importante anacronismo de muchas normativas. Una pérdida de unidad de nuestro derecho que mezclaba ordenamientos de carácter tradicional con legislación innovadora orientada a ampliar la intervención del Estado en la Economía, a redistribuir los ingresos y a favorecer a los más necesitados.

12 Biblioteca Nacional, «Pacto de garantías democráticas» (Memoria Chilena, 2018), <http://www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-printer-96581.html#:~:text=El%20pacto%20de%20garant%C3%ADas%20democr%C3%A1ticas,de%20Modificaci%C3%B3n%20a%20la%20Constituci%C3%B3n.>

13 Eduardo Novoa Monreal, «Los resquicios legales», *Santiago (Chile): BAT*, 1992.

Esta anarquía jurídica, sin embargo, fue vista como una oportunidad. El desorden de tanta regulación imponía el desafío de buscar la legislación que justificara, legalmente, la implementación del programa. Una revisión minuciosa y exhaustiva. De este modo, fueron apareciendo diversas disposiciones que regulaban áreas de propiedad social, legislaciones económicas que posibilitaban la intervención del Estado en la economía por medio de la CORFO, junto al uso mismo de la legislación tradicional, organizada de tal manera que posibilitara operaciones que facilitaran una organización económica encaminada al socialismo¹⁴.

De este modo, se fue desarrollando lo que posteriormente se denominó la doctrina de los “resquicios legales”. Un uso creativo de la legislación existente para empujar un programa transformador, reconociendo las limitaciones institucionales impuestas por las condiciones políticas contingentes. Un esfuerzo jurídico que buscaba, a pesar de la regulación estatal, avanzar en una agenda de cambios sin infringir la institucionalidad. Pero un esfuerzo apoyado por actores sociales, políticos y sindicales que legitimaban el uso creativo de la dispersión de las disposiciones legales vigentes.

Las transformaciones del Estado en el neoliberalismo.

Las experiencias del movimiento obrero del siglo XX y de la estrategia legal adoptada por la Unidad Popular nos dan claves fundamentales para pensar las formas institucionales que debemos adoptar para dar cabida al conflicto social expresado en las movilizaciones sociales de octubre reciente. Sin embargo, previo a reflexionar sobre las condiciones de esas formas institucionales, es necesario detenernos en el tipo de Estado al que nos enfrentamos en este proceso. Para ello, resulta fundamental detenernos en el carácter de éste en el neoliberalismo y su desarrollo concreto en la experiencia latinoamericana y chilena.

14 Ibid.

El Estado en el neoliberalismo

Como señala David Harvey, el neoliberalismo puede ser comprendido como un proyecto utópico o ideología, que tiene como objetivo realizar un diseño teórico para reorganizar el capitalismo internacional, o como un proyecto político para establecer o restablecer las condiciones de acumulación de capital y de poder de las élites económicas. En la práctica del neoliberalismo ha primado este como proyecto político, donde *“el utopismo teórico del argumento neoliberal ha funcionado ante todo como un sistema de justificación y de legitimación de todo lo que fuera necesario hacer para alcanzar ese objetivo”*¹⁵.

La idea de sociedad detrás del neoliberalismo se resume en la célebre frase de Margaret Thatcher, donde afirma que *“no hay tal cosa como eso que llaman sociedad, sino únicamente hombres y mujeres individuales”* y luego agrega *“y sus familias”*. De este modo, el neoliberalismo apuesta a que todas las formas de solidaridad serán disueltas en beneficio del individualismo, la propiedad privada, la responsabilidad personal y los valores familiares. Asimismo, el neoliberalismo implica una reconfiguración del término clase y el poder de clase, por medio de la financiarización de la economía¹⁶.

En el neoliberalismo, se comienza a desplazar el rol del Estado en el bienestar de los ciudadanos, ampliando el mercado a la gran mayoría de las esferas de la ciudadanía, incluidos los servicios públicos, creando nuevos espacios de acumulación privada¹⁷. En ese sentido, *“en aquellas áreas en las que no existe mercado (como la tierra, el agua, la educación, la atención sanitaria, la seguridad social o la contaminación medioambiental), éste debe ser creado, cuando sea necesario, mediante la acción estatal”*¹⁸. De este modo, se comienzan a realizar importantes recortes del gasto fiscal, lo que implicaba cambios en la política social, al mismo tiempo que se desregulaba el mercado financiero. Con ello,

15 David Harvey, *Breve historia del neoliberalismo*, trad. Ana Varela Mateos, 49 (Ediciones Akal, 2007): 25.

16 Ibid

17 Wolfgang Streeck, *¿Cómo terminará el capitalismo?: ensayos sobre un sistema en decadencia*, trad. José María Amoroto Salido (Madrid: Traficantes de sueños, 2017).

18 Harvey, Op. Cit: 9

como dijera el sucesor de Reagan, Bill Clinton, se ponía fin al “bienestar tal como lo conocemos”¹⁹.

Contrariamente a lo prescrito por la ideología neoliberal respecto a la idea de un Estado Mínimo, el neoliberalismo más que importar una reducción del Estado, ha implicado una transformación del carácter del mismo, donde este ha sido el gran impulsor del neoliberalismo globalizado. Como señala Lechner la estrategia por dismantelar al Estado solo tiene éxito si ello se realiza por medio de una fuerte intervención política. Y buen ejemplo de ello, como veremos, es lo que ocurrió en Chile, donde la política neoliberal descansó en el respaldo y promoción de la dictadura militar de Pinochet²⁰.

El Estado Neoliberal Chileno: entre capitalismo de servicio público y extractivismo de humanidad

Tras el golpe militar de 1973, en Chile se inicia una importante apertura de la economía chilena por medio de una drástica y rápida reducción de aranceles, provocando un proceso de desindustrialización²¹. Las medidas económicas fueron acompañadas de una desarticulación de los viejos actores sociales, sobre todo del sindicalismo. Este es arrasado no solo represivamente, sino que también como consecuencia de la desindustrialización y los cambios económicos. Ello, producto de la reducción de la industria a la minería y a la construcción, terminando así la desindustrialización en los nichos clásicos del movimiento sindical. A ello le sigue el Plan Laboral de 1979, que sienta las bases de un nuevo orden laboral. Así, se va institucionalizando la desarticulación del mundo del trabajo organizado y altamente politizado del siglo XX²².

En el campo de la protección y los Derechos Sociales, se va articulando un discurso sobre las ventajas de este modelo neoliberal, al mismo tiempo que se

19 Streeck, Op. Cit,

20 Norbert Lechner, *El debate sobre Estado y mercado*, 19 (FLACSO, Programa Chile, 1992).

21 Tomás Moulian, *Chile actual: anatomía de un mito* (Lom Ediciones, 1997).

22 Carlos Ruiz Encina, *De nuevo la sociedad* (Lom Ediciones, 2015).

promueve una concepción subsidiaria del Estado, por medio de la focalización del gasto social en políticas para combatir la extrema pobreza. Se acusaba a los trabajadores sindicalizados y politizados de tener un bienestar vedado para los verdaderos pobres, reduciendo el apoyo estatal a una focalización del subsidio a la pobreza. Debido a ello, a inicios de los 80, junto con la privatización de las empresas productivas estatales, la apertura externa, o la privatización sobre nuevos ámbitos del Estado, se inicia un desmantelamiento de los servicios públicos. Este desmantelamiento, con el traspaso de la provisión estatal de salud, educación, vivienda y previsión a manos de privado, se va afectando a los sectores medios y obreros que eran beneficiarios del gasto social²³.

De este modo, la privatización excede al Estado empresario, donde

Al abarcar los servicios del Estado Social -salud, educación, previsión- abre una segunda ola de mercantilización que crea nuevos nichos de acumulación. Una expansión capitalista hacia nuevas esferas de la vida cotidiana. Una privatización de las condiciones de existencia de gran impacto social, fundamental para el desarrollo de una suerte de 'capitalismo de servicio público'²⁴.

A inicios de la década de los 90, se inicia la transición a la democracia, donde el consenso termina siendo el acto fundador. De este modo, la política deja de ser una lucha de alternativas y pasa a comprenderse como una disputa por pequeñas variaciones o cambios que no comprometan la dinámica global²⁵. Esta transición está marcada por la ausencia de viejos actores sociales, abriendo paso a esta política de los acuerdos con una fuerte determinación empresarial, relegando incluso a los partidos en la toma de decisiones. Entonces, si bien existe un cambio del sistema político, en lo económico se mantiene la subordinación del sector productivo al sector financiero. Algo similar ocurre con la privatización de la educación, la salud y las pensiones²⁶.

Si bien se emprendieron esfuerzos por corregir los aspectos más abusivos del neoliberalismo por parte de los gobiernos de la concertación, estos en ningún

23 Ibid.

24 Ibid: 62

25 Moulian, Op. Cit.

26 Ruiz, Op. Cit.

momento lo enfrentaron. Con un “progresismo limitado”²⁷ terminaron legitimando sus formas institucionales o, siguiendo a Atria lo terminaron “humanizando”²⁸. En ese proceso, el Estado, más que replegarse a un mínimo, emprende una expansión, pero ya no dicotómica con el mercado, sino que precisamente complementaria con él, o más bien, creadora de este en nuevos espacios.

De esta forma, se va configurando este capitalismo de servicio público que, en el nombre de la protección estatal, va profundizando una desprotección por parte del mismo Estado. De este modo, la focalización del gasto social, tras los procesos de privatización de los servicios públicos, deviene en fuente de enriquecimiento para privados, siendo presentado por las burocracias estatales como formas de contención del mercado²⁹.

Esta forma particular de capitalismo es una verdadera “acumulación por desposesión” en nuevos aspectos de la vida social³⁰. Harvey desarrolla esta conceptualización para explicar los fenómenos de concentración de riqueza y extracción de plusvalor en el neoliberalismo. En un sentido similar José Seoane plantea que la fase neoliberal tiene un significativo número de elementos y complejidades³¹. De acuerdo con el autor, la conceptualización realizada por Harvey, de “acumulación por desposesión”, permite dar cuenta del proceso de privatización y mercantilización neoliberal, que caracterizan al modelo extractivo exportador y su lógica de saqueo de los bienes comunes. En ese sentido, la “acumulación por desposesión” no se refiere solo a la apropiación de los bienes comunes naturales sino también a bienes comunes sociales, como servicios o empresas públicas.

27 Manuel Antonio Garretón, *Neoliberalismo corregido y progresismo limitado: Los gobiernos de la Concertación en Chile, 1990-2010* (Editorial Arcis, 2012).

28 Fernando Atria Lemaitre, *Neoliberalismo con rostro humano: Veinte años después* (Catalonia, 2013).

29 Ruiz, Op. Cit.

30 David Harvey, «El “nuevo” imperialismo: acumulación por desposesión», *Socialist register*, 2004.

31 José Seoane, Emilio Taddei, y Clara Algranati, «Extractivismo, despojo y crisis climática», *Buenos Aires: Herramienta, El Colectivo*, 2013.

Una suerte de extractivismo de humanidad donde el Estado juega un rol fundamental. Junto con crear los mercados en los antiguos servicios públicos en muchos casos es el mismo quien sostiene económicamente esta forma de acumulación, por medio de subsidios, subvenciones o vouchers. De este modo, en el nombre de la protección estatal se abandona a los sujetos al mercado. En él se reproducen las desigualdades heredadas. Sin embargo, en dicha reproducción grupos empresariales extraen valor sin que importe realmente si la actividad que estos realizan efectivamente signifique una agregación de valor³².

Estado y sociedad: los desafíos de cara al proceso constituyente

El desarrollo y profundización del neoliberalismo, proceso ininterrumpido en las últimas cuatro décadas, produce un divorcio profundo entre la política y la sociedad que se va agudizando cada vez más³³. Sin embargo, ello no implica una falta de politicidad de la sociedad, sino que más bien una expresión política que sucede por fuera de los marcos de la política institucional del Estado.

El neoliberalismo y la radical mercantilización de las condiciones de vida de las personas ha producido nuevas contradicciones y descontentos que no han sido canalizados por la institucionalidad. Las movilizaciones sociales por la educación de 2006 y 2011, el movimiento feminista, el conflicto en pensiones liderado por la coordinadora No+AFP y los conflictos medioambientales, por dar algunos ejemplos, aparecen como nuevas conflictividades que toman distancia del movimiento obrero tradicional, el cual vivió un proceso de desarticulación represiva en la dictadura que fue proyectado en los gobiernos democráticos. Nuevos conflictos con una relación con la política muy distinta a la alianza político sindical que hizo posible importantes coaliciones del siglo XX.

32 Victor Orellana Calderón et al., *Entre el mercado gratuito y la educación pública: Dilemas de la educación chilena actual* (LOM Ediciones, 2018).

33 Ruiz, Op. Cit.

Son conflictos que estallan en el corazón del neoliberalismo, al margen del Estado y de la política institucional, rebelándose contra la paz social dibujada ideario neoliberal. Si bien se realizan importantes esfuerzos de contención desde la política, estos terminan siendo esfuerzos infructuosos. Y precisamente esos conflictos son los antecedentes fundamentales del estallido social de octubre que termina de sacudir a la política tradicional, abriendo paso a un proceso constituyente que no va necesariamente de la mano del proceso institucional propuesto por los partidos políticos para canalizar el descontento.

La revisión de las condiciones de desarrollo del Estado en el neoliberalismo resulta fundamental para comprender el desafío al que nos enfrentamos. La disociación entre la institucionalidad política y la sociedad es políticamente producida. Si durante buena parte del siglo XX los partidos fueron fundamentales para la canalización del conflicto social en la política hoy, en muchos casos, son los productores del conflicto. Al igual que con la legislación obrera de la década de los años 20, son conflictos que se van desarrollando a pesar de la intervención estatal y como fenómeno no previsto ni deseado por los sectores políticos dominantes.

El estallido social de octubre, de este modo, es la maduración de un malestar producido por décadas con el que la política no ha sido capaz de sintonizar. La irrelevancia de los partidos en este proceso es un problema del que sus miembros no han reparado del todo. Expresión de ello son las respuestas desde la política formal, que tienen un carácter unidireccional, vertical y que apunta principalmente a alcanzar réditos comunicacionales. En ese sentido, el asedio de la sociedad movilizadada hacia la política no se traduce en un cambio en la forma en que la institucionalidad política se relaciona con esa sociedad, sino que en cambios de agenda que intentan canalizar el descontento por medio de soluciones rápidas (a veces muy necesarias) o abstractas, sin que existan esfuerzos reales por comprender la hondura del conflicto.

El desafío para una izquierda transformadora es identificar la potencialidad del conflicto surgido en centro de nuestra sociedad, de tal modo construir una alternativa de representación de ese malestar que se traduzca en

transformaciones sustantivas. Y para ello, la pregunta por el Estado, y por las formas de organización de esa sociedad resultan fundamentales.

En el gobierno de la Unidad Popular existía un movimiento popular que se desarrolló pese a la regulación estatal y que pujó por transformaciones profundas pese a las constricciones institucionales. Un actor que obligó a utilizar toda la creatividad posible para llevar adelante un programa de transformaciones profundas. Hoy, nos encontramos con un nuevo movimiento popular, surgido a pesar de las restricciones estatales y de la extrema privatización de las distintas esferas de la reproducción de la vida, que nuevamente nos exige de toda la creatividad para llevar adelante una agenda transformadora. Si bien las condiciones son muy distintas, en un periodo histórico muy diferente, la necesidad de imaginación para superar las restricciones impuestas son el desafío más grande al que nos enfrentamos en este proceso constituyente.

La forma en que se establezca, en los hechos, la relación entre la sociedad movilizadora, la institucionalidad del Estado y la política será determinante para el ciclo de luchas que se abre tras este proceso. Las posibilidades de éxito en dicho proceso para los sectores subalternos dependen en buena medida de las posibilidades que existen de ensanchar los marcos de nuestra democracia. Tenemos la posibilidad de discutirlo todo, como nunca en nuestra historia. Pero las posibilidades de cambios dependen en buena medida de la capacidad de las fuerzas transformadoras de hacer posible que los intereses sociales excluidos de la política de la transición ahora sí tengan cabida.

Las experiencias parlamentarias, nacidas al calor de las movilizaciones estudiantiles, han demostrado sus limitaciones. El estallido social de octubre desborda la institucionalidad actual y, con ello, la capacidad de esas experiencias de ser instrumentos para la transformación. Más allá de los obstáculos producto de personalismos y la elitización y burocratización de las fuerzas emergentes, la inutilidad de esas incursiones para los sectores subalternos radica, por un lado, en la incapacidad de delinear un horizonte claro de transformaciones, junto a una fuerte desconexión con los procesos sociales. Una discusión que hoy se plantea sobre la importancia de los

contenidos sin que se proponga ningún contenido sustantivo ni dialogue con la sociedad movilizada. Sin embargo, la disputa abierta por el pueblo para definir la institucionalidad del futuro exige tomarse en serio la pregunta por los horizontes de cambio, donde la negación ya no es suficiente y la falta de democracia es intolerable.

En este proceso constituyente, la discusión acerca del carácter del Estado y su organización no puede disociarse entonces de la lucha social. Es necesario pensar en instituciones que permitan canalizar el conflicto de forma democrática. Y para ello, si bien es importante recurrir a nuestra historia y a experiencias foráneas, es necesario que la creatividad y la imaginación desplegada en las calles también tenga cabida en la discusión política constituyente.

Fernando Carvallo A. es abogado e investigador de Nodo XXI. Es militante de Comunes (Chile) y ha sido asesor parlamentario del Frente Amplio (Chile).



El colectivo que produce revista ROSA agradece las pinturas realizadas especialmente para este volumen por Magdalena Jordán. En ellas se confunden los imaginarios actuales de la revuelta en Chile, con los registros del período de la Unidad Popular, a partir de la textura común en acuarela.

Magdalena Jordán (Santiago de Chile, 1986) es Licenciada en Artes Visuales de la Universidad de Chile (2010) y Comunicadora Audiovisual de I.P ARCOS (2012). De especialidad pintora, indaga en su obra la pertinencia del lenguaje narrativo en la pintura figurativa. Durante los últimos años, investiga en su obra sobre la representación de la identidad, la cultura y la memoria en el género del paisaje.

Contacto: magdalenajorda.arte@gmail.com

<https://magdalenajordan.tumblr.com/>



#3 / primavera-verano 2020



MASSIMO MODONESI | FERNANDO CARVALLO | EILEEN KARMY
| ROSSANA ROSSANDA | PABLO PÉREZ | CLAUDIA ZAPATA |
EDUARDO BEAUMONT | JEAN TIBLE | CRISTÓBAL M. PORTALES |
ANDRÉS ESTEFANE | VICENTE RAMÍREZ S.

www.revistarosa.cl